

ADVIENTO-2014/15

(A mis hermanos del grupo "LITURGIA")

ESPERANZA

*Ya sé que eres un ave fugitiva,
un pez dorado que en las ondas juega,
una nube del alba que despliega
su mirada de rosa y me cautiva.
Sé que eres flor que la niñez cultiva
y el hombre con sus lágrimas la riega,
sombra del porvenir que nunca llega,
bella a los ojos, y a la mano esquiva.
Ya sé que eres la estrella de la tarde
que ve el anciano entre celajes de oro,
cual postrera ilusión de su alma, bella.
Y aunque tu luz para mis ojos no arde,
engáñame ¡oh esperanza! Yo te adoro
ave o pez, sombra o flor, nube o estrella.*

Estamos en el comienzo de un nuevo año litúrgico y, al igual que en el año nuevo civil, es tiempo de proyectos, de planes, de cambios en definitiva. Por ello tenemos que plantearnos en este nuevo inicio nuestro vivir en Cristo. El Adviento es, por excelencia, un tiempo de **esperanza**. Pero **¿podemos hablar de esperanza hoy?** Ante el desastre humano que ha creado la crisis, ante las desigualdades insultantes que ha puesto de manifiesto la sociedad, ante la corrupción escandalosa de muchos responsables públicos, cuando la gente ha perdido la confianza en personas e instituciones, **¿podemos hablar de Esperanza?**

¿Podemos hablar de Esperanza a los millones de parados, cuyas familias están en el umbral de la miseria? Indudablemente es difícil hacerlo y, sin embargo, en la Iglesia, al llegar el Adviento queremos hablar de **Esperanza**. Y queremos hacerlo porque caminamos hacia el acontecimiento central de nuestra fe: El encuentro con Dios que viene a nuestras vidas, con un Dios que se hace pequeño, que se hace carne.

Por eso caminamos con gozo a celebrar en la Navidad al que es **«Dios con nosotros»** y no a los ídolos del consumismo desmedido. Con ellos nos han nublado la vista los falsos profetas al servicio de los poderes económicos y que han traído, como consecuencia, la desesperación que causa el ver que, no solo no podemos acceder a estos niveles de consumo, sino que llegamos a carecer de lo más imprescindible.

Por ello no podemos seguir oyendo a los falsos profetas sino ponernos en marcha, caminar en la auténtica **Esperanza**, que sigue siendo posible. Fijémonos en el estribillo de la canción de Diego Torres: *«Saber que se puede, querer que se pueda quitarse los miedos, sacarlos afuera, pintarse la cara color **esperanza**, tentar al futuro con el corazón»*. Tenemos que quitarnos los miedos para recibir a Jesús que viene, pero que viene hecho niño, hecho pequeño, en solidaridad con todos los hombres. Sobre todo, con aquellos que, como Él al nacer, no tienen sitio en la posada, con los que hoy también se refugian en grutas y pesebres porque han sido víctimas del egoísmo y la injusticia de los poderosos, de la persecución de los Herodes de hoy que, con un egoísmo insaciable, se ensañan con los más débiles.

*“Hay un dicho viejo, una frase que seguramente hemos oído mil veces, en distintas versiones y formas, pero que nunca deberíamos olvidar: «no puedo cambiar el mundo pero puedo cambiar el mundo en mí». Y quizá lo primero que deberíamos hacer es tirar a la basura ese filtro invisible que sólo nos permite ver lo malo y lo decadente. Hay que contemplarlo todo y quedarse con lo bueno. Y de lo malo... aprender, luchar, borrar o transformar. Eso es lo que quiere decir "**cambiar el mundo en mí**". Si no somos capaces de ver lo bonito de este mundo y todavía peor, si no somos capaces de imaginar un mundo mejor, nunca podremos lograr que ese sueño se haga realidad... porque, con permiso de Calderón os diré... que la vida siempre es sueño y los sueños.... VIDA son”* (Camino Alcaraz Peragón, *“Amanecer”*-Noviembre,2012)

Por eso, solo si iniciamos el Adviento siendo solidarios con los más débiles, igual que el Hijo de Dios se hizo solidario de la humanidad, si sabemos reconocer el rostro de Cristo en el rostro del hermano es como podremos pintarnos la cara **«color esperanza»** y hacer que tantos hermanos nuestros que caminan entre las tinieblas de la desesperación en las que les han sumergido los egoísmos y las injusticias de los poderosos, puedan ver también una luz de **esperanza**.

Solo viviremos de verdad el Adviento y prepararemos con gozo la Navidad si nos preocupamos, por encima de todo, de ser **esperanza** para nuestros hermanos. Dispongámonos a ello en este año que comienza.

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 63,16b-17; 64,1.3b-7): ***nosotros somos la arcilla y tú el alfarero.***

Salmo (79,2ac y 3b.15-16.18-19): **«Señor, Dios nuestro, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve»**

2ª lectura (1ª Corintios 1,3-9): **Dios a llamó a participar en la vida de su Hijo.**

Evangelio (Marcos 13,33-37): ***Mirad, vigilad: pues no sabéis el momento.***

Hoy estrenamos el Año Litúrgico; hoy es el Domingo primero de Adviento, tiempo que la Iglesia coloca como preparación al nacimiento de Cristo. Tiempo de la gran esperanza, porque aquel cuya venida preparamos llega a nosotros como **«el Salvador»**, Él es también el Señor de la Historia, que un día alcanzará su plenitud cuando Él sea todo en todos, y todas las cosas sean recapituladas en Él y ofrecidas por Él, y con Él al Creador y Padre de todos los hombres.

En esta historia, entre la encarnación de Jesucristo y la consumación de todo lo creado, colocamos también nosotros nuestras ilusiones y esperanzas, y sobre todo nuestros esfuerzos renovados por preparar los caminos del Señor.

Cada año se repiten, repetimos, parecidas palabras, sin embargo, sería engañoso el caer en una especie de rutina, en un *“eso ya me lo sé yo”*; porque cada momento, cada día son nuevos. Porque en este último año han ocurrido muchas cosas en la vida del mundo y en nuestra propia vida. **¿Quién de nosotros no se ha visto afectado por algún acontecimiento personal, familiar, mundial?** Es en esa historia en la que el Adviento pronuncia cada año la palabra **«Esperanza»**.

Esperanza en un Salvador que viene a decir la Palabra de Dios a la vida de los hombres, porque Él es la Palabra encarnada. **¡No necesito un salvador!**, gritan algunos. Pero la humanidad en su conjunto alza su clamor: **«¡Ven pronto, Señor! ¡Ven, Salvador!»** La Iglesia se une a ese clamor, y anuncia que el hombre necesita ser salvado, que hay una esperanza para el hombre.

Esperan salvación los pobres, los oprimidos por los poderosos y olvidados por ellos. A cambio ven cómo esos poderosos, en los países ricos, invierten muchísimo más en la industria armamentística que en ayuda humanitaria, frustrando así su esperanza. Esperan salvación los que lloran porque la vida les trata con dureza; los que claman a Dios justicia en un mundo injusto, los millones de parados que claman por un trabajo que les permita mantener su hogar; los que necesitan ver sostenida su esperanza mientras se entregan a la construcción de otro mundo posible y en paz.

Esperan salvación los leprosos y crucificados de nuestros días, condenados a vivir y morir fuera de los muros de la ciudad; los que mueren de hambre, drama y vergüenza de nuestra aldea global y llamada a la conciencia de los que cada día disponemos de mesa y mantel. Esperamos un Salvador también nosotros, que nos hemos instalado en un estilo de vida que desoye la llamada de los que sienten que nada les cabe esperar del mundo rico, pese a las llamadas de atención acerca de los peligros que puede acarrear tal estado de cosas. Y necesita y espera un Salvador la Iglesia, para que cada día sea más la Iglesia pobre al servicio de los pobres.

Este año, la buena noticia de la esperanza nos llega de la mano del evangelista Marcos, que en este domingo, ante la llegada del Señor, nos grita: **«¡Vigilad! ¡Estad despiertos, velad!»** Que la llegada del Señor no nos encuentre dormidos La salvación que Jesús trae al mundo exige un compromiso. **¡Devolver la esperanza a los pobres!**

Devolver la esperanza no es tarea fácil. La esperanza se ve amenazada a causa del pecado y egoísmo de los humanos, aparece como débil, pequeña, como una semilla que debe ser cuidada con esmero para que llegue a convertirse en la imagen del Reino del que nos habla Jesús. Una pequeña semilla que crece hasta hacerse un arbusto grande, en cuyas ramas pueden anidar las ilusiones y esperanzas de los hombres de nuestro tiempo.

Los medios de comunicación nos ofrecen cada día, junto a algunas noticias positivas, oscuros cuadros de violencia, muerte, hambre y guerra. Sin embargo, la esperanza de los pobres es invencible, porque el grito que les arrancan los opresores ha llegado a los oídos de su Señor y Padre, que no dará largas a su salvación.

Ese es el anuncio y la misión de Jesús, enviado al mundo y ungido por el Espíritu para anunciar la Buena Noticia a los pobres. Que también nosotros, ungidos por el mismo Espíritu, sepamos acompañar a Jesús en esa tarea liberadora cargada de esperanza.

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 40,1-5,9-11): *Consolad, consolad a mi pueblo.*

Salmo (84,9ab-10.11-12.13-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

2ª lectura (2ª Pedro 3,8-14): *procurad que os encuentre en paz con Él.*

Evangelio (Marcos 1,1-8): *Preparadle el camino, allanad los senderos.*

Nos quejamos de la inmoralidad que nos rodea, de los robos, de la pornografía, de las estafas y timos, de la especulación, del tráfico de influencias, de la explotación, de la violencia, del terrorismo... La inmoralidad, que denunciamos, no es más que la otra cara de la falta de moral que padecemos y que ni siquiera nos damos cuenta, porque lo que nos falta son los ideales, los valores, la esperanza, el sentido de la vida, la razón de vivir.

Nos hemos complicado demasiado la vida y nos conformamos con vegetar, con aprovechar la vida, sacando partido a las oportunidades que se nos presentan, sin preocuparnos para nada de los demás. Cada cual, a lo suyo, y caiga quien caiga.

Que hermosas resultan las palabras de consuelo del profeta, puestas en labios de Dios, para aliviar el sufrimiento de su pueblo y darles ánimo para emprender el retorno. La experiencia del triste destierro de Babilonia es interpretada como la pena impuesta por Dios por sus continuas deslealtades. Pero el Señor declara que ya es suficiente. Su perdón será el motor liberador que les haga recobrar el ánimo y las fuerzas para volver a la alianza y retornar a Jerusalén.

Pedro escribe cariñosamente a los cristianos, razonando que la aparente tardanza de Dios es porque no tiene prisa y da largas para que todos puedan tener la oportunidad de convertirse. Por eso les invita a la esperanza y a trabajar sin descanso, y ese es también el mensaje de Jesús cuando anuncia la Buena Noticia de la inminencia del Reino de Dios y en el evangelio de hoy, el mensaje de Juan, la voz que clama en el desierto, invitándonos a preparar el camino para acelerar la venida del Señor.

Sí, también hoy atraviesa el mundo tiempos duros. Se multiplican los problemas, se dejan sin resolver las grandes cuestiones del hambre, de la desigualdad, de la violencia, se globaliza el terrorismo, se apuesta obstinadamente por la carrera de armamentos, se trafica con la justicia, se vulneran los derechos humanos y se desconfió del ser humano, de la solidaridad, de la buena voluntad, de la búsqueda de la fraternidad. La esperanza de fe en un cielo nuevo y una tierra nueva en que habite la justicia, parece cada vez más lejana, las utopías parecen en recesión.

A veces tenemos la impresión de estar como dejados de la mano de Dios, y muchos cristianos se sienten tentados a tirar la toalla, a dejarlo todo, a despreocuparse del mundo, convencidos de que no tiene arreglo, y de la misma Iglesia, dolidos y desmoralizados por el constante retroceso de las prácticas religiosas y por el incremento de nuevas religiones o de la indiferencia y el abandono.

Para todos nosotros suena hoy con fuerza el Evangelio, la Palabra de Dios. Para todos nosotros clama, aunque nos parezca que en el desierto, la voz de los profetas llamándonos a la esperanza y a la acción. Isaías invita al pueblo a emprender el camino del retorno, de la libertad, de la lealtad. Pedro nos urge a trabajar para apresurar los acontecimientos. Juan nos invita a preparar el camino para que llegue pronto lo que esperamos, si es que esperamos el cielo nuevo y la tierra nueva en que habite la justicia.

Preparar el camino es, en principio, poner en el punto de mira la meta, creer en el Evangelio, fiándonos de la promesa de Dios tomándola en serio y empezando a trabajar en ese sentido. Ello exige de nosotros el cambio profundo al que nos llama Juan, invitándonos a la conversión del corazón. Porque no se trata sólo de un cambio de conducta, de evitar el mal, sino de un cambio de mentalidad, superando prejuicios y pesimismo y recuperando la fe en Dios y en los semejantes, recuperando la utopía y la esperanza.

Preparar el camino es, en segundo lugar, comunicar y compartir con todo el mundo nuestra esperanza. Lo que no podemos hacer sólo diciendo buenas palabras, porque si sólo son palabras no harán más que aumentar la desmoralización. Hace falta, por tanto, el testimonio, el ejemplo, las obras que acrediten lo que decimos. Hace falta, sobre todo, el testimonio colectivo, el de los grupos, el de las comunidades parroquiales, el de las diócesis, el de la Iglesia universal.

Todos los años, cuando se acerca la Navidad, nos disponemos a celebrar este acontecimiento fundamental de nuestra fe. Y lo hacemos siempre en el horizonte de la segunda venida del Señor. Nuestra vida transcurre, por tanto, en tensión entre la primera venida del Señor, que sustenta nuestra fe, y su segunda venida, que alimenta nuestra esperanza.

Que la caridad discurra, animada por el Espíritu, en solidaridad con todos los hombres de buena voluntad para construir el mundo que Dios quiere, como Dios quiere.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Génesis 3,9-15.20): *La serpiente me engañó.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo»*

2ª lectura (Efesios 1,3-6.11-12): *Seremos alabanza de su gloria.*

Evangelio (Lucas 1,26-38): *Hágase en mí según tu palabra.*

La Iglesia se prepara en Adviento para la venida del Salvador. Para esta preparación encuentra un modelo en la Virgen. Una de las preparaciones mejores para la Navidad es la meditación del relato de la Anunciación. Gabriel habla solemnemente, como corresponde a un arcángel, de la relación de Dios con María: *«Salve, llena de gracia. El Señor está contigo»*. Hoy, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, podemos reflexionar cómo la Virgen se ha preparado para la venida de su Hijo.

Estaba prefijado en los planes de Dios que el Hijo acampase entre nosotros en la tierra y como verdadero hombre siguiera las leyes de la naturaleza humana naciendo de una mujer. Dios ha cuidado de que el templo donde el Hijo de Dios había de habitar durante nueve meses fuera un recinto santo. La preparación de la Madre de Dios para la venida de Cristo tuvo un doble aspecto, por una parte lo que Dios hizo; por otra, lo que hizo María.

¿Qué ha hecho Dios para preparar una digna morada a su Hijo? La ha creado inmaculada y la ha mantenido virginal en su cuerpo y en su alma. **¿Cómo se ha preparado María a la venida de Cristo?** Por su entrega a la voluntad de Dios, por su amor al prójimo y por su sufrimiento.

María fue preparada por Dios para madre del Redentor por la Inmaculada Concepción. Preservación del pecado habitual. María no conoció la culpa original. Fue preservada de la concupiscencia, de las tristes y lamentables rebeliones de la carne y finalmente fue preservada del pecado actual. Viviendo en un mundo de pecado, la tocó ciertamente el dolor del mundo, pero no su maldad.

También María debía colaborar en esta preparación del templo. Lo hizo en primer lugar por su entrega a la voluntad de Dios. Tratemos de imaginarnos la situación de María. Nos aparece como una muchacha insignificante del pequeño lugar Nazaret, que es elegida por Dios para llegar a ser la madre de su Hijo. Acepta la elección, sin plantear exigencias, sin poner limitaciones, sin hacer preguntas sobre el futuro. Dice un «**SÍ**» y acepta humilde y consecuentemente la vocación, que será de la mayor importancia para todos los hombres.

Detrás de ese acuerdo está el «**SÍ**» a una tarea que llena la vida, una tarea en fe y confianza en el amor y la promesa de Dios. Precisamente con este «**SÍ**» claro, decidido, María nos señaló, y nos sigue señalando constantemente la ruta que conduce a Dios.

Cuando concibió a su Hijo el amor la impulsó a llevarlo en seguida a los hombres. *«María se puso en camino y con presteza fue a la montaña, a una ciudad de Judá, y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel»* (Lucas 1,39-40), permaneció allí tres meses en el ejercicio de las obras del amor.

Finalmente, en esta preparación hay que añadir todavía el sufrimiento. La elección a poder ser madre del Hijo de Dios, no fue siempre una bendición y un gozo, sino a menudo fue sufrimiento, angustia y sacrificio. Todo ello exigió una fe y un amor que en el fondo superan las medidas humanas.

La leyenda nos cuenta que el Señor dejó impresa su cabeza llena de sangre y de heridas en el paño de la Verónica. Esta leyenda tiene un sentido profundo: *“la tarea de la mujer es conservar en cada momento todo sufrimiento con un corazón compasivo”*. Si alguna mujer ha cumplido esta tarea ha sido sobre todo su madre. El dolor de la mujer no es tanto su propio dolor cuanto la compasión. Si hablamos de la *“Mater Dolorosa”*, es necesario en primer lugar mostrar al Redentor.

Esta preparación de María para la llegada de Cristo es un ejemplo para todos nosotros. También nosotros nos preparamos para la venida de Cristo por la gracia y también nosotros queremos adornar nuestro corazón para esa venida mediante la entrega a la voluntad de Dios, el amor al prójimo y la aceptación de la cruz.

Como María: *«Hágase en mí según tu palabra.»* Este *“hágase”* es el hecho más importante de la historia. *“Hágase”* es a la vez disposición pasiva y un *“sí”* activo. *“Hágase”* no es aquí un júbilo exultante, sino sencillamente un *“sí”* a la voluntad de Dios que se ha conocido claramente. Lo que es determinante para María no son sus ilusiones, sus deseos, sus planes, su voluntad, ni los deseos o la voluntad de los hombres, sino sólo la voluntad y la Palabra del Señor.

Imitemos a la Virgen y animémonos a dar un *“sí”* claro, sin condiciones, a la voluntad divina y recemos siempre como ella: *“hágase tu voluntad, Padre, en la tierra como en el cielo.- Enseñanos, Madre, a no decir nunca un SÍ que sepa a NO”*.

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 61,1-2a.10-11): *El Señor hará brotar la justicia.*

Salmo (1,46-48.49-50.53-54): *«Se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador»*

2ª lectura (Tesalonicenses 5,16-24): *Estad siempre alegres.*

Evangelio (Juan 1,6-8.19-28): *Allanad el camino del Señor.*

Nuestro mundo, enfrentado a los fracasos de su propia libertad, impulsado a una plenitud de vida humana, que no puede darse a sí mismo, desde su propia experiencia de frustración grita y anhela que se le dé la buena noticia de que es posible la realización que oriente toda su vida hacia un destino pleno, gozoso y definitivo. Pero, **¿dónde está?, ¿quién la conoce?, ¿quién nos la puede ofrecer y dar?** Para los cristianos hay un hombre: **Jesucristo.**

En Jesús Dios nos revela su proyecto, que abre una nueva época en la historia humana. En Jesús se encarna el amor infinito de un Dios-Amigo y Salvador; en Jesús se nos ofrece la reconciliación de nuestra existencia, la gracia liberadora que nos conduce a la plena y definitiva realización de la humanidad. Lo que hace posible la vida auténtica y feliz es el amor de Dios encarnado en la vida, muerte y resurrección de Jesús.

Este proyecto de Dios está frustrado por el dominio que ejercen ciertos grupos (las tinieblas), que no sólo procuran apagar la vida, sino que intentan suprimir incluso la esperanza. No sólo la vida de Jesús, sino también la nuestra están recibiendo continuos ataques para eliminar el proyecto de Dios. Ataques que proceden del poder y de los “doctores” de la ley.

La obra de Jesús, consistirá en capacitar al ser humano para que pueda realizar en sí mismo el proyecto de Dios, que es un proyecto de vida y de amor. No es la verdad, ni la ley, ni la moral, las que llevan a la vida; el brillo de la vida es la verdad. La vida precede a la verdad y no viceversa. Por tanto, la Palabra de Dios creadora no revela una supuesta verdad, ni una ley o moral, cuyo conocimiento produciría la vida: la Palabra crea vida que, experimentada y reconocida, se revela como verdad y moral.

En un ambiente tenso, agudizado por la miseria y la dominación de los poderes generadores de tinieblas, ésta fue la misión de Juan y ha de ser también la de la Iglesia y de cada cristiano: despertar el deseo y la esperanza de vida mejor y anunciar que es posible. La Buena Noticia que la Iglesia ha de anunciar al hombre de hoy incluye, entre otras cosas, lo siguiente:

-*Ser buena noticia para los pobres, los pecadores y los que sufren.* Llamamos a algo “buena noticia” por el efecto que tiene sobre nosotros. Nos alegra oírlo. Nos hace felices porque nos permite mirar esperanzados al futuro; nos llena de energía y nos cambia el estado de ánimo. Nos motiva y nos da fuerza para enfrentarnos al mundo y a todos sus desafíos. Una buena noticia puede darnos valor, voluntad y atrevimiento.

Ahora bien, sólo será la Iglesia testigo de la «Buena Noticia» para las mujeres y los hombres de nuestro tiempo, si es Buena Noticia, en primer lugar, para los pobres, acercándose, escuchando, compartiendo, haciéndose pobre, solidarizándose y combatiendo las causas de la pobreza.

-*Levantar la esperanza a los desesperanzados.* No es fácil animar a los abatidos, desilusionados, a los que no encuentran sentido a su existencia. Sólo desde la presencia humilde, paciente, rebosante de ternura, comprensión y desde la radical impotencia, se hace presente la fuerza de Cristo.

La comunidad cristiana está llamada a introducir en la historia la gracia de Jesús, anunciando a los hombres su verdadera identidad: «*hijos de Dios*». La acogida de este amor de Padre entrañable es lo que puede liberar al hombre de hoy del desgarramiento interior, de la inseguridad, del vacío existencial y de la falta de identidad. Sin embargo, este rostro de Dios-Padre queda oscurecido y ocultado por la injusta situación de quienes se ven excluidos de una vida digna.

En una sociedad, cuya cultura ha creado un modo de ser y de actuar que mira casi exclusivamente a la eficacia, al rendimiento y la productividad, y donde en la conciencia de no pocos sólo parece haber quedado el recuerdo de un Dios amenazador que castiga al que se porta mal y que no deja ser ni disfrutar, sino que hace la vida más dura y difícil de lo que ya es por sí misma, hemos de preguntarnos si, en nuestro talante, forma de relacionarnos y anunciar el Evangelio, se transparenta ese Dios que siempre es gracia, que libera, que es fuente de sentido y fuerza y entusiasmo para vivir. Hemos de revisar nuestra imagen de Dios, es necesario realizar gestos de gracia entre los desgraciados.

La Iglesia, fiel a su Señor, ha de encontrar en la sociedad actual su lugar desde donde anunciar el Evangelio, y este lugar sólo puede ser el lugar de las víctimas de la injusticia humana. Sólo desde la acogida a los abandonados, desde la solidaridad con los excluidos y marginados, desde el servicio gratuito a los últimos, se puede anunciar la gracia de Dios.

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (2º Samuel 7,1-5.8b-11.16): *Yo estaré contigo.*

Salmo (88,2-3.4-5.27 y 29): *«Cantaré eternamente las misericordias del Señor»*

2ª lectura (Romanos 16,25-27): *La gloria por los siglos.*

Evangelio (Lucas 1,26-38): *Alégrate, llena de gracia.*

Un Dios Niño pero no infantil. Ahora que esperamos el inminente nacimiento de Dios entre nosotros, su presencia en nuestro mundo y su caminar histórico junto a nuestros pasos tantas veces cansinos, hemos de estar abiertos para que Dios nazca realmente en nosotros. Que sea Él y no nuestra imaginación y nuestro talismán quien se abra paso en medio de nuestras pegas, inconvenientes y confusiones.

Que sea el Dios que se muestra en lo más esencial del ser humano, en la forma que aparece lo humano sin inhibición, sin escondrijo. Porque el Dios de la Navidad, del Evangelio, de nuestra tradición cristiana, es el que asume lo humano en su expresión más profunda y más rotunda. Como la muestran los niños que no esconden la necesidad de ser ayudados, el cansancio de su actividad y el deseo de ir mucho más allá de lo que son, de crecer, de ser grandes, de superar los límites en que su existencia se ve restringida.

En un niño lo humano es sintetizado en necesidad, ternura y futuro. Así es el Dios que va a nacer en estos días y que quiere anunciarnos posibilidades.

Un Dios demasiado normal. En tiempos de evidencias, aunque ya no sean tan exigentes como en el siglo pasado. Un motivo de incredulidad es la manía de Dios de intervenir y hablar sin alharacas, sin estridencias, de hacerlo en la normalidad de cada día.

Cuando todos los personajes y personajillos de nuestro mundo preparan sus presencias con grandes anuncios y campañas publicitarias hasta convertir sus llegadas y sus discursos en espectáculo de masas, Dios lo hace en la normalidad más absoluta y hasta en el silencio, en la rutina y en la intimidad.

El ángel no es un ser visible, por carecer de materialidad, aunque nosotros simbólicamente le hayamos puesto cuerpo y alas. El ángel de Dios es su mensaje que llega en medio de las ocupaciones y vivencias diarias alcanzando nuestros oídos cuando éstos se encuentran requeridos por las voces que surgen continuamente a nuestro alrededor.

Y esta normalidad de Dios nos tiene confundidos, conlleva muchos inconvenientes porque la intimidad, la rutina y el silencio lanzan sus alaridos y en ellos se cocinan muchos sueños, falsos, monstruosos a veces, terrible o sublimes.

Porque Dios adopta formas muy convencionales, personales y reales, porque Dios parece que ha decidido entrar por la vía de la normalidad humana, su presencia y su palabra están sometidas a todas las vicisitudes y ambigüedades de nuestra propia realidad.

Por eso es fundamental preguntarse o, dicho de otro modo, es una característica necesaria en la experiencia religiosa someter a interrogación crítica el propio modo de vivir y entender la fe. lo mismo que el no creyente, lógicamente, debería preguntarse sobre su increencia. Detrás de cada postura puede haber falsas religiones, falsos dioses y proyecciones muy subjetivas.

Un Dios que lo cambia todo. No lo hará espectacularmente; no se oirán grandes salvas; la vida seguirá aparentemente igual pero, profundamente, todo habrá cambiado. Con Dios, el mundo es... otro mundo; la vida es... otra vida; yo soy... otro; Dios es también otro. Y si conseguimos que Dios se abra paso en el interior de muchas personas y nazca realmente El, nuestras sociedades desorientadas, cansadas y anhelantes tendrán, todavía, la posibilidad de ser otras mucho más motivadoras y contagiosas que éstas de hoy tan confusas y decadentes.

Como le ocurrió a Isabel, cuyo nombre significa "*Dios en plenitud*". Era mayor y siguió siendo mayor, pero se sintió joven e hizo cosas propias de jóvenes; era estéril y fue capaz de dar vida; inútil (según la mentalidad de su tiempo), y fue fecunda; avergonzada de su condición, y se llenó de alegría.

Como le ocurrió a María, la mujer de Dios, que siguió lavando y cocinando con la misma sencillez con lo que lo hacía antes; pero ahora ella sabe que está transformada por dentro, preñada de futuro, llena de vida, atiborrada de promesa, a punto de estallar de esperanza.

Sólo ha dicho que sí, sin entender mucho; pero confiada en un Dios sencillo y humano que le ha pedido mucho más de lo que ella nunca se hubiera imaginado capaz, si bien Él lo ha hecho posible.

La sencilla grandeza de los resultados la hace encontrarse con la sorpresa del misterio y lo extraordinario en la normalidad de su vida cotidiana. Descubre que quien le abre su corazón y lo escucha experimenta la explosión de la realidad que, de repente, adquiere una dimensión insospechada y grande.

Dios cuando nace nos hace renacer, a todos como niños.

LA NATIVIDAD DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 52,7-10): *Tu Dios es Rey.*

Salmo (97,1.2-3ab.3cd-4.5-6): *«Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios»*

2ª lectura (Hebreos 1,1-6): *Hijo mío eres tú.*

Evangelio (Juan 1,1-18): *Y la Palabra se hizo carne.*

Desde la misma creación, Dios ha entrado en la historia del hombre, de tal manera que esta historia ha sido historia de Salvación. También hoy, nosotros, en este tiempo, recibimos con gozo la Buena Noticia que nos anuncia que Dios se hace “*Emmanuel*”, Dios con nosotros, visible en un niño indefenso que tiene que nacer en una cueva porque no hay sitio para Él en la posada.

¡Dejad que nazca el niño en el mundo y en nosotros! Navidad es la fiesta de los niños y la fiesta en que los adultos nos hacemos también como niños. El Hijo de Dios se ha hecho niño. Creció sin dejar de ser niño, porque siempre vivió como Hijo, abandonado en las manos de su Padre, y vivió como hermano. Por eso, fue amigo de los niños, de los pequeños, de los sencillos, y nos dijo que, si no nos hiciéramos como niños, no entraríamos en el reino de los cielos.

¡Que nazca el niño! Lo necesita todo un mundo construido sobre los adultos, donde apenas tienen lugar los pobres, los pequeños, los sencillos; lo necesita también la Iglesia excesivamente adulta.

¡Que nazca el niño! Necesitamos del niño, porque los adultos somos demasiado retorcidos, intolerantes, rígidos, amantes del poder y del orden, autosuficientes y calculadores, pero sordos y ciegos a la vida, al calor humano, a la sorpresa.

¡Que nazca el niño en nosotros! Porque necesitamos de la sencillez, de la simplicidad, de lo espontáneo, de la admiración, de la transparencia, del juego, de la alegría, de la fiesta, de gastar nuestro tiempo para no hacer nada.

¡Que nazca el niño!, porque necesitamos vivir como hijos en manos del Padre y vivir como hermanos. Los niños serán juguetones, traviesos, inquietos, disgustarán a veces, a sus padres y tendrán alguna que otra pelea entre hermanos, pero jamás matarán al padre ni al hermano, porque los aman y sienten necesidad tanto de los padres como de los hermanos.

¡Que nazca el niño en nosotros! Somos los adultos los que somos capaces de matar al padre y al hermano, pues nos consideramos autosuficientes, atados a las cosas, y vemos como enemigos de nuestra autosuficiencia y de nuestra codicia y ambición tanto al padre como a los hermanos.

¡Dejemos que nazca el niño!, que es lo mismo que dejar que nazca el futuro, la vitalidad, el nuevo orden para todos. La comunidad creyente ha de esforzarse y comprometerse, para que no se impida que nazca el niño, es decir, que nazca el despertar de la aurora que disipe la oscuridad de la noche.

¡Que nazca el niño!, que nos trae un nuevo horizonte y que dirija nuestro camino hacia una nueva convivencia: un nuevo orden social, económico, político, cultural, religioso y eclesial. No es nada fácil que los adultos, “*nosotros*”, los viejos, los nuevos Herodes, dejen, “*dejemos*”, que nazca el niño, lo nuevo; porque tienen, “*tenemos*”, miedo que nos haga bajar de nuestro pedestal de privilegios.

¡Dejemos que nazca el niño en nosotros! Que nuestros temores, envidias, codicias y excesivas preocupaciones no impidan su nacimiento. Él nos hará libres y ágiles caminantes al despojarnos de tantas cosas pesadas, rémoras que nos tienen parados, atados de pies y manos.

Celebrar la Navidad es dejar que nazca el niño y que los adultos aprendamos a convivir con el niño que hay en cada uno de nosotros y, a su vez, el niño aprenda a convivir con el adulto. También el niño necesita de la presencia y de la aportación del adulto.

Amigos: **¡Feliz Navidad!** Es mi deseo para todos en este día tan entrañable. Que Jesús tome carne en nuestros corazones y que nuestros corazones sean un hogar cálido y acogedor para Aquel que sigue naciendo, cada día, en todo niño que viene a este mundo, y muy especialmente en los nacidos fuera de la ciudad, porque aún no dejamos que haya un sitio digno para ellos en nuestras posadas.

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (Eclesiástico 3,2-6.12-14): *Se constante en honrar a tu padre.*

Salmo (127,1-2.3.4-5): *«Dichosos el que teme al Señor, y sigue sus caminos»*

2ª lectura (Colosenses 3,12-21): *Y sed agradecidos.*

Evangelio (Lucas 2,22-40): *Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios.*

El paso de una sociedad rural a una sociedad urbana, en el que las distancias físicas se agrandan y resulta más difícil encontrarse por la calle y juntarse por cualquier motivo, ha hecho que abandonemos las relaciones familiares y relativicemos más la amistad.

Entre los compañeros de trabajo, los vecinos de escalera o del mismo barrio, las actividades de ocio, se daban de una forma natural como en el ambiente familiar entre hermanos y primos. Actualmente esta relación ha quedado relegada a celebraciones puntuales con carácter nostálgico que no ayudan a afrontar el futuro de nuestra relación, poniendo medios para transformarla.

Con el paso del tiempo, los cambios producidos en nosotros han cambiado también la estructura familiar y la sociedad en la que esta se desarrolla. La edad, el ser padre o madre sin dejar de ser hijo o hija, el trabajo de los adultos fuera del hogar, el paso de ser una familia “extensa” a ser una familia “restringida”, tanto en el número de hijos cuanto en las relaciones, fuera de casa, con primos, tíos y abuelos, son factores que inciden en nuestra forma de amar y ser amados.

La misma forma de atender a los padres mayores, que antes se hacía de una manera natural en las familias, hoy se ha convertido en una demanda social y por falta de plazas en residencias para mayores, en una obligación generalmente de las hijas.

En esto también tiene que ver la forma de amar de muchos padres y madres que, en lugar de ayudar a sus hijos a hacerse adultos, fomentan en ellos un infantilismo prolongado: dándoles todo hecho y satisfaciendo sus caprichos con el fin de conseguir de ellos una devolución de favores. No se dan cuenta que, cuando el amor deja de ser gratuito y exigente se convierte en una obligación que tratamos de rehuir.

Todas las actitudes que escuchamos en la segunda lectura y que Pablo sugiere para las comunidades cristianas, nos están invitando a mantener unas buenas relaciones fraternas, es decir, entre iguales.

Estas relaciones son las más difíciles de mantener, pero también las más enriquecedoras; pues en ellas todos podemos aportar lo que somos y queremos llegar a ser, e interpelar el ser de las otras personas y sus proyectos; así como recibir de ellas lo que son y quieren llegar a ser, y dejarnos interpelar por ellas. Son las relaciones que más pueden fomentar el amor gratuito y exigente, del que hablábamos antes.

Haríamos bien los padres y las madres de fomentarlas y cuidarla entre nuestros hijos, así como procurar dedicar tiempo a las que ellos tienen con sus hermanos, primos y con otras parejas que tengan un proyecto de vida en común similar.

También en las comunidades cristianas y en nuestros grupos, grandes o pequeños, deberíamos analizar y revisar nuestras relaciones y discernir si se fomentan más las desigualdades (cura >> laicos, hombres >> mujeres, jóvenes >> mayores) o la igualdad, grupos o comunidades seguidores de Jesús con el carisma especial de cada uno.

En definitiva, se trata de que cada uno, cada una, seamos nosotros mismos y podamos vivirlo en compañía. Ayudados y apoyados en la experiencia acumulada, que cada colectivo suele traducir en una normativa y en una organización, que, con el paso del tiempo y los avances humanos, vamos transformando.

El relato evangélico de este domingo, y el pasaje que Lucas trae a continuación: Jesús, adolescente, en el Templo de Jerusalén, debatiendo con los doctores de la Ley, nos están invitando a vivir todo esto desde la sabiduría de los mayores.

En la medida que les dejamos, ellos nos aportan la experiencia que “guardan en el corazón” y respetando nuestros “conflictos” personales y generacionales, para que entre todos hagamos avanzar la historia según el plan de Dios.

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6,22-27): *El Señor te bendiga y te proteja.*

Salmo (66,2-3.5.6 y 8): *«El Señor tenga piedad y nos bendiga»*

2ª lectura (Gálatas 4,4-7): *Así que ya no eres esclavo.*

Evangelio (Lucas 2,16-21): *Le pusieron por nombre Jesús.*

Recién estrenado el Año Nuevo, el primer texto que proclamamos como Palabra de Dios nos ofrece la fórmula de la bendición de Dios a su pueblo. Ese pueblo somos hoy nosotros. Comenzamos el año bajo la bendición de Dios: *«El Señor nos protege y bendice, ilumina su rostro sobre nosotros y nos concede su paz».*

Hay, por parte de Dios, una actitud de “bien decir” hacia los suyos; el Señor les acompaña y protege en todos sus caminos. Cada día estimula nuestro trabajo, lo bendice, lo hace eficaz, prolonga en nuestras manos su trabajo creador. Todo bajo su mirada amorosa, protegiéndonos en los peligros. Dice bien de nosotros y nos hace sentirnos bien con nosotros mismos. Su bendición es una palabra eficaz, que realiza lo que dice. Podemos iniciar el año llenos de serenidad y confianza, porque Dios es fiel.

El israelita piadoso, recitando los Salmos, ansiaba llegar a ver el rostro de Dios: *«¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?»* (Salmo 41,3). *«Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro»* (Salmo 26,8). Ése es también el deseo de nuestros místicos: *«Descubre tu presencia, / y máteme tu vista y hermosura; / mira que la dolencia / de amor, que no se cura / sino con la presencia y la figura»* (San Juan de la Cruz). Ese rostro de Dios ha brillado para nosotros en su Hijo Jesucristo, un rostro transfigurado por la gloria de Dios, y un rostro, a la vez, desfigurado por nuestros crímenes y pecados.

Necesitamos, hoy de manera especial, saber descubrir el rostro de nuestro Dios en tantos rostros humanos desfigurados por la injusticia. Ellos son hoy los nuevos siervos de Yahvé, que cargan con los pecados del mundo. La contemplación del sufrimiento de tantos seres humanos inocentes es, sin duda, la gran llamada que Dios dirige hoy a su Iglesia y al mundo, y a la que los creyentes deberíamos responder con mayor radicalidad.

La paz era para el israelita la suma de todas las bendiciones divinas, una felicidad no alterada por mal alguno. Desearse uno a otro la paz era desearse todo bien, la convivencia armoniosa con Dios, con los hombres, con la naturaleza. Un deseo siempre anhelado y nunca del todo satisfecho para el corazón humano. *«Dichosos los que trabajan por la paz»*, ha proclamado Jesús. Ellos serán llamados *«los hijos de Dios»*, de ese Dios que bendice a su pueblo con la paz.

Al comenzar el año, podemos reavivar en nosotros la vocación de ser constructores de paz en nuestro propio corazón y en el corazón del mundo, en las relaciones entre los pueblos de la tierra. *«Paz en la tierra»* han cantado los ángeles en Belén. *«Paz en la tierra»* es el clamor de los pueblos oprimidos. *«Una paz que será palabra vacía si no se edifica sobre la verdad, la justicia, la solidaridad y la libertad»* decía san Juan XXIII. La Iglesia elige este primer día del año para celebrar la Jornada Mundial de la Paz. A ella nos unimos también nosotros.

El evangelio nos trae una escena llena de sencillez y ternura que, prolonga en nosotros las imágenes y los sentimientos de la Navidad. Quiera Dios grabarlos en nuestros corazones para siempre y no sólo en estos días. En esa escena destaca la figura de María, la madre del Niño. La Iglesia celebra hoy la fiesta de Santa María, Madre de Dios. Ella es la mujer creyente que, al colaborar con el plan de Dios, ha traído al mundo a Jesús, *«el que salva»*, *«el Hijo del Altísimo»*. María conserva todo lo que está viendo y oyendo, y lo medita en su corazón.

María va recorriendo su camino de fe, contemplando y descubriendo la presencia de Dios en los acontecimientos de la vida. También los creyentes debemos recorrer, como María, nuestro propio camino de fe, que tiene sus luces y sus sombras, sus momentos de claridad y su noche oscura.

María, José, los pastores, son llamados a reconocer la presencia de Dios en un niño acostado en un pesebre. Acompañando los pasos de su Hijo, desde el pesebre a la cruz, irá descubriendo María todo el plan que Dios le propuso al principio de su vocación.

Aquel que se encarnó en sus entrañas se ha encarnado también en las entrañas del mundo, en el espesor de lo real, en la carne y en las chozas de la tierra. Ésta es también nuestra vocación, que queremos renovar en este primer día del año: encarnarnos en la vida del mundo, en las causas dignas de la humanidad.

Comulguemos hoy con toda la voluntad de Dios, con la fe de María, con los deseos de paz de tantos hombres y mujeres, las ansias de los pobres y de los que sufren injusticias, y poniendo en la patena y en el cáliz nuestro deseo de que también todos ellos sean transformados.

DOMINGO SEGUNDO DE NAVIDAD

1ª lectura (Eclesiástico 24,1-4.12-16): *será bendita entre los benditos.*

Salmo (147,12-13.14-15.19-20): *«La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros»*

2ª lectura (Efesios 1,3-6.15-18): *Nos predestinó a ser hijos suyos por Jesucristo.*

Evangelio (Juan 1,1-18): *La Palabra era la luz verdadera.*

En el principio ya existía la Palabra. Juan, desde el principio, nos dice que Dios no es un solitario, un ser enrocado en su majestad y omnipotencia, sino que es palabra, apertura, revelación, comunicación. Por su palabra creó el cielo y la tierra y al ser humano. De modo que todo cuanto existe tiene algo de palabra divina, de revelación de Dios.

Los cielos, dice el salmista, pregonan la grandeza de Dios, y el ser humano, hecho a su imagen y semejanza, dispone de la palabra, para concertar con la creación entera las alabanzas a la majestad y misericordia de Dios. La palabra está en el origen del mundo; y en el del mundo de los hombres, en la sociedad, está la palabra. Por su palabra Dios creó el mundo y lo puso a disposición de los hombres, para que con su palabra y trabajo lo cultivasen y lo hicieran desarrollar y progresar.

Y la Palabra se hizo carne. Lo que significa que, llegado el momento, Dios cumple su palabra, la promesa hecha a nuestros primeros padres, la promesa repetida a los patriarcas, la palabra siempre presente en la voz de los profetas, la palabra que se brindó a la fe de María y se hizo carne en sus entrañas. Por eso escuchar la Palabra de Dios, no es simplemente oír el evangelio, sino, como María, acoger a Cristo en las entrañas, en el corazón.

Crear no es recibir la palabra de Dios, sino acoger a Cristo, hasta el punto de que se cumpla lo de san Pablo: *«vivo yo, mas no yo, porque es Cristo quien vive en mí, en comunión»*. Por eso el cristianismo, la vida cristiana, no puede reducirse a conservar con meticulosidad las palabras de la Escritura en el depósito de la fe, ni puede simplificarse en un código o en unas normas, sino que debe encarnarse, cobrar cuerpo, hacerse realidad.

El cristianismo o es encarnación y compromiso en este mundo y con todos los seres humanos, o no tiene nada que ver con Cristo, la Palabra de Dios que se hizo carne y puso su morada entre las nuestras, con nosotros. La encarnación significa que nosotros hemos recibido el don de la Palabra. Pues por nosotros, y por nuestra salvación, la Palabra de Dios se hizo carne. Pero, además, hemos recibido también el don de la palabra, de hablar, de comunicarnos. Y el deber, derivante de la fe, de cumplir la palabra, de encarnarla, de modo que sea Palabra de Dios para los demás.

Hay una singular analogía entre la Palabra de Dios y la del hombre, creado a su imagen y semejanza. Ambas son revelación, manifestación, comunicación. La diferencia está en que la Palabra de Dios es Dios, no hay diferencia entre lo que dice y el que lo dice, mientras que en el caso humano entre la palabra y el hombre hay una fisura, la mentira, la posibilidad de no decir lo que se piensa, y el engaño, la posibilidad de no cumplir lo que promete.

La mayor riqueza de los seres humanos es la comunicación, la capacidad de dar y recibir, de compartir y repartir todo y con todos, construyendo entre todos un mundo nuevo y una forma de vida distinta, mejor. Y en este proceso la palabra tiene un poder decisivo. La palabra es la mejor contribución, el mejor regalo, pues por ella podemos compartir lo mejor que hay en nosotros, nuestros sentimientos, nuestras ilusiones, nuestras esperanzas, nuestras inquietudes, nuestra fe, ofreciendo a todos una razón para vivir.

Si a veces se acusa un cierto silencio de Dios, no es porque Dios calle, sino porque los creyentes, nosotros, no somos verdadera palabra encarnada y así, no manifestamos a Dios. Y si el Evangelio ya no resulta, buena noticia, tal vez ni siquiera noticia, es porque nosotros, los cristianos nos conformamos con una fe rutinaria, descarnada, que no testimonia nada.

Y si abunda la violencia, y se multiplican las armas y siguen las amenazas de guerra, es porque la palabra se ha desvirtuado, perdiendo su sentido divino, su condición humana y la hemos trivializado. Por eso urge recuperar la palabra, para que, como en el principio, sea vida y generadora de vida, sea luz disipadora de tinieblas, sea veraz, encarnada, auténtico eco de la Palabra de Dios.

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60,1-6): *su gloria aparecerá sobre ti.*

Salmo (71,2.7-8.10-11.12-13): *«Se prostrarán anti ti, Señor, todos los reyes de la tierra»*

2ª lectura (Efesios 3,2-3a.5-6): *también los gentiles son miembros del mismo cuerpo.*

Evangelio (Mateo 2,1-12): *Venimos a adorarlo.*

Hemos visto salir su Estrella. Mateo escribe historias de fe que nos atañen a todos. Todos estamos representados en el relato evangélico. “En unos tiempos en que no había brújulas, la estrella significaba para los humanos orientación, indicación del camino para dirigirse a la meta”. Por eso, Mateo señala como la gran tragedia de la vida, la pérdida de la estrella, cuando ya no se sabe de qué se trata en la vida.

Nosotros hemos visto la estrella; los demás, quizá le han echado una mirada aprisa y, se han ocupado en otras cosas que tenían en su cabeza y que para ellos eran más importantes. El que ve y pasa de largo está ciego. El sacerdote y el levita de la parábola del buen samaritano pasaron de largo; el samaritano vio y se conmovió. **¡Qué sepamos reconocer los signos de los tiempos!**

El “ver” tiene consecuencias. Ver es más que mirar deprisa. El auténtico “ver” puede arrojar por la borda todos los planes. El samaritano “vio”, y este “ver” lo transformó. Este modo de ver bíblico con el que comienza toda misericordia, no es una cosa sencilla. Los comodones no lo logran nunca. Este “ver” exige abandono, desprendimiento de uno mismo, existir y comprometerse para y por los otros. Quien sigue tras ver así, sabe que sólo se puede llegar a la fuente cuando se nada contra corriente, sin mirar a la orilla derecha ni a la izquierda, sino que sigue su camino derecho, oportuna o inoportunamente.

¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Ha desaparecido la estrella y se ha hecho de noche en sus corazones. Tienen que volver la cabeza hacia algo que sustituya a la estrella. Cuando ya no brilla la estrella, necesitan consejo. Y buscan..., y preguntan. Una búsqueda y una pregunta justificadas porque quieren conocer la verdad. La estrella desaparece cuando ya estaban a punto de alcanzar la meta. Tras tantos caminos recorridos ahora están en Jerusalén, a dos pasos de Belén.

Cuando van a llegar a la meta, surge la inseguridad. No saben dónde buscar. **¿Fue quizá todo una ilusión?** A cada uno de nosotros puede asaltarnos la tentación de abandonar en el último momento. Nuestra fe está asediada. **¿Todo ha sido en vano?** Mateo nos amonesta. Pertenece a la condición humana la duda de si todo el camino recorrido hasta ahora ha sido infructuoso.

Id y volver después a informarme para ir yo también. Los Magos no tuvieron suerte y llamaron a una puerta equivocada. Esto le puede pasar a sabios y a todo el mundo. Hay muchas puertas en la vida y a menudo no sabe uno cuál es la buena. El asunto de elegir es harto arduo. En el canto del “*Veni, Sancte Spiritus*”, la Iglesia llama al Espíritu Santo: «*Digitus Dei*», el dedo de Dios, que en el momento apropiado nos da la indicación correcta para acertar con la puerta. La devoción al Espíritu Santo sea la guía de nuestras incertidumbres.

Al ver la estrella se llenaron de alegría. El evangelista no nos cuenta cuánto tiempo tuvieron que esperar hasta que la estrella comenzó a brillar de nuevo. Sólo Dios sabe cuándo ha llegado la hora, que es distinta para cada uno. Nuestra vida a veces parece falta de perspectivas, un arrastrarse con esfuerzo sin ningún consuelo.

Las historias de la fe saben que estamos acompañados por Jesucristo. «*En la vida y en la muerte somos del Señor*». Hasta que la estrella brilló de nuevo, los tres permanecieron juntos. Esperar en solitario puede desmoralizar a uno. La espera compartida en comunidad es sólo media carga. En todo caso valió la pena esperar. Se llenaron de inmensa alegría.

Entrando vieron al Niño y a su Madre y cayendo de rodillas le adoraron. Seguramente la casa sería una modesta vivienda, tal vez pobre. Los Magos actúan con espontaneidad. No dicen nada y colocan a los pies del Niño toda su sabiduría. Una actitud, mezcla de respeto, admiración y silencio. **¿Hemos olvidado hoy la admiración?** Parar el reloj de nuestras vidas, ver y amar. Y abrir los pobres cofres de nuestras vidas y con nuestras manos vacías ofrecérselos al Niño.

Se marcharon a su tierra por otro camino. Resulta difícil situar geográficamente este otro camino de regreso a su patria. Mateo ve el otro camino en otro plano de lectura. Si el fiel cristiano, si la Iglesia, quieren marchar hacia el futuro, tienen que ir por el otro camino, a veces desacostumbrado e incómodo. No por el camino que lleva todo el mundo y que acaba en buscarse a sí mismo, sino el camino alternativo abierto por Jesús. Los Magos que supieron ver la estrella y ver al Niño, también vieron el otro camino. Tengamos nosotros los ojos bien abiertos para ver y seguir las indicaciones de Dios.

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 42,1-4.6-7): *Mirad a mi siervo, mi elegido.*

Salmo (28,1a,y 2.3ac-4.3b y 9b-10): *«El Señor bendice a su pueblo con la paz»*

2ª lectura (Hechos 10,34-38): *Está claro que Dios no hace distinciones.*

Evangelio (Marcos 1,6b-11): *Detrás de mí viene el que puede más que yo.*

Un personaje tiene que tocar a la gente o ser tocado por ella. Los famosos tienen que pagar un precio por su fama: tienen que firmar autógrafos, dar la mano a cientos de desconocidos, dejarse aclamar por la multitud; los políticos en la campaña electoral se disfrazan vistiendo el mono del obrero, toman en brazos a los niños y los besan en un derroche de ternura. El mensaje implícito es el siguiente: *“Soy uno de los vuestros y quiero lo mejor para vosotros”*.

Juan es un rudo predicador de penitencia, criado en el desierto, sin ocasiones de fraternidad, de ternura, de compañerismo: Tampoco teme el contacto de las gentes. No hace concesiones fáciles, sacude sus conciencias y mete a sus oyentes bajo el agua para que noten en su cuerpo las exigencias de Dios. **¡Es necesario convertirse! ¡Tengo que cambiar mi vida!**

Jesús es un artesano familiarizado con el trabajo manual. Jesús y Juan, dos personajes que atraen a las masas en tiempos distintos. Los dos hablan de Dios con un lenguaje diverso. Jesús no llega amenazante o pisando fuerte o abriéndose paso con violencia. Los dos ponen en contacto a los hombres con Dios. Juan nos hace saber que Jesús es más fuerte que él.

¿Por qué va Jesús a bautizarse? Juan predica la conversión y el perdón de los pecados. ¿Necesita Jesús someterse a este bautismo, él no tiene pecado y es la manifestación misma del amor de Dios? De hecho, Jesús no necesita el bautismo de Juan. Aunque no tiene pecado, se pone en la fila de los pecadores y se deja bautizar. Se solidariza con los hombres.

El bautismo de Jesús nos quiere mostrar que el Hijo de Dios descendió, se sumergió en los valles oscuros de la vida humana. Se hizo en todo semejante a nosotros, menos en el pecado. Su solidaridad con el hombre llega hasta tal punto que le lleva a tomar apariencia de pecador. Está unido no sólo con los marginados de la sociedad, sino con todos los pecadores. Se pone a la cola como uno más, sin pedir privilegios o exigir otro trato. Se presenta como uno cualquiera **«tomando condición de siervo, pasando por uno de tantos»**. (Filipenses 2.7)

Es como el médico que se acerca al enfermo para conocer mejor sus heridas. Más aún, es el redentor que quiere asumir la carne enferma para devolver a todos la salud. Solidario con los sufrimientos, las cegueras, las esclavitudes y los desgarros del hombre. Es... *“nuestro hermano”*. Ciertamente es más difícil aceptar a un Dios esperando las aguas de la purificación que a un Dios hecho niño en un pesebre.

Esta participación en el destino de los hombres se muestra también en que se sienta en la misma mesa con los pecadores y se aloja en casa de uno de ellos. Realmente, Jesús no ha rehuído bajar a todas las profundidades de la existencia humana. Fue tan lejos, que ya no se distinguía de los pecadores. La muerte en la cruz, como a un criminal, es el punto final de este camino suyo.

En el bautismo de Jesús el cielo y la tierra se tocan. Se abre el cielo para manifestarnos que Jesús es el Hijo de Dios. En Él se tocan el cielo y la tierra. También el bautismo de Jesús es otra Epifanía, donde el Padre llama su Hijo amado a Jesús, que se ha colocado en la fila de los pecadores.

El Espíritu del Señor reposa sobre Él y lo conducirá primero al desierto y luego a Galilea, a Jerusalén y al Calvario. El bautismo en el Jordán fue para Jesús un comienzo decisivo, de aquí parte su camino a otro bautismo: su inmersión en la pasión y en la muerte.

En el bautismo de Jesús tenemos el original de lo que Dios piensa de nosotros. Las palabras que se escuchan de la voz del cielo, valen también para cada uno de nosotros: **«Tú eres mi hijo amado»**. Él nos amó primero, antes de que nosotros pudiéramos hacer algo por Él. Nuestro nombre está escrito en los cielos. Todo hombre tiene un valor infinito a los ojos de Dios. No se puede tratar a un hombre como una mercancía.

Cada bautizo nos recuerda esto: **«Tú me has tocado y yo ardía de nostalgia de Ti»** (San Agustín). Deseémonos esta experiencia de su cercanía, en esta fiesta. Estar bautizados en nombre de Jesucristo y poder celebrar en la Iglesia su muerte y su resurrección debe ser hoy, para nosotros, un motivo de gozo y de agradecimiento.

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Samuel 3,3b-10.19): *Habla, que tu siervo te escucha.*

Salmo (39,2.y 4ab.7.8-9.10): *«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»*

2ª lectura (1ª Corintios 6,13c-15a.17-20): *No os poseáis en propiedad.*

Evangelio (Juan 1,35-42): *Éste es el Cordero de Dios.*

Vivimos en tiempos revueltos y convulsivos y, la gente, de una forma u otra se pregunta: **¿Quién nos puede iluminar el camino? ¿Quién nos puede salvar?** La comunidad cristiana, partiendo de su propia experiencia, reconoce, señala y comunica a Jesús como *«el cordero que quita el pecado del mundo»*, el que inaugura y realiza el éxodo definitivo, la liberación de los egipcios y los faraones actuales.

Ahora bien, la comunidad cristiana solo será creíble si ella misma aparece como comunidad liberada de los ídolos que están esclavizando y oprimiendo al mundo: el “*poder*” y todo tipo de autoritarismo, muchas veces camuflado con ropaje religioso; la “*riqueza*”, no solo material, sino también la riqueza del espíritu, mucho más dañina incluso que la material, ya que crea, margina y condena a los pecadores, es la riqueza del fariseísmo, y todo tipo de triunfalismo y grandeza al estilo del mundo.

Hemos finalizado ya el tiempo de Navidad, en el que hemos hablado de la Epifanía: primero la de los Magos de Oriente y la manifestación con motivo de su Bautismo después, en que *«vino una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo, el predilecto»*. Hoy, el evangelio de Juan nos presenta una nueva epifanía, una manifestación personal de Jesús a sus primeros seguidores. Es un texto entrañable, cargado de humanidad, que marcó la vida de estos dos discípulos.

Juan Bautista fija la mirada en Jesús que pasa, no le pierde ojo, está atentísimo, y dice, sin rodeos: *«Este es el cordero de Dios»*. Oyéndole, dos de sus discípulos se ponen a seguir a Jesús, es decir, manifiestan el deseo de vivir con Él, adoptar sus objetivos y colaborar en su misión. El verbo “*seguir*” (traducción del griego **Ménö**, que literalmente quiere decir “*permanecer*”) significa ir con otro que indica el camino, más, en este caso (el evangelista lo dirá después) con quien es el Camino.

Hacen un trecho en silencio, como marcando la expectación. Entonces Jesús toma la iniciativa preguntándoles:

-«*¿Qué buscáis?*»

Ellos responden con otra pregunta, cargada de intensidad:

-«*Maestro, ¿Dónde vives?*».

Y Él no se pierde en explicaciones; simplemente les invita:

-«*Venid y lo veréis*»

Se les manifiesta abierto, disponible, pronto a compartir la propia vida. Que lo vean ellos mismos, que experimenten la convivencia con Él. Es en ella donde encuentran la respuesta a su búsqueda. **¡Han encontrado lo que buscaban!**, y se quedan con Él.

Para el discípulo, lo primero es entrar en la zona donde está Jesús: *«Quiero que también ellos... estén conmigo donde estoy yo, para que contemplen mi gloria»*. Jesús reside en la zona donde Él ha acampado: entre los hombres; es ahí donde brilla su gloria. Así describe el evangelista al discípulo: “*el que está unido a Jesús por un vínculo de profunda amistad*”. El anuncio de la salvación cristiana solo puede ser hoy significativa, si responde a los anhelos, expectativas y a las profundas preguntas de las mujeres y los hombres de nuestro tiempo.

En este primer episodio nos describe Juan no solo el modelo del encuentro con Jesús, sino el comienzo de la nueva comunidad, que marca el fin de la antigua y se ofrece como alternativa. Hay un detalle importante: de los dos discípulos el evangelista solo identifica a uno. El otro no se menciona, ni se identifica en todo el evangelio, se nos muestra como el tipo de la comunidad: el discípulo que se queda con Jesús para no separarse más de Él; el discípulo que convive con Jesús es objeto de su amor y se siente amado por Él.

¡Fijar la mirada en Jesús! Esa ha de ser una de nuestras actitudes. Y luego saber esperar: **¡qué importante es mantener cierto silencio!**, aguardando su pregunta-invitación.

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jonás 3,1-5.10): *Predícale el mensaje que te digo.*

Salmo (24,4-5ab.6-7bc. 8-9): *«Señor, enséñame tus caminos»*

2ª lectura (1ª Corintios 7,29-31): *La representación de este mundo se termina.*

Evangelio (Marcos 1,14-20): *Dejaron la barca y se marcharon con él.*

En muchas ocasiones con miras bastante estrechas, a los creyentes se nos considera personas apegadas a una serie de tradiciones pretéritas, a costumbres y modos de comportamiento de otra época.

En un sentido despectivo y casposo, con un pasado estanco que dice muy poco a un presente frenético, en España es frecuente la identificación del cristianismo con la historia. Ahora bien, tener correo electrónico y una página web en la parroquia, tampoco nos sube al carro de una sociedad que siempre corre más deprisa.

Jesús sabía muy bien, como buen amigo de pescadores, que después de realizar la faena, al recalar la barca en la orilla, es necesario reparar y reparar las redes, tal y como hacían los hijos de Zebedeo.

Sabía también de esas otras redes que cautivan los deseos, llenan las horas y colman los sentimientos de las personas, porque Él mismo fue maestro en el arte de la pesca de hombres.

Puesto que los hombres no se pescan como los peces, en contra de su voluntad, las redes más eficaces son las que atienden a los anhelos más íntimos de las personas. Jesús repara las redes con que los hombres se ligan entre sí para humanizarlas profundamente y, al mismo tiempo, acercarlas a Dios.

Para un cristiano del siglo XXI, “*estad en red*” significa vivir en las circunstancias del presente (y en su frenesí) pero reparando los hilos, como hacía Jesús. Es preciso dotar de más humanidad y de más divinidad nuestras redes, también las que no entendemos pero en las que estamos inevitablemente inmersos.

Jesús, no se limitó a adaptarse a su tiempo y hacer arreglos o apaños en el tejido social de sus contemporáneos. Su llamada a la subversión pasaba por el anuncio del «*Reino de Dios que está llegando*». La subversión pasa por la conversión; la libertad social por la libertad personal.

El anuncio del Reinado de Dios, de la inmediatez de su llegada, es un código, pero esta vez sin encriptar ni pixelar. Es un anuncio explícito, una noticia en crudo, que no solo conecta con la curiosidad humana sino con los anhelos y esperanzas más auténticos de los seres humanos.

Es el Evangelio o Buena Noticia: que el Dios inmensamente bueno, entrañablemente justo viene ya a reinar en el mundo y reconciliarlo consigo mismo, reparando totalmente sus redes.

«*Dejar las redes*»: conversor (el que convierte) y subversor (el que subvierte); este mensaje de la fe “*creed en el Evangelio*” es en verdad una llamada a la libertad. Es la llamada que Jesús hizo a Simón, a Andrés, a Santiago, a Juan y a toda persona que Él cruza en su camino.

«*Dejar las redes*» no equivale a evadirse del mundo y sus redes sino a comprometerse con él, comprometiéndose, al mismo tiempo con Él, el Salvador del Mundo. Las redes se dejan para seguir a la auténtica fuente de libertad que impulsa con su mensaje escatológico y revolucionario, la liberación de moscas y arañas, apresadas contra su auténtica voluntad en redes: sociales, informativas, tecnológicas, globales..., todavía poco divinas y aún menos humanas.

¡Venid conmigo y os haré pescadores de hombres!

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 18,15-20): *Pondré mis palabras en su boca.*

Salmo (94,1-2.6-7.8-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 7,32-35): *Os digo todo esto para vuestro bien.*

Evangelio (Marcos 1,21-28): *No enseñaba como los escribas, sino con autoridad.*

A la hora de describir lo que es nuestra vida de cada día podemos decir que vivimos al día, pero todos los días no hacemos lo mismo; ni todas las personas hacemos las mismas cosas los mismo días. En otros tiempos, la mayor parte de la gente llevábamos los mismos horarios de trabajo, de colegio, de tiempo libre; a cualquier hora podíamos encontrarnos en la calle o en los lugares preparados para ello: parques, solares en los que los niños jugábamos a todas horas, salas de bailes, “guateques”, billares o centros recreativos.

En este tiempo resulta complicadísimo incluso encontrar un día y una hora para poder juntarnos y hacer una reunión, o quedar para una celebración o para realizar una convivencia. Cada cual llevamos nuestro ritmo y nuestras rutinas, nos vemos muy poco y ni siquiera nos hablamos por teléfono. Nos conformamos con mandarnos mail, con enviar mensajes del móvil o escribirnos WatsApp.

Tenemos que hacernos preguntas: **¿Qué está pasando? ¿A quién le interesa que esto funcione así? ¿Alguien sale beneficiado de este ritmo de vida? ¿Somos conscientes de lo que perdemos y de lo que ganamos viviendo de esta manera? ¿Y de lo que pierden o ganan los que están a nuestro alrededor?** Poder plantearse y responder a estas o parecidas preguntas personalmente y compartir las respuestas encontradas con otras personas, que también se las hacen, es un verdadero lujo.

Si además, somos capaces de emprender colectivamente caminos nuevos para solventar las necesidades fundamentales de nuestro vivir cotidiano, miel sobre hojuelas. No podemos ni debemos conformarnos con el “*mal de muchos consuelo de...*”; o el “*hay otros que están peor*”; esos dichos son como las migajas que caen de la mesa de los ricos y de las que se alimentan los perros.

Pueden ser también los espíritus del ídolo que quiere dominar nuestro tiempo y ocupar nuestros espacios y así no permitimos andar en contra de lo que proponen y de lo que se lucran los más poderosos, verdaderos ministros del dios-dinero, para alcanzar sus intereses que poco o nada tienen que ver con todo aquello que permite y ayuda a las personas a ser más y mejores personas.

Para avanzar como personas, desde siempre, lo que más nos ha ayudado a todas las mujeres y a todos los hombres a desarrollarnos como personas ha sido el “*compartir*”, nunca el “*competir*”. Actualmente nos meten por todos los lados lo contrario: “*hay que ser el primero*”, “*ir por delante de los demás*”, “*tener más cacharros que ellos*” y “*procurar estar siempre en el candelero*”.

Esta manera de actuar no consigue compañeros de camino ni nos solidariza con ellos. Más bien nos hace envidiosos, y nos ocultan a los que dejamos abandonados en la cuneta de los caminos; aunque no sean todos por estar heridos, alguno hay que se queda para ayudar a levantar a los caídos.

Más de una vez, a todos y a todas, alguien nos ha levantado del suelo cuando hemos caído y nos ha animado a continuar lo que estábamos haciendo: jugar, caminar, saltar, ir en bicicleta, etc. Nos ha dicho: **¡Venga, que tú puedes!** Y si éramos pequeños, esas personas, además de consolarnos, nos han acompañado y han hecho un trecho de camino con nosotros.

Así, cuando hacemos nuestro proyecto personal de vida, es genial **soñar** los objetivos con otras personas, poner los medios que, entre todos, vamos viendo y sentir que no caminamos solos para lograrlo. Alguien nos lleva de la mano cuando somos capaces de dar pasos, nos levanta cuando tropezamos y, si alguna vez nuestra incapacidad es grande, nos toma en sus brazos y carga con nosotros hasta que volvemos a poder sostenernos en pie.

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Job 7,1-4.6-7): *Recuerda que la vida es un soplo.*

Salmo (146,1-2.3-4.5-6): *«Alabad al Señor, que sana los corazones destrozados»*

2ª lectura (1ª Corintios 9,16-19.22-23): *¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!*

Evangelio (Marcos 1,29-39): *Todo el mundo te busca.*

Los españoles somos seres de “chascarrillo fácil”, a todos y de todo sacamos chiste. Frente a los dichos sobre suegras que tanto han abundado, parece que Pedro, seguramente obligado por las circunstancias económicas y culturales de su mundo, aceptaba la presencia y la convivencia con la suya. Nada se nos dice sobre su edad y sus aptitudes, sí sobre las circunstancias de su encuentro con Jesús, con quien no sabemos si se había encontrado otras veces, probablemente sí.

Pero Marcos, un evangelista tan buen literato como teólogo, aprovecha esa anécdota para manifestarnos el cambio radical que produce el encuentro con Jesús y para ilustrarnos sobre la comprensión de la fe.

La vida es una experiencia de dolor y sufrimiento más frecuente de lo que desearíamos. La condición humana se siente atrapada en la espiral de su propia realidad limitada, defectuosa, impotente, finita, pecadora. La condición de la suegra de Pedro en esos momentos es una buena imagen de lo que somos. La pobre mujer, querría estar dispuesta para atender la casa y a los invitados por su yerno y, sin embargo, no puede hacer lo que quiere, algo que se manifiesta en la fiebre que se lo impide.

Con la fiebre se manifiesta el mal..., el espíritu inmundo, el espíritu que atrapa y esclaviza, el que impide ser... humanos. La fiebre es símbolo de la enfermedad y, por lo tanto, refleja muy bien la experiencia de no poder hacer lo que querríamos y tener que estar postrados, incapacitados para ser y hacer lo que nos gustaría.

A través de algo tan cotidiano y, aparentemente sencillo, Marcos nos abre los ojos para descubrir nuestra propia realidad profunda de seres que nos experimentamos ansiosos de libertad y posibilidades, pero encerrados en la angosta habitación de paredes reducidas o en la postración humillante significada en la cama.

Llenos de sueños pero vacíos de realidades, pletóricos de ilusiones y fofos de contenido; por eso, impregnados de sentimientos de culpa, ocultos o manifiestos; sintiendo todo el peso de la mochila personal con la que vamos cargados en la vida y que recorta las escasas fuerzas para la ascensión de nuestra propia montaña. Jesús nos da la mano y nos levanta.

Es importante vivir ese encuentro con quien puede auparnos sobre nuestra propia condición. Así, el encuentro con Jesús, es siempre una experiencia liberadora de ese mundo interior nuestro que nos tiene comido el coco en forma de culpa sobre todo.

Jesús no es un mago que pronuncie palabras mágicas para curarnos de nuestras enfermedades físicas y nos evite los problemas de la vida. Él nos trae una buena y gran noticia: Que Dios no tiene en cuenta nuestra condición, no nos acusa de nuestras responsabilidades fallidas y nos libera de la culpa que nos tiene agobiados y atenzados. Él no nos juzgará con la ley en la mano sino con el amor de un padre o una madre.

Esa experiencia nos cura, nos levanta el ánimo, nos saca de nuestra postración fundamental, el miedo a Dios, y nos libera de todo mal interior para que podamos dedicarnos al servicio a los demás; nos saca de nuestras servidumbres más profundas, para que podamos dedicarnos al servicio alegre y generoso de quien se siente agradecido, pero no coaccionado. Nunca esclavos, siempre serviciales.

Jesús nos cambia la experiencia religiosa y la actitud humana como la salud cambia nuestro ánimo y nuestra energía para vivir.

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Levítico 13,1-2.44-46): *Tendrá su morada fuera del campamento.*

Salmo (31,1-2.5.11): *«Tu eres mi refugio»*

2ª lectura (1ª Corintios 10,31-11,1): *Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo.*

Evangelio (Marcos 1,40-45): *Si quieres, puedes limpiarme.*

En el evangelio de hoy, Jesús cura a un leproso que, en un gesto prohibido, se acercó a Él. Los leprosos deben vivir solos, fuera del campamento y cuando andan cerca de una población o de algún caminante, deben gritar: **¡impuro, impuro!** Así lo manda la Ley. Venciendo el decreto, aquel hombre se arrodilla ante Jesús y le suplica: *«Si quieres, puedes limpiarme»*. Un gesto y unas palabras que expresan un deseo. La respuesta de Jesús es admirable en su paralelismo: un gesto y unas palabras eficaces. Extiende la mano, *“tocando al leproso”*, y dice: *«Quiero: queda limpio»*.

Jesús hace que cambie la vida de aquel hombre. Se ha compadecido de él. Todo será nuevo a partir de esos gestos, palabras y sentimientos. Para que conste, *«vete a que un representante de la Ley confirme que estás curado»*. Ya no eres impuro, no eres un pecador, puedes convivir en medio de tu pueblo.

Posiblemente esta legislación y esta práctica nos parezcan hoy rechazables. Y sin duda lo son; pero no olvidemos que en nuestra sociedad siguen existiendo exclusiones tan terribles como las de ayer: Exclusión sanitaria como la epidemia del ébola en África (que únicamente nos enteramos de ella cuando nos afectó); exclusión infantil: niños que en lugar de estudiar y jugar, son ejercitados para la guerra (sucede actualmente en 19 países); exclusión religiosa como la persecución cristiana en diversas regiones del mundo (pensamos que sucede lejos de nosotros); exclusión social como la xenofobia y el racismo; la pobreza, la miseria y el hambre (esta sí que está entre nosotros). Manos Unidas, en su *“Campana contra el Hambre”* (que celebramos el domingo pasado), participa de los sentimientos de Jesús y así lo manifiesta año tras año: **“Luchamos contra la pobreza, ¿te apuntas?”**, es el lema para este año.

El paralelismo con nuestro mundo es evidente y acusador. Leprosos de hoy son los hambrientos. El primer problema de nuestro mundo es el hambre de unos y la falta de compasión de otros. *«La liberación del yugo del hambre es la primera manifestación concreta del derecho a la vida que, a pesar de haber sido proclamado solemnemente, está, con frecuencia, muy lejos de cumplirse efectivamente»* (Benedicto XVI).

Nuestros hambrientos (porque son *“nuestros”* aunque vivan lejos o fuera de nuestras ciudades) son impuros, apestados. Hemos elaborado leyes, *“papeles”*, para impedir que se acerquen a nosotros. Cuando consiguen llegar a nuestras costas los recluimos en indignos *“lazaretos”* o los devolvemos a su hambre. Nuestro mundo no es compasivo. Sus gritos pidiendo *“salvación”* no encuentran respuesta.

Todos los cristianos estamos llamados a escuchar los gritos de nuestros hermanos, esa es nuestra vocación. Dios es el primer liberador y nosotros sus enviados: *«He visto la aflicción de mi pueblo, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus angustias. Voy a bajar a liberarlo. VE, yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo»* (Éxodo 3,9).

Se nos advierte también de las consecuencias de nuestra indiferencia. El rico Epulón suplica desde el lugar de los condenados: *«Te ruego, porque tengo cinco hermanos, que envíes un mensajero a la casa de mi padre, para que les adviertan de lo que sucede a quien ha ignorado frívolamente al pobre necesitado»* (Lucas 16,28).

El amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana. Jesús se identifica con los pobres, los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados: *«Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis»* (Mateo 25,40).

Comulgemos con quien, siendo *“el Señor”*, ha querido identificarse con los que tienen hambre, y que llama bienaventurados a los que tienen hambre y sed de justicia. Y que los pobres y el mismo Dios, el último día, nos reciban con estas palabras: *«Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber...»* (Mateo 25,35).

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel 2,12-18): *Convertíos al Señor, Dios vuestro.*

Salmo (50,3-4.5-6a.12-13.14 y 17): *«Misericordia, Señor: hemos pecado»*

2ª lectura (2ª Corintios 5,20-6,2): *Ahora es día de salvación.*

Evangelio (Mateo 6,1-6.16-18): *Tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.*

Quien busca la verdad, nunca da por hecho haber llegado a ella; ni cree haberla conquistado y poseer en propiedad, como se posee una casa o un coche. **Quien busca la verdad** intenta vivir con autenticidad cada día, sin engaños, sin acomodaciones, sin mentiras. **Quien busca la verdad** sabe que es un camino, una tarea diaria en la que hay que permanecer con mucha humildad, en medio de las dificultades y dudas, propias y ajenas.

El evangelista Mateo que escribe pensando en su comunidad, deseando que progrese en el seguimiento de Jesús. Observa que la tradición judía de “*practicar la justicia*”, expresada fundamentalmente a través de la limosna, la oración y el ayuno, los fariseos la han convertido en una práctica externa a través de la cual hacen alarde y ostentación de su religiosidad.

Los que hemos acogido el Reino de los cielos, hemos de cumplir la voluntad del Padre sin alardes ni ostentaciones de ninguna clase. Lo dice bien claro: *«Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos... No seáis como los hipócritas...»*. Nos recuerda que la vida cristiana no es un conjunto de prácticas externas: normas, costumbres y tradiciones; ritos que hay que cumplir, aunque no sean necesarios. La autenticidad no nos la dan determinadas prácticas sino la sinceridad con que buscamos a Jesús y acogemos su vida y su Reino.

LIMOSNA: En Jesús hemos descubierto que la limosna es como un primer paso en el camino que nos introduce en el Reino. Al seguir a Jesús, descubrimos, como descubrió Zaqueo, que en lugar de acaparar a costa de lo que sea y de quien sea, es mejor repartir bienes entre los pobres y así ganar en libertad y en amor auténtico, que es un “*tesoro en el cielo*”.

Jesús nos descubre que el amor hacia los necesitados, nos abre los ojos para “*ver a Dios*”. *«El amor al prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios»* (Deus caritas est, 16 - Benedicto XVI).

ORACIÓN: Hoy no vivimos en la misma situación que los fariseos de la época de Mateo, que se enorgullecían de rezar en las plazas públicas, para que los viera la gente. Pero es posible que, a muchos cristianos, nos suceda que no sabemos orar, o tal vez nos dé reparo, o nos parezca una pérdida de tiempo, o que es algo extraño y de tiempos pasados.

Jesús nos descubre que Dios habita en lo más profundo de nosotros mismos y que, cuando le hablamos desde ahí, sin demasiadas palabras, con toda sinceridad, en la intimidad de nuestro propio corazón, Él nos escucha: *«Tú entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre que está en lo escondido»*.

¿Acaso podemos reducir a Dios a las imágenes que nos hemos hecho de Él. Algunas de las cuales, nada o muy poco tienen que ver con el Dios de Jesús? San Agustín decía que Dios es, *«intimior intimo meo»*. Es decir, “*Dios es más hondo que lo más hondo de mí*”. Jesús nos invita a superar esas imágenes de Dios y a buscarle en la profundidad de la propia vida y de la vida de los hombres, donde está como “*escondido*”.

AYUNO: Nunca se ha consumido tanto como en estos tiempos del consumismo y... tal vez, nunca se haya ayunado tanto en dietas para adelgazar. Engordamos porque comemos más de lo necesario, y ayunamos (nos ponemos a dieta) para bajar de peso. Un contrasentido.

El ayuno cristiano mira hacia otro lado. Mira hacia Dios y hacia los pobres. Jesús nos descubre que ayunar nos ayuda a prepararnos interiormente para escuchar y para acoger a Dios: *«No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra salida de la boca de Dios»* (Mt 4,4). El exceso de tantas cosas innecesarias, de ruidos y de preocupaciones banales nos impide escuchar su voz.

El ayuno cristiano es para escuchar y para cumplir la voluntad de Dios: *«Misericordia quiero y no sacrificios»* (Mt 12) nos dice. El ayuno que el hombre necesita de verdad es el que le abre a la austeridad y a la solidaridad: *«Lo que es la lluvia para la tierra, eso mismo es la misericordia para el ayuno»* (San Pedro Crisólogo).

En estos tiempos revueltos, que vienen de lejos y apuntan lejos, me pregunto a menudo, sobre lo que verdaderamente merece la pena. Por eso, pienso que vivir en actitud de búsqueda y no a la defensiva nos permite vivir más allá de identidades estrechas y cerradas, nos permite enriquecer y cuestionar nuestras pequeñas verdades con las pequeñas o grandes verdades de los otros, nos abre los ojos y el alma para aceptar y para acoger la vida y a Dios que está presente en ella.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 9,8-15): *Yo hago un pacto con vosotros.*

Salmo (24,4bc-5ab.6-7bc.8-9): *«Tus sendas, Señor, son misericordia y lealtad»*

2ª lectura (1ª Pedro 3,18-22): *Cristo murió por nuestros pecados.*

Evangelio (Marcos 1,12-15): *Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios.*

Este tiempo de Cuaresma que comenzamos es una invitación a la reflexión, a meternos dentro de nosotros mismos, a buscar nuestra propia intimidad que muchas veces perdemos por los ruidos, las prisas, los embotellamientos de esta sociedad en la que vivimos.

Entonces, como Jesús en el evangelio, también nosotros buscamos nuestros desiertos donde retirarnos y reencontrarnos a nosotros mismos. Vamos a nuestro desierto a reflexionar, porque el desierto es el lugar de encuentro con uno mismo y con Dios. En el silencio, en la paz podemos escuchar la voz de Dios, podemos vernos con paz a nosotros mismos.

Pero el desierto es también el lugar donde se manifiestan nuestras debilidades y, por tanto, es el lugar de influencia del maligno; por eso, cuando Jesús es llevado por el Espíritu al desierto *«es tentado por el diablo»*, nos dice el evangelio. Cuando nosotros nos retiramos a nuestros desiertos también corremos el riesgo de experimentar la tentación, pero podemos plantearnos: **¿Cuál fue la tentación de Jesús? ¿Cuál es la tentación de la Iglesia? ¿Cuál puede ser ahora nuestra propia tentación?**

La tentación de Jesús es clara: Abandonar la voluntad del Padre para asumir un mesianismo cómodo y triunfalista, el mesianismo del poder y del populismo. Esa es la gran tentación de Cristo: el intento de que caiga en la milagrería fácil y, así, abandone el proyecto de Dios para alinearse con los proyectos de los poderosos de este mundo.

Esa tentación de Jesús ha sido a la largo de la historia la gran tentación de la Iglesia: Alinearse con el poder establecido, o sea, alinearse con los poderosos de este mundo, abandonando así el proyecto de Jesús, el proyecto del Reino de Dios. Porque es mucho más fácil seguir hoy a tantos falsos profetas que nos presentan proyectos atractivos con gestos grandilocuentes pero sin ningún tipo de compromiso.

Es la misma tentación que podemos experimentar nosotros cuando vamos buscando falsos mesianismos triunfalistas que nos apartan del proyecto de Dios, porque cuando este proyecto enseña su verdadero rostro, este es el de Cristo crucificado que lo vemos en los rostros de tantos crucificados de nuestro tiempo a los que no podemos ignorar si no queremos caer en la tentación.

Por eso tenemos que ir a nuestros desiertos, a encontrarnos con Dios y con nosotros mismos para ver qué tenemos que cambiar, qué tenemos que corregir en nosotros para no caer en la tentación del triunfalismo fácil y la milagrería barata, abandonando así el proyecto del Reino de Dios. No caigamos en la nostalgia de tiempos espectaculares y de grandezas, pero lejos del anuncio del Reino de Dios.

Jesús, que ha vencido la tentación en el desierto, comienza su predicación y esta está centrada en el anuncio del Reino. El tiempo se ha cumplido, es el tiempo designado, el momento clave: *«El Reino de Dios está en medio de nosotros»*: pero este Reino no viene con grandilocuencia y triunfalismos ni con grandes manifestaciones. El Reino de Dios ha llegado y comienza a imponerse desde ahora, pero en la pequeñez de la semilla que cae en tierra y se destruye para crecer.

Por ello el Reino de Dios que irrumpe ahora y camina hacia su consumación pide una decisión, tiene una exigencia radical: Conversión y fe; pero una conversión total y sincera que tiene que ser un cambiar de forma radical la dirección de la vida, un cambio que tiene que tener repercusiones en todos los ámbitos de mi vida, y este cambio debe estar marcado por la fe, una fe que se traduce en confianza, confianza en el Evangelio de Jesucristo, su mensaje y su exigencia.

Con este anuncio Jesús abre la proclamación que hoy continúa la comunidad cristiana. Por eso es el anuncio que hoy tenemos que hacer nosotros, el Pueblo de Dios actual, teniendo en cuenta que también hoy *«se ha cumplido el tiempo»*. “Hoy” es el tiempo designado y, por ello, tenemos que introducirnos en el desierto de la Cuaresma a encontrarnos con Dios y vencer la tentación del triunfalismo para salir y cambiar radicalmente de vida, para vivir como “*criaturas nuevas*” en Cristo resucitado.

«Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, lo demás se os dará por añadidura». Que sepamos anunciar el mensaje del Reino desde la exigencia del Evangelio.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 22,1-2.9a.15-18): *«Multiplicare tu descendencia, porque me has obedecido.»*

Salmo (115,10 y 15.16-17.18-19): *«Caminaré en presencia del Señor, en el país de la vida»*

2ª lectura (Romanos 8,31b-34): *«¿Quién estará contra nosotros?»*

Evangelio (Marcos 9,1-9): *«Maestro. ¡Qué bien se está aquí!»*

Los primeros cristianos se reconocían unos a otros como «*seguidores del camino*»; un camino cuya meta es Jesús. Pocas palabras son más simbólicas que la de «*camino*». Ya el poeta nos recordaba “*¡Caminante no hay camino, se hace camino al andar!*”

El término «*camino*» es muy elocuente. El camino se inicia, se recorre y, si todo va bien, culmina en la meta; dependiendo de los motivos, de las dificultades, de los contratiempos y, cómo no, de las compañías, puede ser agradable o penoso. La vida se hace en el camino y se recorre como si de un camino se tratara. Lo mismo la vida de fe.

En la Palabra de Dios aparecen con frecuencia sus distintos protagonistas en actitud de ponerse en marcha: Los patriarcas con sus familias; Moisés guiando a su pueblo al salir de Egipto; el pueblo de Dios atravesando el desierto... La vida hay que andarla caminando.

La presencia de Dios se hace en el camino de la vida, como en el caso tremendo de Abrahán, al que le pide Dios algo inexplicable: “*que sacrifique a su hijo*”. Jesús, en los evangelios, no aparece sentado en una escuela adonde acudían a escucharle, sino predicando de pueblo en pueblo y de aldea en aldea.

Como si de una parábola de la vida se tratara, los evangelios nos llevan al quehacer cotidiano, a encuentros y desencuentros con personas, a tropiezos y a compromisos. En esta Cuaresma, con los pies en la tierra, podemos intentar recorrer el camino de los hombres con el evangelio en la mochila.

Nos dicen los evangelistas que un día Jesús hizo un alto en el camino. Allí, en «*el monte*», en el Tabor, dice la tradición cristiana, Jesús manifestó de forma anticipada su gloria. Jesús vivía en continua intimidad con el Padre, y el Padre confirmó la vida y la misión de Jesús proclamando que Él era «*el Hijo amado*». Ni Moisés ni Elías, aun siendo “*columnas*” en el judaísmo, habían recibido el título de «*hijos*».

Puede ser que Jesús necesitara esta confirmación de su Padre Dios, para seguir su camino hacia Jerusalén, es posible. Pero lo que sí podemos afirmar sin miedo a equivocarnos es que nosotros, los cristianos de a pie, necesitamos hacer la experiencia del Tabor. Los que queremos vivir como discípulos en medio de la vida necesitamos escuchar que Jesús es el Hijo amado y necesitamos hacer experiencia de la cercanía y certeza de Dios.

Como Pedro, hemos dicho en alguna ocasión a Jesús: «*¡Qué bien se está aquí!*» Sin el gozo de sentir cercano y cálido el abrazo de Dios, sin la alegría cierta de estar con Jesús, no podemos afrontar el camino de la vida que conduce a Jerusalén.

Los evangelios no son una película con un “*final feliz*” al modo de un films que busca agradar. Tampoco se ceban en la tragedia porque sí. Los evangelios narran la suerte de Jesús. Una suerte cierta que es consecuencia de una vida consumada hasta el final.

Después de anunciar el Reino de Dios por Galilea, Jesús hace la experiencia necesaria del Tabor, pero sabe (y así nos lo dice) que debe bajar del monte. Allí, de nuevo en el “*camino*”, se encontrará con ciegos y leprosos; con escribas y fariseos; con publicanos y viudas;... se encontrará con la vida. Pero no se trata de un camino sin rumbo, sino de un camino orientado hacia Jerusalén.

También nosotros, después de haber hecho la experiencia necesaria del Tabor, debemos bajar a lo cotidiano y vivir cada día en fidelidad y sinceridad. Aunque sepamos que puede llevarnos a Jerusalén.

Todos los que se toman en serio la vida de fe saben que se necesita “*hacer vida*” la fe en Dios. Que la fe en Dios no se improvisa, como se puede improvisar el comprar algo que se necesita a última hora. La fe en Dios, si es un “*recuerdo infantil*” no es fe viva; si es una “*hipótesis a explicar*” no es una fe cálida; si se vive con penuria o con apatía, Dios no se va, pero tampoco se muestra.

Jesús pasaba noches enteras en oración, Él no hablaba “*sobre Dios*” o acerca del “*misterio de Dios*”, sino que hablaba de su “*Padre Dios*”. La Transfiguración es revelación del misterio de Jesús. Un misterio que transparenta su relación íntima con el Padre.

Pero un misterio que no le saca de este mundo, sino que le devuelve al camino de la vida. Un camino cuya meta es Jerusalén. Jesús es el «*Hijo amado*». Solo a Él hay que escuchar y seguir. Pero, eso sí, ningún creyente está eximido de hacer en su vida una experiencia, serena, íntima y acompañada del Dios Vivo y Verdadero.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 20,1-17): *Yo soy el Señor, tu Dios.*

Salmo (18,8.9.10.11): *«Señor, tú tienes palabras de vida eterna»*

2ª lectura (1ª Corintios 1,22-25): *Nosotros predicamos a Cristo crucificado.*

Evangelio (Juan 2,13-25): *No convertáis la casa de mi Padre en un mercado.*

Estamos instalados en el presente, vivimos el día a día, nuestra agenda es el hoy. Preferimos maquillar el pasado para ocultar las inevitables arrugas de la vida. Tenemos cicatrices, fruto de la propia biografía, y padecemos la decepción de aquel a quien le prometieron todo y no le dieron casi nada. Rehusamos el pasado, nuestra capacidad de recordar está erosionada. La tradición ha dejado de ser una fuente de autoridad. Nuestra defensa ante el pasado (¡y ante el futuro!): se llama “HOY”.

Las sociedades modernas se caracterizan por una vida acelerada, hiperactiva, sin tiempo para la reflexión y el encuentro tranquilo. Los medios de comunicación social (prensa, tv, facebook, twitter, google, youtube...) han tomado el control de nuestras vidas, su opinión y sus criterios son los nuestros. Los vínculos sociales han adelgazado hasta casi desaparecer, nos hemos quedado solos. La vida se ha llenado de “*cosas que se compran*” para lograr, a cualquier precio, la comodidad. En definitiva, estamos sin tiempo, sin criterio, solos y saciando nuestras necesidades en el consumo.

¿Y las cuestiones fundamentales de la vida? ¿Y los otros? ¿Y Dios?... Cuando (ejercitando la memoria) miramos atrás, vemos que hay capítulos que no nos gustan, en el ayer están los cimientos de nuestra identidad. En la memoria encontramos la configuración básica e insustituible de nuestro ser personal y social, de nuestra cultura, de nuestro modo de afrontar las cuestiones fundamentales de la vida.

Jesús no lo pudo soportar. El templo de Jerusalén se había convertido en un mercado. Una práctica religiosa sometida al dinero y al comercio de animales. **¡A Dios no se le puede comprar!** Él es amor, compasión, ternura y misericordia. Nadie puede poner precio al encuentro con Dios. El Dios de Jesús «*Abba*», no está en venta ni restringido al templo. A Dios también lo encontramos en otros muchos lugares: en el Tabor, en Cafarnaúm y en Nazaret... A Dios lo vemos junto a los pecadores, al lado de los enfermos, compasivo con los pobres, acogedor con los extranjeros, en definitiva, Él siempre está apasionado con sus hijos.

Jesús, el Maestro, es “*Dios con nosotros*” y, muy especialmente “*Dios con los necesitados*”. Él es el nuevo templo, el nuevo lugar de encuentro con Dios, el nuevo culto... En Jesucristo, encontramos y damos culto a Dios. La señal de este nuevo lugar de encuentro entre el hombre y Dios es su cruz y su resurrección. A partir de ese momento ningún templo tiene exclusividad. El verdadero templo lo ha construido Dios y todos tenemos acceso.

Jesucristo, nos abre a una nueva relación con Dios y a una nueva vida. Él estaba con frecuencia en el templo, pero no sometido a sus normas, sino pendiente de las personas y de su situación concreta. En Jerusalén, Jesús también perdona a los pecadores, sana a los enfermos y comparte su mensaje con todos. Al igual que en Galilea, anuncia el Reino de Dios y llama a la conversión. Él nos presenta el nuevo y auténtico culto: una nueva vida que, fiel a la voluntad de Dios, se consagra al servicio de todos.

El mensaje y la vida de Jesús siembra esperanza en muchos lugares, pero muy pronto entra en conflicto con las instituciones políticas y religiosas, un conflicto que acabará en la cruz. En el madero descubrimos que la debilidad de un Dios crucificado se convierte en fuerza para quienes creen en Él. La cruz es signo de entrega por todos y de pasión por la humanidad. La resurrección es el origen de una nueva vida. Dios no abandonó a su Hijo y nunca nos dejará solos. Él es el garante de toda vida que se entrega por los demás. Surge una nueva forma de vida: una existencia nueva basada en el amor.

El nuevo templo y la nueva vida conforman una nueva religión. Dios ha entrado en la historia de la humanidad y nos ha liberado. Es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el que nos sacó de Egipto, el que ha hecho una alianza con nosotros, el que nos ha dado a su Hijo, aquel que nos amó hasta el extremo. Él vive hoy y está con nosotros y entre nosotros. Su Palabra nos convoca, su Vida nos fortalece, su Amor nos enamora, su Pasión nos lanza a continuar su misión.

La nueva religión de Jesús no se basa en normas ni en sacrificios; se apoya en el amor: “*Experimentar el amor que Dios nos tiene y hacerlo vida hoy*”. La Iglesia es la comunidad de los creyentes que hace presente el amor que viene de Dios, es expresión de entrega por todos y continúa con la acción de Jesucristo: anunciar con obras y palabras la salvación que viene de Dios. Contamos con su fuerza, Él cuenta con nuestra respuesta.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (2º Crónicas 36,14-16.19-23): *¡Sea su Dios con él!*

Salmo (136,1-2.3.4.5.6): *«Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti»*

2ª lectura (Efesios 2,4-10): *Dios nos ha creado en Cristo Jesús.*

Evangelio (Juan 3,14-21): *Los que creen en Él tienen vida eterna.*

Entre todas las fórmulas que se barajan en la búsqueda de soluciones a la crisis actual, nadie hace referencia a la aportación que puede tener una auténtica experiencia religiosa que promueve lazos de fraternidad y resalta la libertad frente al fatalismo y la impotencia. Estamos como Jeremías en su tiempo. Pero algún día se volverá a descubrir que Jesús es la luz del mundo y del tiempo.

Jeremías no lo tuvo fácil. Su entorno no estaba dispuesto ni predispuesto para aceptar la lectura de la historia y de la vida que él les proponía. Más bien su gente estaba encerrada en el círculo del fatalismo, de pensar que el destino es el protagonista principal en el conjunto de acontecimientos que conforman la vida de la Humanidad y del mundo; pero esto empuja a inhibirse de lo que ocurre porque lo que sea ocurrirá, hagamos lo que hagamos.

El profeta les estuvo llamando la atención durante tiempos y tiempos. No hubo manera. Siguieron empeñados en su actitud de indiferencia unos, de impotencia otros, y las cosas continuaron su dinámica que, según dice una conocida ley: *“todo lo que es susceptible de empeorar lo hará”*. La situación se hizo insostenible y la comunidad quebró social y políticamente, porque antes había hecho quiebra religiosa.

Es muy cierto que la historia es maestra de la vida y que sus lecciones amparan la lectura pesimista de un ritmo cíclico que va y viene, sube y baja, tratando a los humanos como individuos de una colonia de hormigas cuyo destino lo constituye más el conjunto de avatares naturales que el esfuerzo colectivo. Pero la historia, maestra de la vida, ampara también, la visión sorprendente de unos acontecimientos que rompen, con frecuencia, los límites y cauces del fatalismo. La vida está abierta a las sorpresas de un Dios que actúa en la historia, rompiendo la fuerza de sus mecanismos y abriendo posibilidades inesperadas pero deseadas.

Por eso, con Jeremías, podemos afirmar la esperanza y podemos hablar de futuro. Porque Dios no se hace el ciego ni el sordo; ve y oye, sobre todo, la condición de los menesterosos. Para ellos y para nosotros se hace futuro, posibilidad, horizonte. Y hemos de afirmarlo en un mundo sin agarraderos para ello. Debemos señalar que hay luz porque Dios no es indiferente, Dios es Padre, sensible y preocupado.

Nos puede ocurrir lo mismo que al personaje interlocutor de Jesús en el evangelio de hoy. Nicodemo representa a toda persona educada en un sentido religioso profundo y sincero, crítico y buscador, inquieto, que no comulga con ruedas de molino y no cae, fácilmente, en las redes del fanatismo, porque somete su religiosidad a una revisión continua y al examen de las crisis en las que constantemente está metido.

Su herencia religiosa le ha llevado a caminar por la estrecha vía de la moral, porque sus educadores religiosos fueron personas más preocupadas por la moral y el comportamiento que por la visión de Dios, propia de sus orígenes. Eso le ha hecho caer en un moralismo duro que transmitía una imagen dura de Dios.

La consecuencia era miedo e inseguridad ante un futuro más bien nebuloso. Si Dios ha de someterse a la prueba, al examen o el juicio moral de nuestro comportamiento, nadie tiene arreglo. No hay futuro. El mal, tan presente y generalizado en el mundo, nos lo advierte. **¿Se puede romper ese presentimiento y contemplar y esperar otro futuro?** La respuesta de Jesús es: **SÍ**. Pero eso requiere algo tan radical como iniciar un proceso de nacer otra vez. Es decir, se necesita tener otra imagen de Dios, otro sentido que nos permita vivir con confianza y ver el futuro abierto a la esperanza.

Solo si renacemos a una fe religiosa nueva, en la que Dios deje de ser la justificación de un orden moral y social para ser el fundamento y la garantía de nuestra posibilidad como humanos, será posible vivir en la seguridad del futuro. Algo así como somos los padres para los hijos, a quienes educamos con una sensibilidad moral pero los queremos más allá de nuestro comportamiento.

Entender a Dios como padre es vivir la experiencia de la salvación adelantada ya a nuestra vida. Pase lo que pase, si Dios es Padre y Madre, nos querrá siempre, asumirá nuestra condición y nuestro comportamiento y nos asegurará un futuro en el que está tan comprometido e interesado como nosotros. Dios no busca nuestra condena y perdición sino la salvación y arreglo de nuestra forma de ser y de vivir. Él es el Padre preocupado por todos que no quiere sentarnos en el banquillo sino tumbarnos en la camilla y cuidar nuestras dolencias.

Sentir a Dios así, como nos lo presenta Jesús, es vivir ya la experiencia de sentirnos salvados por su amor incondicional e ilimitado. Bien lo expresa el evangelista, y con cuánta insistencia hemos de repetirlo: **«Quien cree en Dios-Padre ya está salvado»**, porque experimenta que Dios le comprende y lo justifica por encima de nuestros merecimientos. Eso hace que nos preguntemos a nosotros mismos: **¿Cuál es nuestra experiencia religiosa?**

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Jeremías 31,31-34): *Escribiré mi ley en sus corazones.*

Salmo (50,3-4.12-13.14-15.18-19): *«Oh Dios, crea en mí un corazón puro»*

2ª lectura (Hebreos 5,7-9): *Aprendió sufriendo, a obedecer.*

Evangelio (Juan 12,20-33): *Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí.*

No es nada fácil hablar hoy de la cruz. En un ambiente caracterizado por la “cultura indolora” que está provocando ceguera e insensibilidad y nos incapacita para ver el sufrimiento y las cruces de los demás. La gente, en general, no quiere saber nada de sacrificio, nada de compromiso que no redunde en beneficio propio. Hablar de la cruz no tiene sentido, es absurdo.

Esta situación ya se daba en tiempos de san Pablo: *«El lenguaje de la cruz es, ciertamente, un absurdo para los que van por sendas de perdición; más para nosotros, los que estamos en el camino de salvación, es poder de Dios»*. Desde la perspectiva de Cristo crucificado, la cruz se nos revela como un misterio que ilumina y juzga al mundo y a sus sabios, invirtiendo los valores más apreciados y respetados de nuestra sociedad, como el poder, el tener y el éxito glorioso.

Ante la cruz y los millones de crucificados injustamente caben diversas actitudes: **La rebeldía violenta**, que no supera la cruz sino que sucumbe a ella. **La resignación**, busca y espera que de nuevo triunfe la cruz. **El fatalismo**, este congela la situación perpetuando para siempre a los crucificados. **La asunción de la cruz**, esta la engrandece y es expresión de amor y de reconciliación, incluso con los que producen dicha injusticia.

Esta actitud nace del convencimiento y confianza en que solo el amor y el perdón restablecen la armonía rota y conduce la historia hacia una última reconciliación, que incluye a los enemigos. Jesús la vivió, no la rechazó, sino que cargó con el pecado de los hombres. Murió, perdonando y dando la vida por todos, incluidos los que le condenaron. Lo que redime, no es precisamente la cruz en sí misma, sino la actitud de amor, de entrega y de perdón.

Vivir y amar la cruz es amar siempre. Esto no justifica ni legitima la cruz, pues no se cierra en el círculo del crimen, sino que abre un camino que va más allá de la justicia. Dice el cantar andaluz: *“¿Quién me presta una escalera, para subir al madero, para quitarle los clavos a Jesús el Nazareno?”* La muerte de Jesús en la cruz no es un suceso aislado. Juan concibe la muerte de Jesús en la cruz como meta de todo su camino de amor y de entrega sobre la tierra, y ve su vida terrena a la luz de la cruz y de la Pascua.

El proceso de la pasión y crucifixión de Jesús fue el resultado de unos enfrentamientos, provocados por su modo de actuar, por su predicación y sus gestos a favor de las personas necesitadas. Jesús, al tomar partido por los excluidos y marginados del sistema, chocó con sus dirigentes. La cruz es consecuencia de encarnar el amor misericordioso en un mundo dominado por los dioses de la muerte; del poder y del dinero. La muerte de Jesús en la cruz es expresión del odio, de la violencia, de la codicia y la ambición, del crimen humano.

Jesús muere, porque los seres humanos matamos. La cruz recoge toda la inhumanidad de las personas. La presencia del pecado, como la fuerza histórica y destructora, se manifiesta en las mil cruces que unos cargamos sobre los otros. Hay millones de crucificados por la historia y por el mundo. Esta cruz es injusta y aborrecida por Dios. Vivir la cruz significa vivir la fidelidad del amor del Padre, en cuyo nombre se denuncian las cruces y la fidelidad al hombre, de modo especial, a los más necesitados y excluidos.

No es Dios quien alza la cruz, sino los amos de este mundo para tener controlado y sometido al pueblo, pues sabe que infundir el temor es la gran arma del “orden injusto”. Por eso, muchos callan (callamos) y prefieren vivir como si nada hubiesen visto. Sin embargo, hay personas que no retroceden; optan por la vida, por la justicia, por la libertad y dignidad de las personas, por salir en defensa de las víctimas de la violencia. No cabe duda, el elegir este camino requiere una gran libertad interior.

Jesús fue libre para ir a la cruz; no la buscó, pero, cuando se encontró con ella, como consecuencia de su estilo de vida, la asumió como expresión de amor y de entrega por la humanidad. Muchos han optado por seguir las huellas de Jesús y tampoco han huido de ella. La cruz no es un fracaso, sino el modo y la consecuencia de expresar el amor hasta entregar la propia vida.

De este modo, la cruz, se convierte en el supremo lugar donde Dios manifiesta su «gloria». Este compartir la vida con las personas, a quienes se les está negando la dignidad de personas, lleva consigo el gran riesgo de ser rechazado, abandonado, de quedarse solo, pero esta cruz se transformará en el árbol de la vida. El madero seco del sufrimiento comienza a reverdecer.

Elegir la vida y el amor significa abrazar la cruz, ya que significa oponerse y resistir a la injusticia, al sistema opresor y creador de desigualdades inhumanas; por eso, acepta y asume la cruz, porque ama la vida y la dicha para todos. Estas cruces, unidas a la de Cristo, son el árbol de la vida; su comprensión nos conduce a entender en profundidad la resurrección. La cruz, el gran triunfo del amor universal, de la libertad y de la vida.

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Marcos 11,1-40): *Bendito el que viene en nombre del Señor.*

1ª lectura (Isaías 50,4-7): *Mi Señor me ayudaba.*

Salmo (21,8-9.17-18a.19-20.23-24): *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses 2,6-11): *pasando por uno de tantos.*

Pasión (Marcos 14, 1-15, 47): *¿Eres tú el rey de los judíos?*

Esto es lo que buscan hoy los responsables públicos, los famosos... Verse convertidos en ídolos por el clamor de las multitudes, de unas multitudes ciegas que buscan únicamente “*pan y circo*”, sin darse cuenta de que muchas veces esos falsos ídolos a los que claman son los primeros que se aprovechan de su ingenuidad para medrar en una sociedad demasiado acostumbrada a construir ídolos, aunque estos tengan los pies de barro.

Ídolos que atraen este clamor de multitudes, muchas veces, con engaños o con promesas irrealizables ocultando la verdad, para conseguir cotas de poder, fama o dinero a costa de lo que sea o, lo que es peor, a costa de quien sea. Por eso suele suceder que las multitudes, con el tiempo, se sienten engañadas y de su clamor salen insultos y reproches en lo que antes fueron aclamaciones y alabanzas.

Hoy contemplamos a un hombre que entró a la ciudad en medio del clamor de las multitudes, aunque su intención no era agrandar a las multitudes, sino cumplir su misión; y aquel a quien vitorean las multitudes, aclamado como un rey, entra humilde. Su carroza real es un pollino y Él, realmente, era Rey si bien comenzó a reinar en el pesebre de una cueva de pastores de las afueras de un pueblo pequeño en la montaña de Judea.

Y entra en la Ciudad Santa, ovacionado por unas multitudes que cuando descubren que su misión no es establecer el reino de Israel que domine toda la tierra, sino instaurar un Reino que abarque a toda la humanidad y que busque la justicia, la paz y la libertad para todos los hombres; que es un Reino de amor y no de poder y dominio, las aclamaciones se cambiarán en gritos de condena que pedirán su muerte.

Aquel hombre no se dejó llevar por los halagos y las aclamaciones; entra como Rey en la Ciudad Santa para reinar desde el servicio y desde la entrega, desde la sencillez y la humildad, algo que aquellos hombres no entendieron, estaban manipulados por las autoridades religiosas de su tiempo, que no podían admitir a alguien que venía a sacarlos de sus privilegios, a romper el velo del templo, o sea a romper la distancia que existía entre Dios y el hombre.

Siempre decimos que el Domingo de Ramos es el pórtico de la Semana Santa, pero pienso que podemos decir más bien que es el resumen de la Semana Santa, pues en esta celebración contemplamos cómo la gloria de Dios, el triunfo de Cristo, se manifiestan en la humildad, en la pequeñez, en contra, muchas veces, de nuestros planteamientos humanos.

Jesús entra en Jerusalén, la multitud le sigue y aquellas multitudes se han ilusionado con aquel galileo que les habla de un Reino de amor, de paz, de justicia, de libertad, algo que suena a música celestial en los oídos de un pueblo oprimido por la tiranía de Roma y por la hipocresía de sus propios dirigentes.

Esto hace que aquellas gentes le aclamen y quieran transformar su entrada en la entrada triunfal de los generales romanos en las ciudades sometidas. Ellos entienden que aquel galileo entra en la ciudad santa a establecer definitivamente ese Reino y le aclaman como Rey: **¡Hosanna al Hijo de David!**, le reciben con palmas y ramos de olivo con los que alfombran las calles a su paso.

Y es cierto; Jesús entra en Jerusalén para establecer en el mundo el Reino de Dios, pero este Reino no es el reino que esperaban aquellas multitudes que le aclamaban como rey a su entrada en la ciudad; ellos esperaban al Rey que devolviera a Israel la grandeza del reino de David. No es eso; el Rey que entra no lo hace sobre el caballo del guerrero sino a lomos de una borriquilla, cumpliendo la profecía: **«He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno, en un pollino, cría de asna. Él suprimirá los cuernos de Efraím y los caballos de Jerusalén; será suprimido el arco de combate, y él proclamará la paz a las naciones. Su dominio irá de mar a mar y desde el Río hasta los confines de la tierra»** (Zacarías 9,9-10).

Por ello, la entrada de Jesús en Jerusalén es para establecer un Reino de amor, de justicia, de paz y libertad que abarque hasta los confines de la tierra. Pero esto no era lo que esperaban aquellas gentes, y la desilusión de unas masas manipuladas hará que los ramos de olivo se transformen en los olivos de la agonía, y que las aclamaciones surgidas, en parte, por el odio a los romanos se conviertan en gritos pidiendo al procurador de Roma la muerte de aquel que aclamaban como Rey.

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo 12,1-8.11-14.): **Decretaréis que sea fiesta para siempre.**

Salmo (115,12-13.15-16bc.17-18): **«El cáliz que bendecimos es la comunión de la sangre de Cristo»**

2ª lectura (1ª Corintios 11,23-26): **Haced esto en memoria mía.**

Evangelio (Juan 13,1-15): **Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo.**

Pedro y los apóstoles habían cenado varias veces con Jesús en Jerusalén. Una vez más subieron a una de las casas que estaban en el perímetro de la ciudad, dentro del “recinto apto” para celebrar convenientemente las fiestas pascuales. Prepararon la cena y recordaron el canto del Hallel, como manda el rito. Todo como siempre. Nada había cambiado. Sin embargo en esta ocasión, antes de la cena, Jesús sorprendió a todos con un gesto inaudito: se ciñó una toalla y se puso a lavar los pies a sus apóstoles, como si de un esclavo se tratara.

Pedro se envalentonó y, una vez más, quiso corregir a Jesús. Luego en el transcurso de la cena, Jesús pronunció unas palabras sorprendentes, tremendas. Primero identificó toda su vida con el pan que se había partido: **«esto es mi cuerpo que se entrega»**, y con la copa de vino que se había bendecido: **«esta es mi sangre que se derrama»**. Luego hizo una reflexión en voz alta: **«nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos»**; y una petición: **«amaos los unos a los otros como yo os he amado»**. Jesús había identificado el amor con ponerse a lavar los pies y con la entrega por los demás. Eso nadie lo había dicho ni lo había hecho hasta la fecha. ¡Eso sí que era novedad!

En aquella habitación, el “cenáculo”, acababa de nacer nuestra identidad, nuestro “santo y seña”, nuestra condición nueva y novedosa, nuestra razón de ser y de existir. La Iglesia, los creyentes, los discípulos de cerca y los de lejos, los sensibles a lo evangélico (aunque no se identifiquen del todo con lo cristiano) entendían y entienden que por aquí van los tiros. **¿Credos religiosos?**, hay muchos. **¿Propuestas de sentido?**, tampoco escasean. **¿Explicaciones del mundo?**, nunca faltan; pero...

Esto era distinto. Jesús no solo dijo que Él proponía una “*experiencia religiosa*”, si bien hablaba con familiaridad de Dios y le llamaba **«abbá»**; Jesús no solo decía que “*la fuerza espiritual del ser humano es enorme*”, sino que hablaba del Espíritu Santo que se derramará y transformará todo; Jesús había superado con creces la “*regla de oro*” del **«no hagas a los demás lo que a ti no te gusta que te hagan»**.

Jueves Santo sigue siendo el día donde **«la antigua Pascua cambió»**; la Pascua del cordero sacrificado en el Templo de Jerusalén conmemorando la liberación de Egipto, se trocó en **«Jesús-cordero-entregado por amor»**. La conmemoración cristiana es la del amor, y es consecuencia de un “*cambio*” en el corazón de la Pascua. Las personas nos resistimos a cambiar.

Parece que es muy difícil, por no decir imposible, que una persona cambie. En la plenitud de su vida, cuando ya sabía que todo estaba consumado, Jesús dio un paso adelante sabiendo que su vida culminaría en la entrega amorosa. La noche anterior quiso celebrar la Pascua e introdujo un “*cambio*” para siempre: **«Esto os pido, que os lavéis los pies y os améis los unos a los otros»**.

El ser humano tiene “*dos ojos*”, “*dos oídos*”, “*dos piernas*”, “*dos manos*”. De la misma forma hay palabras que van en pareja, que no se pueden pronunciar sin tener presente la otra. Son... las dos caras de una moneda: plantar y arrancar; construcción y destrucción; salvación y condenación; amor y odio. Son sentimientos que van de la mano; experiencias que van una detrás de la otra.

En el camino de la vida, unas veces nos puede más lo negativo, el cansancio, la tristeza; otras veces nos puede más la ilusión, la luz, la generosidad. Sin embargo, no podemos ceder a la apatía, al cansancio o a la superficialidad. Necesitamos un verdadero “*motor*” en nuestra vida que nos empuje aunque a veces estemos cansados, un “*motor*” que nos dé plena garantía de que no va a fallar cuando más lo necesitamos.

Ha habido muchas palabras que han pretendido ocupar este puesto clave, este “*motor*” de la vida. Para unos es el “*trabajo*” con todos sus adjetivos: abnegado, generoso, constante. Para otros es la “*responsabilidad*”, con parecidos adjetivos: madura, eficiente, creativa. Para otros, por fin, es el “*interés*”; todos nos movemos por intereses más o menos confesables, solemos decir.

Ahora bien, **¿un creyente puede conformarse con estas respuestas?** El “*interés*” como único motor nos lleva a ser injustos y selectivos; la “*responsabilidad*” sin corazón nos lleva a ser duros, intransigentes e inflexibles; el “*trabajo*” tiene los puntos débiles del paro, de verlo como un castigo, incluso del fracaso si se hace mal.

La Palabra de Dios nos da una clave distinta: el verdadero motor que puede cambiar la vida de las personas y que puede mover hacia delante el mundo es el amor. No el amor “*adolescente*”, ni el “*platónico*”; tampoco el “*edulcorado*” y “*meloso*”. Es el **amor que lleva a dar la propia vida por los que no te quieren**, como el de Jesús.

La clave para interpretar toda la vida de Jesús es el amor, que le lleva al suplicio de la cruz. No es un “*fatalismo*”, ni una “*maldición*”, sino la consecuencia de su mensaje y de su actuación; todo ello vivido desde el proyecto de Dios, que es de salvación.

Entrar en el misterio de la Semana Santa, entrar en el corazón de la Pascua, es entrar en el misterio del amor. Todo se ilumina de una forma nueva: el lavatorio de los pies, la Eucaristía, el mandato a los discípulos. El amor no es un “*sentimiento propio de personas débiles*”, sino el único motor capaz de que todo en nosotros y a nuestro alrededor cambie. El Jueves Santo, es el día del **«amor fraterno»**; no porque sea un “*slogan*” afortunado, sino porque es la clave para entrar en la Pascua de Jesús.

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías 52,13-53,12): *Mirad, mi siervo tendrá éxito.*

Salmo (30,2 y 6.12-13.15-16.17 y 25): *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»*

2ª lectura (Hebreos 4,14-16; 5,7-9): *Mantengamos firmes la fe que profesamos.*

Pasión (Juan 18,1-19,42): *¿No sabes que tengo autoridad para soltarte o para crucificarte?*

La realidad se ve distinta dependiendo del lugar en que nos situemos y la profundidad con que miremos. Los dibujantes saben bien de ello. La misma realidad no la percibimos igual desde arriba que desde abajo, desde lejos que desde cerca, desde un ángulo que desde otro. Tampoco vemos la vida del mismo modo si estamos cerca del que sufre, que si optamos por la lejanía o la indiferencia; si miramos desde lo mejor de nosotros mismos, que desde los prejuicios, fantasmas interiores o intereses egoístas. Desde perspectivas distintas vemos realidades diferentes.

La perspectiva conlleva una opción. La de situarnos para mirar, sentir y vivir desde un lugar determinado y no desde otro. Dice el sabio que *«si no vives como piensas terminarás pensando como vives»*. Hay personas que cambian, o cambiamos, de perspectiva a la vista del sufrimiento. Algunos, buscan razones que justifiquen lo que ven o, porque no les interesa o no quieren enfrentarse a esa realidad, miran para otro lado, como si no fuera con ellos. En cambio, hay otros que miran de frente, que miran desde cerca, que hacen suya esa realidad y, desde ahí, sienten y viven.

Cuando leemos el evangelio y vemos las actitudes de Jesús, nos damos cuenta que la perspectiva con la que Dios mira y actúa se sitúa en y desde los lugares más bajos de la geografía humana. Descubrimos que Dios no mira desde un cielo situado en lo alto y en la lejanía, sino desde lo humano, desde lo más bajo de lo humano. Allí donde nadie desea bajar para pintar un hermoso cuadro y, mucho menos, para quedarse a vivir y solidarizarse. Paradojas de la vida y de Dios.

En Jesús hemos descubierto que Dios nos cambia la perspectiva de la mirada y, con ella, los latidos del corazón y la orientación de la vida. En Jesús descubrimos que no se construye la vida desde el poder sino desde la debilidad; no se acoge la vida desde la grandeza sino desde la pequeñez; no se comprende la vida desde la lejanía sino en la cercanía; no se sana la vida herida desde la norma fría sino desde el amor incondicional que todo lo cura; no se salva desde la condena sino desde el perdón; no se construye fraternidad desde la indiferencia sino desde la compasión. Es el mundo al revés, es la llegada del Reino.

Para que no cupiera duda alguna sobre su amor, cuando llegó la hora, Jesús entregó su vida. Era todo lo que tenía, todo lo que le quedaba. Desde el principio, toda su vida fue una entrega. Se despojó de su grandeza para ser uno de tantos, fue vecino y fue pueblo en Nazaret, se hizo peregrino y compañero de toda la humanidad por los caminos de Galilea, puso en juego lo mejor de sí para sanar a enfermos y desgraciados, acogió a pecadores e indeseables y anunció así, a todos, la Buena Noticia de Dios. Ahora solo le quedaba dar un último paso, realizar un último y definitivo gesto que no dejara duda alguna sobre su amor: entregar la vida. *«Nadie me quita la vida, sino que la doy por mi propia voluntad»*, dirá en el evangelio (Jn 10,18).

No se reservó nada para sí y de este modo cumplió la voluntad de Dios: *«no perder nada de lo que el Padre le confió»* (Jn 6,39) y así, mostrarnos su verdadero rostro, revelarnos su amor incondicional, ayudarnos a creer en su misericordia. La trayectoria de Jesús siempre estuvo amenazada por la dificultad y el rechazo. Nos lo avisó san Juan en el prólogo de su evangelio: *«vino a su propia casa, pero los suyos no lo recibieron»* (Jn 1,11). Hoy el pueblo, ¡tan manipulable!, pedirá su muerte: *«fuera, fuera, crucifícalo»* (Jn 19,15). Desde su nacimiento, a las afueras de la ciudad, hasta su muerte, también a las afueras de Jerusalén, Jesús se mantuvo fiel a Dios, un padre misericordioso que no ceja en su amor hacia el hombre, a pesar de todos los rechazos.

Jesús afrontó los últimos momentos de su vida con la misma determinación con la que había vivido. *«Pasó por nuestra tierra haciendo el bien»* (Hch 10,38), sanando las heridas, poniendo de pie a los caídos, reintegrando a los excluidos. Y hoy, en la hora más crítica y decisiva, Jesús perdona al compañero que le traiciona, comprende el desvalimiento del amigo que le niega, regala el amor y el amparo de su madre al discípulo que tanto quería, etc.

Hoy, nosotros, al contemplarle una vez más, caemos de nuevo en la cuenta que en Él Dios nos ha amado hasta el extremo. Todo el amor de Dios nos lo ha regalado dándose a sí mismo desde el principio. Un momento antes de morir Jesús dirá: *«Está cumplido»*. Y sabemos que sus palabras dicen la verdad.

SÁBADO SANTO

No hay celebraciones litúrgicas hasta la noche en la Solemne Vigilia Pascual.

Nuestro mundo sigue atravesado por senderos de cruz. No hay que buscar demasiado para encontrarlos. Son los caminos del hambre que atraviesan regiones inmensas del planeta. Senderos de violencia entre países y entre personas. Vías muy transitadas de dolor y enfermedad. Calzadas de soledad de ancianos y niños. Cruces de desempleo, repletas de jóvenes. Rastros de marginación y exclusión. Son verdaderos y frecuentes “*vía crucis*”. Caminos injustos pero consentidos por las leyes, los intereses o, simplemente, por la despreocupación de todos. **¿Es posible la vida en medio de un mundo atravesado por situaciones de cruz y de muerte?**

Los avances técnicos y científicos son disfrutados por una “*inmensa*” minoría. Las medicinas más elementales son objeto de lujo en grandes regiones del planeta. Los derechos más básicos son una ilusión en muchos países. La paz es una utopía en demasiados lugares en los que es más fácil el acceso a las armas que a los libros. Un mundo así es un mundo crucificado.

La Pascua es la vida que viene de Dios. Una vida herida y crucificada. El Hijo de Dios, Jesús de Nazaret, ha sido condenado a muerte, ha cargado con el peso de la cruz y ha sido crucificado... por ser mensajero de la vida, por hacer presente a Dios. El asesinato de Jesús, en la cruz, es anticipo de la vida que viene de Dios. Nada de lo humano es ajeno a Dios. La vida de sus hijos es lo más importante para Él. Dios resucita a Jesús y anticipa la resurrección de todos.

El mensaje nos lleva junto a los hombres y mujeres crucificados, para ser testigos de vida, artesanos de justicia y trabajadores de un mundo nuevo. No podemos desentendernos de quienes sufren bajo el peso de la cruz. Dios no se ha desentendido de su Hijo crucificado ni de sus hijos malheridos. Sabemos que la palabra definitiva de Dios es la vida. Mientras tanto, nosotros trabajaremos junto a los que sufren... Dios nos dará su fuerza.

Las mujeres necesitaban estar próximas a los restos de Jesús. Es el momento del silencio y del llanto, del dolor y de la ausencia... La vida de Jesús, a quien tanto amaban, había acabado como la de un malhechor. Colgado como un criminal. Muerto para escarmiento de todos.

Cuando se acercan al sepulcro, la tierra tiembla, como tembló en el momento de la muerte de Jesús. Un mensajero resplandeciente, la piedra corrida y el sepulcro vacío van a ser indicadores de vida. La luz vuelve a brillar en medio de la oscuridad. El encuentro con Jesús resucitado certifica la nueva situación. No está muerto, **¡está vivo!**, y quiere que todos se encuentren con Él, en Galilea.

La resurrección es el certificado de vida de Jesús: Mesías, Hijo de Dios, Salvador... Su vida ha tenido sentido. El perdón ofrecido, las comidas celebradas, las curaciones realizadas, su mensaje... eran anticipo del triunfo sobre la muerte, Dios ha vencido sobre el pecado y ha triunfado ante la injusticia del mundo. Las bienaventuranzas se cumplen a la perfección en la Pascua: Dios pone a cada cual en su sitio, y el sitio que quiere para todos es la vida.

Además, la resurrección no es un privilegio exclusivo de Jesús, sino el anticipo de lo que sucederá con todos. Una vida nueva, plena y resucitada. Una vida para siempre, libre del mal, de la injusticia y de la violencia. Una vida para siempre. La resurrección de Jesús nos ayuda a mirar el presente. Ya no podemos permanecer indiferentes ante quien está oprimido. La Pascua nos hace volver la mirada hacia los que padecen la injusticia.

Celebrar la resurrección de Jesús es vivir el compromiso por la vida de hombres y mujeres, es trabajar por el desarrollo de los pueblos, es hacer posible la paz y buscar el bien común. Defender la vida, promover la justicia, buscar la reconciliación. Acoger a los inmigrantes, liberar a los pobres, visitar a los enfermos. Generar empleo, vivir con austeridad, implicarnos con el prójimo. Estos y muchos otros son los signos de la Pascua hoy. Celebramos que Jesús está vivo. Nosotros lo hemos visto y estamos contentos.

¡¡FELIZ PASCUA DE RESURRECCIÓN!!

DOMINGO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 10,34a.37-43): **Dios lo resucitó al tercer día.**

Salmo (117,1-2.16ab-17.22-23): **«Este es el día en que actuó el Señor»**

2ª lectura (Colosenses 3,1-4): **Vuestra vida está con Cristo.**

Evangelio (Juan 20,1-9): **Vio la losa quitada del sepulcro.**

¡Sí!, es posible otra vida, y otro mundo, y otra sociedad, y otro capitalismo que no sea financiero, sino social; que mire menos el beneficio y más a la persona.

También es razonable que nos dé un cierto miedo la muerte, lo desconocido, pero es irracional empeñarnos en construir la vida, la convivencia, para no dejar vivir a los demás. Hay un empeño, mal disimulado, en no dejar vivir, en quitar la vida, en matar, en hacer la guerra, en destruir.

Y hay también demasiados intereses en complicar la vida, en explotar a los trabajadores, en aprovecharse de los débiles, en justificar unas desigualdades injustificables, en multiplicar los guetos familiares, étnicos, culturales, ideológicos, nacionales. Demasiadas fronteras, demasiados muros, demasiado egoísmo, demasiada falta de sentido común.

El mundo y la historia nos unen a todos y no podemos independizarnos de los demás. Los otros, todos los otros, también son nosotros, la humanidad. Y todos tenemos derechos a la vida y a la libertad y a vivir felices y en paz. Afortunadamente el panorama no es más desolador gracias a la buena voluntad de mucha gente y al esfuerzo organizado de muchísimos que trabajan denodadamente por ir parcheando los fallos de una política social deficitaria. Incluso el propio sistema parece favorecer esta iniciativa privada de buena voluntad para solapar sus insaciables ambiciones.

Por eso no basta con que se desborde la generosidad puntualmente en casos trágicos, o en ciertas fechas como la Navidad. Hace falta, además de sensibilidad y buena voluntad, responsabilidad, compromiso y coraje para enmendar la plana al sistema, corregir las desigualdades, poner coto a la injusticia y dignificar la política social y la praxis de los derechos humanos. Esa será nuestra alegría pascual.

Hoy es el domingo de Pascua, la Pascua florida, la Pascua de resurrección. El Evangelio es una llamada a la alegría. Porque como dice el papa Francisco en su exhortación apostólica: **«No se debe decir: “¿Quién de nosotros subirá al cielo y nos lo traerá?” o “¿Quién de nosotros cruzará el mar y nos lo traerá?” (Dt 30,11-14). Pablo interpreta esta cercanía de la palabra de Dios como referida a la presencia de Cristo en el cristiano: “No digas en tu corazón: “¿Quién subirá al cielo?”, es decir, para hacer bajar a Cristo. O “¿quién bajará al abismo?”, es decir, para hacer subir a Cristo de entre los muertos” (Rm 10,6-7). Cristo ha bajado a la tierra y ha resucitado de entre los muertos; con su encarnación y resurrección»** (La luz de la fe, 20). La alegría es cosa de Dios.

Hace unos meses, en la Navidad, los ángeles llamaban a la alegría a los pastores, al anunciarles el nacimiento del Salvador. Hoy vuelven a ser los ángeles los que llaman la atención de la Magdalena y con ella la de todos nosotros, invitándonos a la alegría con una gran noticia: **«No busquéis entre los muertos al que vive, no está aquí, ha resucitado».**

Desde ahora la voluntad de Dios, la misión de los ángeles, la invitación a la alegría, está encomendada a su Iglesia. Tal fue el encargo del resucitado. Con que emoción Pedro se hizo cargo del anuncio de la gran noticia que es el Evangelio. Hoy somos nosotros los que tenemos que hacernos cargo del anuncio de esa misma alegría al mundo.

Juan reconoce, después de convencerse de que la resurrección no era una quimera, que hasta entonces no había, no habían, entendido la Escritura. Que Jesús tenía que resucitar. Y posiblemente a nosotros nos pase algo parecido, que no acabamos de comprender la Escritura, que no acabamos de tomarnos en serio la fe en la resurrección.

Porque creer no es dar por supuesto todo lo que dice la Escritura y la Iglesia nos propone. Pablo saca las consecuencias de lo que significa creer, al llamarnos a resucitar con Cristo, ya ahora, sin esperar al final de la vida y subir al cielo. Nos llama a abandonar las obras que matan y mortifican la vida y la convivencia, y cambiar radicalmente, para hacer posible la vida de todos en paz y libertad. Esa es la verdadera felicidad, la de todos sin excepción, esa es la verdadera alegría, la alegría pascual, la que Dios nos brinda en bandeja en este domingo de Pascua.

En la Eucaristía celebramos la muerte y resurrección del Señor todos los domingos. Pero hoy de una manera especial; en este día de Pascua, hacemos memoria de la resurrección. Y celebramos no solo esa gran esperanza, que da sentido a nuestra vida, sino también esa gran tarea que da sentido a la Iglesia.

La resurrección de Jesús, garantía de la nuestra, no solo nos libera del pasado, sino que nos abre al gozo y al compromiso de un futuro que podemos alcanzar, por el amor y la solidaridad. En esto sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, en que amamos a los hermanos. Solo el amor vence la muerte, así nos lo manifiesta hoy el Resucitado y nos invita a seguirle.

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 4,32-35): *Daban testimonio con mucho valor.*

Salmo (117,2-4.16ab-18,22-24): *«Dad gracias al Señor porque es bueno»*

2ª lectura (1ª Juan 5,1-6): *Todo el que cree ama a Dios.*

Evangelio (Juan 20,19-31): *No seas incrédulo sino creyente.*

En la jerga jurídica expresiones como el “*beneficio de la duda*” o la “*presunción de inocencia*” tratan de controlar la excesiva facilidad con que atribuimos los fallos a los demás. Reflejan claramente la sentencia evangélica de que «*es más fácil ver la paja en el ojo ajeno, que la viga en el propio*» (Lucas 6,41-42). No aceptamos con facilidad las críticas de nuestros defectos, pero nos encanta exagerar y propalar los defectos de los demás. Es una de las distracciones que no fallan nunca en las pantallas de la tele.

Pero el beneficio de la duda no se limita al campo jurídico y a los prejuicios contra los demás, sino que también tiene su aplicación en el campo de la fe. Las dudas de fe, en efecto, no solo no perjudican normalmente a la fe, cuando es auténtica, sino que contribuyen a su purificación y vigor, preservándola de falsas imitaciones, como son la vana credulidad y la superstición.

Cuando la fe, lo que confesamos creer, no nos importa mucho, es decir, cuando no afecta seriamente a nuestra vida, a nuestro comportamiento, ni a nuestra manera de proceder, sino que es solo un “*aparte*” en algún momento de la rutina de la vida, no suele darnos muchos quebraderos de cabeza. Damos por bueno todo lo que se nos dice, y, como no nos afecta, tampoco nos inquieta. Pero cuando la fe afecta a nuestra vida y cuestiona nuestros comportamientos y actitudes, entonces sí que nos preocupa, y nos crea tensiones y problemas que se traducen en dudas, en cuestionamientos, en preguntas, en búsqueda. Siempre en beneficio de la fe.

Solo encarando los problemas y resolviendo las dudas podremos superar nuestra inseguridad y afrontar con decisión los riesgos de la fe, que siempre es un acto de confianza en el otro. La seguridad de la fe no está en el creyente, sino en aquel en quien creemos y en lo que creemos. No siempre podemos estar seguros de todo; necesitamos tener confianza y fiarnos de los demás; lo que obsta para que tomemos en consideración y analicemos razonablemente lo que se nos dice. En nuestro caso, la fe es un acto de confianza en Dios, un acto de amor a Dios. Por eso decimos que es un don, una gracia de Dios que nos ama hasta el extremo de hacernos confidentes de sus designios.

El relato evangélico que hoy se proclama, comienza diciendo que aquel domingo por la mañana los discípulos de Jesús estaban en casa, “*cerrados a cal y canto*”, por miedo a los judíos. Dado el éxito de los enemigos de Jesús, los escribas y sacerdotes, que habían conseguido eliminarlo, era razonable que estuvieran preocupados por si venían también a por ellos. Y no era para menos, después de haber visto cómo habían acabado con Jesús, su Maestro. Sobre todo, teniendo en cuenta que los discípulos no estaban convencidos de la resurrección, y que les costó mucho aceptarla.

En contraste con estas palabras de Juan en el evangelio, Lucas, en la primera lectura, nos presenta un panorama bien distinto, dejando constancia de que los discípulos daban testimonio de la resurrección de Jesús públicamente, con mucho valor. Ya no estaban encerrados, sino que abiertas las puertas, se lanzan a la calle y en el mismo escenario de la muerte, delante de los enemigos, en Jerusalén, dan testimonio de la resurrección, proclamando que Jesús, aquel a quien mataron, ha resucitado y está vivo. Entre ambos episodios algo ha pasado que ha cambiado radicalmente a los apóstoles y ha cambiado también la historia de la humanidad.

La diferencia está en la fe. Antes no se lo creían, a pesar de que Jesús se lo había advertido en muchas ocasiones, y ahora, después de muchas peripecias y tiempo, por fin se han convencido y creen en la resurrección, porque creen y se fían de Jesús, al que reconocen y confiesan como Hijo de Dios. Hermosamente nos lo cuenta san Juan en el evangelio. El caso de Tomás, el discípulo incrédulo, ha sido el ejemplo y el testimonio irrefutable de la resurrección del Señor. La confesión de Tomás, «*Señor mío y Dios mío*», es el reconocimiento palpable de la fe de Tomás y de todos los apóstoles. Cincuenta días han sido necesarios, cincuenta encuentros, cincuenta experiencias y superación de dudas y temores, para llegar a la fe, a la confianza en el Señor, al amor a Dios.

El cambio de actitud de los apóstoles, los colmó de felicidad. Juan deja constancia de que, al presentarse Jesús, desearles la paz y mostrarles las heridas de pies y manos, lo reconocieron y se llenaron de alegría. Y esa alegría, que inundó el corazón de los apóstoles, al pasar de la duda y de la incertidumbre, a la fe y a la confianza ilimitada en Jesús, es la dicha que Jesús amplía y promete a todos cuantos, después de aquel día, y a través de los siglos en la Iglesia, sin haber visto, sean capaces de creer, de creer lo increíble, de creer que Jesús ha resucitado, de creer en la resurrección de la carne y en la vida eterna. Esa es nuestra fe, nuestra dicha: La que Jesús nos garantiza. Dichoso tú, si crees, porque lo que ha dicho el Señor se cumplirá.

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 3,13-15.17-19): *Arrepentíos y convertíos.*

Salmo (4,2.7.9): «*Haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor*»

2ª lectura (1ª Juan 2,1-5): *Tenemos uno que aboga ante el Padre: Jesucristo, el justo.*

Evangelio (Lucas 24,35-48): *Vosotros sois testigos de esto.*

Nuestra vida cotidiana transcurre en muchos y diversos escenarios: el lugar de trabajo o estudio, el bullicio de la calle, las aglomeraciones del metro o el autobús... y nuestra casa. Nos encontramos a diario con ciento de rostros. Con algunos nos comunicamos, con otros no. Y esos rostros son elocuentes incluso en el silencio, ya que muchas veces muestran lo que llevan dentro: alegría, cansancio, prisa, paz, seguridad, miedo, tristeza, preocupación...

Cada existencia humana, cada persona, es un baúl lleno de sorpresas y, por eso, un misterio. Pero todos compartimos básicamente las mismas experiencias: la casi total necesidad de cuidado al nacer, la felicidad y frustraciones de la infancia, la amistad, el amor, las caídas de expectativas, el dolor de las ausencias y la soledad, el sentirnos en algunas situaciones como extraños o, todo lo contrario, experimentar que estamos “*en casa*”... Otra vez la casa, nuestra casa. ¡Qué importancia tiene esto de “*nuestra casa*”!

Cuando nos toca salir, por un tiempo largo, del lugar en el que vivimos, generalmente añoramos todo aquello que para nosotros tiene “*sabor de hogar*”: ratos compartidos con personas queridas, comidas, olores, lugares que evocan descanso... Y en este aspecto no hay dos personas iguales, ya que cada uno tenemos nuestras propias referencias. Para algunos será un lugar o personas amigas, para otros la familia. El ser humano tiene además, la capacidad de percibir que, de algún modo, “*su casa es él mismo*”, es decir, que no todo depende del exterior sino también del grado en el que pueda mirar con agrado su propia existencia.

Y en medio de esta diversidad de experiencias hay un elemento común: son esas experiencias las que nos dan una confianza y esperanzas básicas, nos dicen quienes somos, cuál es nuestra historia, y nos impulsan hacia el futuro. ¿Quién no necesita sentirse “*como en casa*”, bien sea con una persona, bien sea en un lugar o bien, como solemos decir en lenguaje coloquial, “*dentro de su propio pellejo*”?

La liturgia de este tiempo pascual nos muestra al Señor Resucitado haciéndose presente en medio del grupo de discípulos que, desconcertados y temerosos, se han reunido, precisamente, en una casa. Son relatos que rezuman esa experiencia de que “*compartidas, las penas son menos penas y las alegrías, más alegrías*”. Estos relatos de Pascua, nos descubren que podemos hablar de Dios como compañero y amigo. Nos presentan escenarios y sentimientos similares: miedo y alegría, dudas y confianza, ausencia y presencia, reuniones en casa, comida compartida... Son imágenes de la vida, de toda la vida, que enganchan muy bien con nuestra experiencia cotidiana y que nos muestran que los discípulos de Jesús seguían juntos, como comunidad, pese al desconcierto y desesperación que muy posiblemente sentían.

En la Palestina del siglo I, como todavía perdura hoy entre nosotros, la imagen de una mesa, unos panes y unos peces compartidos, evocaba hogar, familia y acogida. Por eso no es extraño que Jesús se haga presente, precisamente, en el momento de una comida. Además no podemos olvidar que, sin duda, esto les haría recordar a los discípulos los momentos vividos con el Maestro en torno a una mesa en la que todos cabían.

¿Y qué hacían estos seguidores de Jesús? El evangelio nos dice que escudriñaban juntos las Escrituras, nuestro Antiguo Testamento, con el fin de descubrir cuál era el significado de la muerte de Jesús y qué debían hacer en esa situación con sus propias vidas. Escuchando la Palabra, estos discípulos en crisis hacían memoria del Dios de Israel, de cómo el Señor había estado junto al pueblo como presencia salvadora a lo largo de la historia. Confiaban en que Yahvé, fiel compañero que había dado su Palabra a través de los profetas en tantos momentos y avatares, no podía dejarles de la mano en ese momento.

Por esa razón rastreaban en la Escritura y en los acontecimientos: para comprender el mensaje que Dios les pretendía enviar. Esta doble tarea de leer y releer la Palabra y buscar qué significado tiene en la actualidad es algo ineludible para los creyentes de hoy. Solo así podremos descubrir como comunidad que verdaderamente Dios ha plantado su tienda entre nosotros y nos ofrece gratuitamente su casa.

La memoria del Dios de Israel y de los relatos de la Pascua nos hace ver que la comunidad cristiana tiene por vocación crear espacios en los que las personas se puedan sentir “*como en casa*”, siendo rostro concreto de este Dios que se hace amistad y compañía. Tener pequeños gestos de acogida y cariño que sanen y restablezcan la confianza, proporcionar lugares en los que celebrar acontecimientos, sencillos o relevantes, posibilitar todo aquello que nos ayude a vivir más humanamente nuestra vida, alentar las justas luchas de tantos hombres y mujeres... visibilizará al Señor que camina con nosotros.

Sabemos que la vida nos trae de todo y nos lleva, en buena medida, por donde quiere. Y Dios está en todo ello. No nos libra de nada, pero nos acompaña siempre. Su presencia en cuanto acontece es aliento y apertura de horizontes; nada le es ajeno. Cuando percibimos que, pese a todas las malas noticias, las personas seguimos esperando y luchando, y que la vida sigue adelante, **¿no descubrimos ahí la presencia viva de Dios?**

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 4,8-12): *Ningún otro puede salvar.*

Salmo (117,1 y 8-9.21-23.26 y 28-29): *«La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular»*

2ª lectura (1ª Juan 3,1-2): *Ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Juan 10,11-18): *Yo doy mi vida por las ovejas.*

Jesús es el Buen Pastor. Él marca la diferencia. No es como los obreros y fariseos, que trabajan solo por el salario y que cuando ven el peligro huyen, abandonando el rebaño. A diferencia de ellos, Jesús no abandona, no huye ante el peligro, permanece junto a las ovejas hasta el punto de arriesgar la propia vida. Él no es un asalariado, vive para las ovejas, da la vida por ella.

Si miramos hacia las tierras del Tercer Mundo, de una parte vemos con horror lo que está pasando con los misioneros y cristianos a causa del islamismo radical, y si miramos al África subsahariana, observamos que los hechiceros para expulsar los malos espíritus y evitar contagios, todavía someten a los niños a tratamientos purificadores mediante descomunales palizas, esperando que sus cuerpecillos maltrechos expulsaran a los demonios. Unos demonios que condenan al 40 por ciento de los niños africanos a malvivir. Los misioneros, deciden enfrentarse a tan gigantesca injusticia y, a base de enormes esfuerzos, identifican los diablos culpables de esas desgracias con sus nombres propios: pobreza, atraso, ignorancia, superstición..., y como instrumentos de conjuro emplean vitaminas, cariño y paciencia mientras les enseñan a leer y escribir.

En la vida de cada uno de estos hombres y mujeres, se cumple esta frase del evangelio de Juan: *«Yo doy mi vida por las ovejas»*. Dan la vida, se desviven, se la juegan..., sin esperar nada a cambio, en el más estricto anonimato sin desear el brillo de la fama. Se han decidido a hacerlo por amor. La vida de los misioneros, vivida en esta radicalidad genera admiración, o nos deja mudos, sin palabras, arrancándonos las grandes preguntas: **¿Por qué? ¿Merece la pena vivir y morir así? ¿Qué pinta Dios en todo esto?**

Ya no vivimos en una sociedad rural, donde la imagen del pastor es conocida por todos. **¿Qué imágenes podríamos utilizar hoy que nos ayude a actualizar y comprender la figura del Buen Pastor?** Tal vez la figura del médico que no ejerce su profesión únicamente para ganar dinero sino para sanar a los enfermos a él encomendados; o la de la enfermera de hospital que conoce a los pacientes de su planta por su nombre y cuida de ellos más allá de lo estrictamente reglamentado; o la de la maestra que no solo se preocupa por transmitir unos contenidos, sino que acompaña a cada alumno en el arte de aprender a vivir; o la del educador de calle o voluntario que sale en busca de jóvenes perdidos y en riesgo de exclusión.

Como el médico o la enfermera, el Buen Pastor sana las heridas. Hay heridas que se curan en el hospital porque son heridas que se ven y para ellas, existen tratamientos adecuados. Pero hay heridas que no se ven, porque se hicieron dentro, en el alma. Heridas que surgieron porque no fuimos suficientemente queridos en la infancia; porque no encontramos el apoyo y la comprensión necesaria en la juventud; porque nunca encontramos el lugar adecuado en la vida; porque se nos negó el trabajo y con él el pan y el amor..., heridas que aparecieron porque la vida se nos fue yendo de las manos sin apenas darnos cuenta, o porque nadie supo darnos las gracias por lo que hicimos..., o...

Jesús es el Buen Pastor que sana las heridas. Jesús tiene el don de curar y nos ha dado el poder de sanar. El libro de los hechos nos lo ha recordado: *«El hombre que está aquí, ha sido sanado en el nombre de Jesucristo de Nazaret»*. Una palabra amable, una mirada de compasión, un gesto de cercanía tienen el poder de sanar. Una mirada dirigida a Jesús y llena de confianza puede devolvernos las ganas de vivir.

Como la buena enfermera o la maestra conocen a sus enfermos y alumnos, el Buen Pastor nos conoce a cada uno. Nos llama por nuestro nombre. ¡Qué bien nos hace, y cómo nos sorprende cuando, sin esperarlo, se nos llama por el nombre! Cuando esto ocurre, dejamos de ser un número, un paciente anónimo, un alumno más, un ciudadano en la estadística.

Dios nos conoce por el nombre, somos únicos e irrepetibles para Él. El Salmo 139 nos recuerda esta gran verdad: *«Señor, tú conoces todas mis acciones; aun de lejos, te das cuenta de lo que pienso. Sabes todas mis andanzas, ¡sabes todo lo que hago! Aún no tengo la palabra en la lengua, y tú, Señor, ya la conoces»*. Hemos de alimentar entre nosotros esta gran verdad: Dios nos conoce y nos ama. Dejémosnos mirar y amar por Él.

Como una madre se desvive por sus hijos, buscando lo mejor para cada uno de ellos en la vida, así el Buen Pastor se desvive por cada uno de nosotros. No repara en nada, no mide el tiempo empleado, ni la ganancia personal, sólo busca el bien de cada uno de nosotros. Tanto, que es capaz de dar su propia vida.

¡Cuántas personas dan su vida por los que quieren! ¡Cuántas madres son capaces de hacer lo imposible por el bien de sus hijos! ¡Cuántos misioneros y misioneras han entregado toda la vida por los más pobres de la tierra! Todas estas personas nos recuerdan al Buen Pastor, a Jesús. Así es Él, nos dio todo lo que tenía y, al final, para que no hubiera duda de nada, entregó la propia vida.

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 9,26-31): *No se fiaban de él.*

Salmo (21,26b-27.28 y 30.31-32): *«El Señor es mi alabanza en la gran asamblea»*

2ª lectura (1ª Juan 3,18-24): *No amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras.*

Evangelio (Juan 15,1-8): *Todo sarmiento que no da fruto lo arranca.*

En la noche de la Vigilia Pascual, con las velas encendidas, confesábamos en la fe de la Iglesia que el mismo Jesús crucificado ha sido resucitado por el poder del Padre-Dios que así, ratifica la bondad de la vida entregada de su Hijo. Esta confesión de fe, que nosotros hacemos repetidas veces a lo largo del año litúrgico, siempre la consideraron los primeros cristianos unida a la práctica del amor entre nosotros y al de una vida entregada al servicio de los más sencillos y empobrecidos de nuestros ambientes vitales: familia, amigos, compañeros, vecinos, etc.

La luz que proyecta el sepulcro abierto y vacío alcanza a todas las gentes y a todos los pueblos de la tierra, aunque solo los ojos de la fe en Jesús resucitado permiten ver las dificultades para caminar, los pasos que se deben ir dando para poder seguir hacia adelante en el camino que conduce a la vida nueva. Así lo hemos estado celebrando a lo largo de los cuatro domingos anteriores.

En la vida cotidiana solemos hacer referencia, muchas veces, a lo que han cambiado los tiempos y lo diferente que era todo cuando éramos pequeños y vivíamos en la casa de nuestros padres. Han sufrido transformación los días de fiesta, la relación con las personas mayores, el trato con los educadores, el respeto a la autoridad, el modo de convivir con los amigos, la manera de hacer planes con otras personas...

El trato y la convivencia con otras personas nos marcan, dejan un poso en nosotros aún sin darnos cuenta, algo cambia en nuestra forma habitual de ser y de estar con los demás y, con el paso del tiempo en un espacio determinado todos nos vamos adaptando a los usos y costumbres de ese lugar y de las gentes que en ese sitio habitan.

También es cierto que, en ocasiones, podamos pasar por un lugar sin que nada se nos haya quedado del mismo. Que nada nos haya dejado el trato con las gentes de ese sitio, ni recordemos ningún nombre, ningún paisaje, ninguna anécdota reseñable; nada dejó huella en nosotros; es una página en blanco de la historia de nuestra vida.

Más a la hora de conectar con personas, que nos vienen de fuera de nuestro entorno, es necesario ver y conocer lo que no se ve en el exterior; no quedarnos únicamente en su porte externo, en la manera de expresarse o en el modo de comportarse con los demás. Es bueno que nos adentremos también en su historia, en sus antecedentes familiares, culturales, laborales, etc.

En los primeros tiempos de cualquier historia que montamos los hombres y mujeres la soñamos tan perfecta y tan total que ponemos muchas dificultades cuando alguien pretende formar parte de la misma. Así le sucedió a Pablo, que además se había mostrado contrario a la difusión de ese “camino nuevo” que aparecía como enfrentado al judaísmo que él había profesado desde niño.

La primera comunidad cristiana descubrió que esta fe en el Resucitado es posible cuando vivimos tan unidos a Jesús como lo está el sarmiento a la vid, y así la vida nueva, como la savia en las plantas, llega a todos los rincones de la existencia de cada uno de los creyentes en el Hijo de Dios.

El pasaje de los sarmientos unidos a la vid, que acabamos de leer, forma parte del capítulo 15 de evangelio de Juan y se encuentra dentro del largo discurso de la última cena, el que se conoce como “*el testamento de Jesús*”, la síntesis de lo más importante que Jesús les había comunicado para vida de cada comunidad y para la de cada uno de sus miembros.

Para vivir cualquier historia humana se necesita tener claro dónde queremos llegar, qué es lo que queremos lograr con lo que hacemos y a quiénes necesitamos a lo largo del camino. En la vida de los creyentes Jesús acompaña nuestro camino, pues Él mismo ha realizado el proceso que conduce a esa vida nueva que es nuestro objetivo.

Entonces todos los que nos vean y, sobre todo, los que se beneficien de ese amor se percatarán de que nuestra fe es dinámica, está viva y conduce a la construcción de un mundo más justo y fraterno.

Por eso es importante el testimonio de los cristianos, nuestro testimonio, para que, viendo lo que hacemos, “*den gloria al Padre*”; es bueno que la gente nos vea vivir felices, para que sientan que el Reino está ya entre nosotros; y es fundamental que les propongamos, nunca que les impongamos, el proyecto de vida nueva y distinta con el que nosotros nos hemos encontrado a lo largo de nuestra vida y que con la ayuda de Dios intentamos seguir.

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 10,25-26.34-35.44-48): *Dios acepta al que lo teme, sea de la nación que sea.*

Salmo (97,1.2-3ab.3cd-4): *«El Señor revela a las naciones su salvación»*

2ª lectura (1ª Juan 4,7-10): *Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor.*

Evangelio (Juan 15,9-17): *Permaneced en mi amor.*

Muchas veces se nos llena la boca hablando de amor, pero tanto hablamos y tan poco lo practicamos que lo hemos convertido en una palabra hueca, vacía de sentido, pues nos limitamos a amar en pura teoría, a amar “*de palabra y de boquilla*”. Por ello este domingo es una buena ocasión para reflexionar acerca de nuestra capacidad de amar, para recordar con san Juan de la Cruz que *«en el atardecer de la vida seremos examinados en el amor»*.

Y para llevar a término el auténtico amor, la Palabra de Dios nos da una pista: *«Dios no hace distinciones»* y esto nos tiene que llevar a nosotros a no hacer tampoco distinciones y saber mirar a todos como hijos de Dios; sean como sean y piensen como piensen todas las personas tienen la marca divina, y por tanto somos iguales en dignidad.

Es la reflexión que nos propone hoy la Palabra de Dios en una sociedad donde a pesar de que se nos llena la boca hablando de democracia, de derechos humanos, de justicia social..., seguimos manteniendo un mundo marcado por las diferencias sociales. Un mundo donde la profunda crisis en que estamos sumergidos nos afecta a todos; pero mientras unos viven tranquilamente, o incluso se enriquecen, otros viven en la más absoluta miseria; un mundo donde tendemos a hacer acepción de personas con distinciones entre: buenos y malos, entre amigos y enemigos, blancos y gentes de color, y todavía en demasiadas circunstancias, entre hombres y mujeres. Una sociedad que permite y favorece que unos hombres vivan permanentemente arrodillados ante otros.

Frente a esto, debemos adoptar la reacción que Pedro tuvo ante la actitud del centurión Cornelio: *«Levántate que soy un hombre como tú»*. Y, es que, está claro, para Dios no existen superhombres, ni dioses humanos, la dignidad de las personas es igual para todos porque ha puesto su sello en todas. Así debe ser porque Dios, que no hace distinciones, acepta a los que le temen y practican la justicia.

Y practicar la justicia de Dios es arrodillarnos, no para venerar a otro hombre, sino arrodillarnos para el servicio, como el Señor se arrodilló ante nosotros, arrodillarnos ante nuestros hermanos más débiles para que puedan experimentar la liberación de Dios. Dios no nos quiere postrados sino liberados, y, arrodillándonos en el servicio, nos liberamos a nosotros mismos de nuestros orgullos y egoísmos y contribuimos a liberar a nuestros hermanos de sus postraciones y humillaciones a las que les condena nuestra actual sociedad. Recordemos que nadie ha nacido para ser esclavo, que *«para ser libres nos ha liberado Cristo»* (Gálatas 5,1) y, por ello, debemos realizar en nuestra sociedad los mismos gestos de liberación que Cristo realizó.

En la recta final del tiempo pascual, el Señor resucitado, como revelador del Padre, nos da a conocer el Misterio de Dios, y este es un Misterio de amor. Amor de Dios que creó al hombre, y amor de Dios-Padre que produce el envío del Hijo para la salvación del hombre. Jesús manifiesta en el evangelio que nos ama como el Padre le ama a Él, que su misión, en obediencia al Padre, es transmitir al mundo el amor de Dios, por eso afirmará el evangelista en otro lugar: *«Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único para que todo el que crea en Él no perezca...»*. Así que, si queremos penetrar en el Misterio de Dios, tenemos que experimentar el amor de Jesús que nos transmite el amor del Padre, en esto consiste la auténtica mística: Permanecer en el amor de Cristo, que es el único que nos incorpora al Misterio de Dios.

Jesús nos comunica el amor de Dios en su obediencia al Padre y nos invita a la obediencia para ser sus discípulos. El discípulo de Cristo es el que cumple sus mandamientos; pero el único mandamiento de Jesús es este: *«Amaos los unos a los otros como yo os he amado»*. La obediencia de Jesús al Padre se traduce en el amor a los hombres, y nuestra obediencia a Jesús se traduce en el amor entre nosotros; pero para que este amor refleje, de verdad, el amor de Cristo, tiene que cumplir lo que Juan nos dice en su primera carta: *«Amemos, no de palabra y con la boca, sino de verdad y con obras»*.

Entonces, amar “*de verdad*” supone, como nos recuerda Jesús en el evangelio, *«dar la vida»*, y esto significa salir de nuestras tibiezas, de nuestros caprichos, de nuestras comodidades, en resumen: comprometernos con la causa del Evangelio; ver que nuestro compromiso de fe no puede ser un compromiso cómodo, porque amar a nuestros hermanos como Jesús nos amó significa implicarnos en nuestra realidad inmediata siendo constructores de paz en este mundo de violencias y odios, creadores de vínculos de amor en una sociedad egoísta y materializada que valora a los hombres por lo que tienen más que por lo que son. Implicarnos en la tarea de anunciar la Buena Nueva a los pobres es llevar a la práctica el mandamiento del amor.

La primera lectura nos recordaba que Dios no hace distinciones; pues entonces tampoco podemos hacerlas a la hora de llevar a la práctica el amor de Dios, no podemos considerar “*gentiles*” a los que no piensen como nosotros; debemos recordar que amar es hacer Iglesia, pues Iglesia, esencialmente, es *«comunión»*, es decir, *«amor que une a los hombres entre sí y los une con Dios»*.

DOMINGO DE LA ASCENSIÓN DE JESÚS

1ª lectura (Hechos 1,1-11): *Aguardad a que se cumpla la promesa.*

Salmo (46,2-3.6-7.8-9): *«Dios asciende entre aclamaciones»*

2ª lectura (Efesios 1,17-23): *Todo lo puso bajo sus pies.*

Evangelio (Marcos 16,15-20): *El que crea y se bautice se salvará.*

Propio del ser humano es aspirar a subir, a ascender, a superarse a sí mismo en las diferentes facetas de la vida, tanto profesional como social, política y eclesialmente. Lo cual es perfectamente legítimo, con tal de que no sea un ascender tramposo, un trepar sin méritos propios, a costa de los demás y para alcanzar cotas de poder cada vez mayores, en lugar de ver cómo servir mejor cada día, recordando siempre las palabras del Maestro: *«El que quiera ser primero, sea esclavo de todos»*.

Toda ascensión limpia exige esfuerzo, pide paciencia y constancia. Con frecuencia no sabemos lo que hay más allá de la cima que se alcanza. Otras ascensiones son “imposibles” por definición, y solo se resuelven en la fe y en la entrega confiada al misterio. También Jesucristo, en lo más profundo de su identidad, vivió una entrega confiada al Padre. Si un Dios verdadero, Hijo encarnado del Padre, me acompaña así hasta el final de mi vida hasta mí morir con Él. Si el Padre lo resucita y en su Ascensión lo glorifica a su derecha, mi esperanza es que de la misma forma, me resucitará a mí, como miembro que soy del mismo Cuerpo del que Él es la Cabeza.

Es conocida la copla popular “P’a las cuestas p’arriba // quiero mi burro // que las cuestas p’a bajo // yo me las subo”. Con otro tipo de lenguaje, pero con la misma sabiduría, santa Teresa dice que hay que “hacerse espaldas”: *«Porque andan las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos a otros»* (Vida 7,22). Estamos en momentos en que muchos vecinos nuestros lo están pasando mal por causa de “mecanismos perversos”, que son definidos y denunciados por voces sensatas, de la Iglesia y de fuera de ella. Una corrupción demasiado amplia: gastos fastuosos, blindajes millonarios, fortunas insultantes y amasadas en la injusticia, pasan por delante de los ojos asombrados de quienes sufren situaciones muy duras, de las que son mínimamente culpables y siempre víctimas.

Con frecuencia suelen aparecer en los Medios, bastantes noticias “sobre” la Iglesia; mayormente, comentarios negativos y algunos hasta movidos por el morbo. La voz de la Iglesia no es escuchada en amplios sectores de la sociedad. Pero, desde la Iglesia, las buenas noticias siempre son: Que Dios ama al mundo entrañablemente. Que este amor no se apartará de sus hijos, ni aunque se muevan los montes o la madre llegara a olvidarse del hijo de sus entrañas. Que no es enemigo ni competidor del hombre, sino que respeta y anima su libertad, porque Él ha creado al hombre para la libertad, incluso cuando hace mal uso de ella.

Que Dios está siempre dispuesto al perdón y a la misericordia, con una llamada a que nosotros hagamos lo mismo con quienes nos ofenden. Que en su Hijo muy amado, Jesús de Nazaret, ha querido compartir nuestra vida entera, con palabras y gestos llenos de sabiduría y amor. Que todo hombre o mujer que se acerque a la biografía de este Hijo no quedará defraudado, aunque se sienta decepcionado por algunos que hablan de Él y se dicen cristianos. Que la Iglesia ama al mundo, y prefiere la medicina de la misericordia a la de la condena.

Recorrer la vida de Jesús puede llenar de gozo y paz a quien se acerque a Él con ojos limpios, sea creyente en Dios o no lo sea. Es un principio bíblico que los hombres miramos las apariencias, pero Dios mira el corazón. Y hay, entre creyentes y no creyentes, corazones muy limpios, buenos, solidarios, sencillos, humildes, hombres y mujeres que trabajan por la paz y la justicia.

Si la persona de Jesús de Nazaret, logra fascinarnos a unos y otros con su vida, palabras y gestos, la fiesta de hoy, su Ascensión junto al Padre, puede ser para muchos el momento de iniciar o reiniciar el seguimiento de sus huellas, de tomar el relevo en la construcción de un mundo más humano para todos.

El texto evangélico habla de unos signos que acompañarán a los creyentes. Su enumeración nos resulta a nosotros un tanto extraña, aunque para los contemporáneos de Jesús fueran comprensible. Necesitamos hoy hombres y mujeres con capacidad creativa, capaces de realizar los signos: reconocer y expulsar los demonios de hoy. Hablar un lenguaje comprensible a todos, anunciar a un Dios cercano, no aislado tras las nubes del misterio. No dejarse envenenar por las drogas y adormideras de conciencia. Curar enfermos, de cuerpo y alma, de pobreza y hambre, de soledad y tristeza. Necesitamos una Iglesia sanativa que cure heridas, que recoja caídos, que acoja pecadores. La casa del Padre siempre nos espera y el que ha subido al cielo, nos sonrío y bendice desde lo alto.

La fiesta de la Ascensión nos invita a “tirar hacia arriba”, de nosotros mismos y de los que se sienten más hundidos. Todos hacia arriba, tomados de la mano, unos con otros. Que este día nos ayude a colaborar con Dios en la tarea de atraer a todos sus hijos hacia la casa común de la fraternidad, de la dignidad, del gozo y de la fiesta.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2,1-11): *En la lengua que el Espíritu le sugería.*

Salmo (103,1ab y 24ac.29bc.30.31 y 34): *«Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra»*

2ª lectura (1ª Corintios 12,3b-7.12-13): *Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu.*

Evangelio (Juan 20,19-23): *Recibid el Espíritu Santo.*

Suele decirse que “hablando se entiende la gente”. Pero cada vez menos, porque no basta con hablar, hace falta, sobre todo, escuchar. Y es que se habla mucho, cada día más, pero no se escucha lo suficiente. Demasiados parlamentos: la O.N.U., la C.E.E., la nación, comunidades autónomas, ayuntamientos..., pero, desgraciadamente, no siempre son auditorios. Al contrario, en ocasiones da pena observar que, cuando hablan los unos, los otros charlan entre sí o se salen del hemiciclo, a pasear, a fumar o a tomar café; el caso es no escuchar al otro.

Nunca como en nuestro tiempo se ha hablado tanto, y nunca como ahora la técnica ha multiplicado los medios de comunicación. Gracias al móvil y a las redes sociales, todo el mundo está a todas horas en contacto con todo el mundo. Y aunque las redes se han mostrado válidas para congregarse a multitudes en puntos concretos, no creo que sirvan lo mismo para intercambiar opiniones; para dar a conocer la propia opinión y escuchar con el mismo interés las de los otros; para alejarnos de nuestros prejuicios y acercarnos al otro liberado también de sus prejuicios.

Abunda demasiado el ruido, la algarabía, pero dudo que se intente y se trabaje para llegar al acuerdo, al consenso. Se multiplican al infinito los mensajes, pero se cierran los oídos o no se quieren recibir y acusar recibo de ellos. La libertad de expresión, que practicamos, no se corresponde con el respeto al que habla y a su mensaje, no escuchamos, no queremos enterarnos.

La lengua, que es un universo de signos orales o escritos, es un poderoso medio de comunicación, y cada día más. Pero no siempre se utiliza como medio de comunicación; en ocasiones es solo un medio de expresión, porque todos queremos expresarnos, y eso está muy bien. Pero no todos estamos siempre dispuestos a escuchar a los otros, sobre todo cuando los otros “*están lejos*” de nosotros, de nuestros planteamientos, de nuestras opiniones.

Y a veces son más un medio de defensa frente a posibles enemigos y aun de ataque a los que se atreven a cuestionar nuestras opiniones. Y es que las muchas palabras, no comunican nada de nosotros, no muestran ningún mensaje, solo enseñan los dientes de nuestros intereses frente y contra los intereses de los demás, que, claro, ¡son menos importantes que los nuestros!

Inevitablemente al escuchar con atención el relato del libro de los Hechos, cuando Lucas afirma que, al hablar los discípulos, todos los presentes entendían todo, a pesar de la diversidad de lenguas y naciones, uno se acuerda de otra escena bien distinta, en que hablando la misma lengua y siendo del mismo pueblo, acaban por no entenderse.

Aquella torre era el símbolo del mundo del pecado, en que los intereses particulares en el empeño inútil por escalar el cielo, acaba por empañar el mensaje de los interlocutores y hace imposible cualquier comunicación. Aquel fracaso se llama Babel “*confusión*”.

Ahora, en Pentecostés, sucede todo lo contrario, porque gracias a la resurrección del Señor el cielo ha descendido hasta nosotros, y se hace posible el diálogo y la comunicación con Dios y entre nosotros. Nos lo recuerda el evangelio. Juan nos cuenta cómo, después de la resurrección de Jesús, que no acababan de creer, los discípulos seguían llenos de miedo, encerrados a cal y canto. Y en estas se presenta Jesús en medio, sorprendiéndoles, pero llamándoles a la tranquilidad. Sus primeras palabras son de paz.

Y una vez tranquilizados, su mensaje, una vez más y definitivo, es la misión. La misma que el Padre le confió a Él, la misma, Él, resucitado, se la confía a sus discípulos: *«Como el Padre me envió, así os envío yo»*. Y les comunica su Espíritu para que puedan llevar a cabo la misión de salvar al mundo de la confusión y del pecado.

Por eso, lo primero que habrá que hacer es empezar por perdonar los pecados y comenzar, de nuevo, renovados por la acción del Espíritu Santo. No hay un nuevo lenguaje, sino el marco de una nueva experiencia de las cosas, y así no hay tampoco nueva evangelización, sino una vida nueva, una auténtica renovación. Pentecostés fue el principio, y es siempre la invitación a empezar de nuevo desde el principio. El problema de nuestro tiempo, el de las comunicaciones, que nos está pidiendo una nueva evangelización, es un problema de vida. No tenemos nada que comunicar, si no lo vivimos, si no lo hacemos vida. Cuando solo hay rutina, no se transmite vida, solo se vehiculan ritos y modos de hacer o de pensar, pero no fe y vida. Y en tal caso no hay evangelización, solo hay propaganda.

En Pentecostés el Espíritu desciende con fuerza irresistible, y se posa como llama de fuego en cada uno de los apóstoles y los cambia radicalmente. Se despojan de sus miedos y comodidades y se aventuran en el anuncio del Evangelio. Es el mismo Espíritu, que todos recibimos en el bautismo y quiere hacerse sentir para que tomemos en serio nuestro compromiso y recuperemos la misión. Solo hace falta que nos despojemos de nuestros miedos, rutinas y discusiones bizantinas para tomarnos en serio el Evangelio y vivirlo y traducirlo en nuestras estructuras, para hacer que el mensaje sea auténtico y nuestra manera de evangelizar tenga credibilidad.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Deuteronomio 4,32-34.39-40): *El Señor es el único Dios.*

Salmo (32,4.5.6 y 9.18.19.20 y 22): *«Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad»*

2ª lectura (Romanos 8,14-17): *Si somos hijos, también herederos.*

Evangelio (Mateo 28,16-20): *Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.*

Celebramos hoy la Solemnidad de la Santísima Trinidad. Es la fiesta que resume nuestra fe y nuestra vida. Pues en el nombre de la Trinidad somos acogidos cuando comenzamos la Eucaristía: *«La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros»*. Y yo, ¿quién soy cuando me dejo mirar por Dios? ¿Soy hijo amado del Padre?, ¿soy hermano en el Hijo?, ¿soy templo vivo del Espíritu? La Trinidad es la máxima expresión del ser de la Iglesia y de lo que la Iglesia es para el mundo.

El Concilio presenta el ser de la Iglesia así: *«Toda la Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»*. (Lumen gentium, 4). Y en la Constitución sobre la Iglesia en el mundo se dice: *«La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el Reino del Padre, y han recibido la Buena Nueva de la salvación para comunicarla a todos»*. (Gaudium et spes, 1).

«En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén». Con estas palabras comenzamos la Eucaristía. Con frecuencia es un gesto rutinario. Y, sin embargo, estas palabras abrazan nuestra vida y expresan nuestra fe. *«El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo. Es la fuente de todos los otros misterios de la fe; es la luz que nos ilumina»* (Catecismo de la Iglesia Católica, 234). Que un poco más adelante afirma: *«Dios es único pero no solitario»* (254).

A este ser y vivir trinitario estamos llamados todos los hombres, todos los pueblos. Es el deseo de Dios, expresado en las palabras de Jesús resucitado a sus discípulos, tal como escuchamos en el texto evangélico que la Iglesia nos propone hoy: *«Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»*. La vocación universal, no excluye a nadie. El texto de Mateo termina con una promesa entrañable: *«Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo»*.

La persona alcanza la más alta realización de su propio ser, de su relación con los demás y de su actuar en el mundo, mirándose desde el misterio trinitario. Cada una de las divinas Personas existe dándose del todo a las otras dos. Aquí debemos inspirar nuestro ser: en la donación total y libre al otro, y en la acogida de la entrega personal y libre que el otro me hace de su propia persona. Somos personas dándonos y recibiéndonos. El misterio trinitario que hoy celebramos es un misterio de amor y de comunión entre personas que no se reservan absolutamente nada de sí mismas.

En un mundo dividido y roto, este Misterio inabarcable de amor y de unidad puede ser fuente y luz para el vivir humano. Padre, Hijo y Espíritu son diferentes, pero viven unidos por el amor al servicio de una tarea: dar vida al mundo. Cada uno de ellos es único e irrepetible, distintos, pero no solitarios, son unidad en su diversidad, viven unidos por el amor.

En nuestro mundo hay muchas divisiones que parecen insalvables. Divisiones entre personas, pueblos, continentes, imperios... Algunas de estas diferencias son tan serias que suponen una dificultad para una convivencia conjunta y pacífica. Esta enorme ruptura, perversa, provocada por el ídolo del dinero al que, se sacrifican millones de víctimas humanas, sin que haya compasión para los lamentos que les arrancan sus opresores. Cada día aumenta más el abismo entre ricos y pobres.

Por encima de las palabras vacías de los políticos, de la inhumanidad del sistema económico perverso que destroza personas y esperanzas, más allá de cuanto contradice a una vida en el amor, estamos asistiendo a gestos admirables de solidaridad en las familias, en los vecinos, en los amigos, y en la generosidad hacia instituciones dedicadas a socorrer a los marginados: Cáritas, Cruz Roja, Banco de alimentos, Manos Unidas...

Muchas personas, llenas de espíritu evangélico, se dejan ganar por la bienaventuranza última de Jesús: *«Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer»*. Y otras muchas voces, testimonios, mensajes, personas, que tal vez sin creer en Dios, creen en la dignidad de todo ser humano y la proclaman y defienden. Unos y otros son signos del mismo Espíritu, que sopla donde quiere y en quien quiere. Es la fuerza del amor, la fuerza que transformará al mundo: *«Amaos como yo os he amado»*.

EL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Éxodo 24,3-8): *Esta es la sangre de la alianza.*

Salmo (115,13.13.15 y 16bc.17.18): *«Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor»*

2ª lectura (Hebreos 9,11-15): *recibir la promesa de la herencia eterna.*

Evangelio (Marcos 14,12-16.22-26): *prepararon la cena de Pascua.*

“Pan”. Pocas palabras hay que sean tan necesarias, tan simbólicas, tan transparentes, tan rotundas y tan religiosas. El “pan” es religioso porque para hacerlo necesita ser molido y amasado, en una forma radical de entrega total. El “pan” es rotundo porque, cuando lo pronunciamos, lo decimos de forma nítida, limpia, clara, sin necesidad de adornos. El “pan” es transparente porque no hay que explicarlo, todos lo entendemos. El “pan” es simbólico porque nos transporta al mundo del alimento que sostiene y vigoriza; del hambre que se tiene y se sacia; de la abundancia y de la carencia; el pobre pide “pan”, el obrero trabaja por su “pan”, y la mayor injusticia es negar el “pan”. El “pan” es necesario porque es fundamento de la vida humana. El “pan” tiene que ver con «*vida humana*», con «*vida religiosa*», con «*vida entregada*» y con «*vida plena*».

“Vino”. El “vino” es vital y es religioso. Es vitalidad porque es energía para el quehacer diario: «*con pan y vino se anda el camino*». Es vital porque nos lleva a la fiesta y a la alegría: se brinda con “vino” para sellar un deseo y una ilusión, y se riega con buen “vino” el banquete de las bodas, los nacimientos y los pequeños éxitos que jalonan nuestra andadura humana. El “vino” es religioso porque para hacerlo, hay que pisar la uva madura; no se puede hacer “vino” sin estrujar los racimos. El “vino” es religioso porque la vida, y la fiesta, y la alegría y la entrega son religiosas. En el “vino” se hace presente la entrega de Jesús.

La vida humana se juega en el “pan” necesario para el sustento y en el “vino” de la felicidad. No hay vida humana si no podemos sobrevivir con dignidad y sostener nuestro cuerpo, nuestras necesidades básicas; las nuestras y las de los nuestros. Tampoco hay vida humana si no disfrutamos, si no reímos y soñamos, si no nos levantamos por la mañana con la convicción de que ese día, y otro y otro, y todos, merecen la pena. «*Pan para el camino y vino para la alegría*». Aún más: el “pan” sabe mejor cuando se comparte, y el “vino” sabe mejor con compañía. Los dos necesitan alguien con el que estar, y alguien con quien compartir.

Lo religioso nunca es ajeno a lo humano. Es más; lo religioso, cuando no es humano, se pervierte. Un sentimiento religioso que aborrezca lo humano no puede construir persona; una razón religiosa que mancille la experiencia humana la hace irrelevante. El “pan” y el “vino”, lo corporal y lo espiritual, están en el fondo y en la forma de toda experiencia vital y religiosa. El “pan” y el “vino”, por ser humanos y religiosos, nos llevan a las experiencias fundamentales de la vida: poder compartir, poder disfrutar, poder amar, en definitiva, poder vivir.

El ser humano es corporalidad y vida. Un cuerpo muerto, del que se ha escapado la sangre, no deja de ser humano, pero carece de aliento, de espíritu vital, de sueños y de esfuerzos a partes iguales. Una sangre derramada, lejos de su corporalidad, no es sino recuerdo y reflejo de un ser humano. La antropología actual nos invita a valorar el cuerpo, que forma parte fundamental de nuestro ser personal. En la sangre sabemos descubrir igualmente, la generosidad del que la da a quien la necesita, o la expresión máxima de quien se entrega hasta el final por los demás, hasta dar la propia vida.

La fe cristiana nos recuerda nuestra condición mortal, ya que somos corpóreos y, por tanto, limitados y finitos. La fe nos dice también que no podemos ser felices sin nuestro cuerpo, como si fuéramos seres angelicales; por tanto, un correcto planteamiento de la felicidad, y por consiguiente un correcto planteamiento religioso, tiene que tomarse en serio la corporalidad; nuestra felicidad comienza ya en esta tierra, si bien solo en Dios alcanzaremos un día la meta deseada.

Podemos dar un paso más: la fe cristiana nos dice que la sangre derramada, empezando por la de Cristo, el Siervo de Yahvé, el Hijo amado del Padre, y continuando por la de los mártires, es sangre que nos humaniza porque el hombre es «*un ser para los demás*». La plenitud humana no está en “reservarse” a uno mismo; en protegerse o aislarse de los demás, sino en «*amar al prójimo como a ti mismo*». El amor nos lleva a la entrega, y la entrega es la expresión máxima del amor.

Celebramos hoy la Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Él entendió su vida como una «*entrega total, absoluta, incondicionada, ilimitada*». Jesús nos dijo: «*nadie me quita la vida, sino que yo mismo la entrego*» (Juan 10,18). Celebramos su vida entregada, su sangre derramada. En la Eucaristía Jesús se hace presente en el “pan” que se parte y reparte, y en la sangre (“vino”) derramada por toda la humanidad para nuestra salvación.

Contemplamos y ensalzamos el misterio de nuestra salvación en la vida total entregada de Jesús, y comprendemos que solo nuestra vida será plena si la entregamos. Es más, comulgar el Cuerpo y la Sangre de Jesús es entrar en su dinámica de amor entregado, oblativo, transformado. Una reflexión: **¿Contemplamos en la Eucaristía el sacramento del amor que se entrega?** Y un deseo: **Que siendo contemplativos seamos personas entregadas.**

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 17,22-24): *Yo, el Señor, lo he dicho y lo haré.*

Salmo (91,23.13-14.15-16): *«Es bueno darte gracias, Señor»*

2ª lectura (2ª Corintios 5,6-10): *Todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo.*

Evangelio (Marcos 4,26-34): *El reino de Dios se parece a...*

Las iglesias, no podemos negarlo pues es un hecho constatable, cada día están más vacías. Los cristianos también están más cansados, sin ánimo por transmitir buenas noticias y metidos en una fe de rutina, o recordando los años mejores, o esperando que estos vayan a retornar. Los jóvenes, de vuelta de los rollos sobre la religión, los dioses y las moralinas. Se habla, hablamos, de generaciones perdidas y de los “*alejados de la fe y de la Iglesia*”, que son, en realidad, la mayoría de nuestros vecinos.

Además, las parroquias sostienen unas formas y estructuras de “*tiempos lejanos*”, en los que declararse creyente y participar de la vida de la comunidad cristiana era lo corriente. Ahora, el que dice que va a la iglesia o al grupo en la parroquia lo tachan de “*carca*” y suscita poca conversación y demasiada risa. Pocos saben qué se puede hacer allí además de llevar a los niños a su primera comunión o casarse con pomposos vestidos, con el fin de recibir cuantiosos regalos y tener la excusa para celebrar un gran convite.

Esto –*así dicho, y tantas veces repetido*– no puede dar más de sí. Por otra parte, **¿quién lo querría? ¿Quién quiere templos llenos de fieles aburridos de creer, o plagados de personas que han sido arrastradas allí por sus miedos, sus complejos o costumbres adquiridas sin saber?**

Podemos decir que a Jesús de Nazaret no le gustaban mucho los de su tiempo, y se obstinó en enseñarlos, socavando las razones que daban sus defensores. Él, les hablaba a menudo de “*un mundo diferente*” y de una forma de vida distinta. Habló de la familia, de los hijos, de un solo Padre o Papá, de una comunidad de hermanos que se reúnen en asamblea o iglesia para extender este nuevo y renovador proyecto: **«El Reinado de Dios»**.

Desde entonces, en estos últimos XX siglos, los cristianos hemos convertido tantas veces los medios en fines y los fines en medios que se nos olvida, como si no pasara nada, qué es lo más fundamental. Creemos saber fabricarnos el Reino a nuestra medida, por y para los que estamos dentro del edificio que construimos y según nuestros objetivos, pero más acá y más adentro de sus muros de barro. Sin embargo, más allá y más al borde de sus fronteras, al atardecer, germina, vive y crece el Reino de Dios, sorprendente simiente en lo profundo de una tierra que ansía verle florecer.

Jesús solía hablar del Reino de Dios con parábolas porque, más que ser un concepto teórico, el Reinado de Dios en el mundo es una práctica, una posibilidad de realización que Jesús comenzó a hacer tangible en su tierra y entre los suyos. Una de las imágenes que empleaba para referirse a ello es la del grano que se planta con ilusión en tierra, que se espera desde lo profundo de ella a que crezca, y que acaba por rebasar toda expectativa en él puesta.

El creyente, quien ha vivido la experiencia del encuentro con la Vida, es quien bien conoce la potencia de la semilla. Un pequeño grano, seco, contiene la posibilidad de reverdecer y generar lo imposible. Por eso la semilla se planta, con el cuidado del que sabe que se encuentra ante un misterio: esponjando la tierra, abonando su suelo, acurrucando el grano inerte y cubriéndolo en silencio. Ilusión sagrada y espontánea como sentimiento.

El creyente en sus acciones reproduce, como Jesús hacía, estos gestos. Las frases y las acciones del cristiano no están nunca vacías, pero tampoco se busca conscientemente darles contenido o creer en ellas; ya tienen de por sí su sentido, desde el momento en que se plantan. No se dejan sobre la superficie del terreno, expuestas. No son acciones que reclamen miradas ni aprobaciones. Son formas de ser y de hacer sembradas en lo profundo de la tierra exhausta de un mundo viejo.

La impaciencia es la seña de nuestro barro seco, y de una tierra cansada de explotadores que persiguen beneficios. Todos quieren rendimientos inmediatos y que las acciones tengan sus éxitos. En la Iglesia adolecemos de esta misma falta de paciencia en la construcción del Reino, que nos desasosiega y empuja a creer en nuestras propias fuerzas o a dar por imposible la empresa.

Sin embargo, como dice el evangelio, el grano germina y crece sin que se sepa cómo. La espera creyente ha de volverse a lo profundo de nuestra tierra, a la potencia de la simiente, a la sorpresa que llega, abonada y regada cada día por el Dueño de la mies.

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Job 38,1.8-11): *El Señor habló desde la tormenta.*

Salmo (106,23-24.25-26.28-29.30-31): *«Dad gracias al Señor, porque es eterna su misericordia»*

2ª lectura (2ª Corintios 5,14-17): *Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado.*

Evangelio (Marcos 4,35-40): *Vamos a la otra orilla.*

Pasadas las grandes festividades celebradas en las últimas semanas, la liturgia de la Palabra ha retomado la lectura continuada del evangelio de Marcos. El relato de hoy acontece en un día en que Jesús está instruyendo a sus discípulos acerca del Reino de Dios. Lo hace con unas parábolas que podemos releer y meditar en algún momento de íntima reflexión y oración, son las conocidas parábolas del sembrador, de la semilla que crece por sí sola y del grano de mostaza.

Como confirmación del valor de su mensaje y de su propia persona, Jesús realiza ese mismo día tres milagros. Hoy escuchamos el primero de ellos, el de la tempestad calmada. Acontece en la barca en que Jesús y sus discípulos se desplazan a la otra orilla del lago. Se levanta un fuerte huracán, y las olas rompen contra la barca hasta casi llenarla de agua. Contra toda ley de la naturaleza, Jesús calma el viento y satura el espacio de calma.

Aquí hay algo más, mucho más, que un fenómeno atmosférico. Cada pequeño detalle del texto evangélico encierra una gran enseñanza, siempre abierta a la inteligencia y al compromiso creyente. Jesús dirige sus palabras a una gran multitud. En ella, sin duda, el interés por Jesús es muy diverso. De esa primera actitud depende la eficacia de su mensaje para incidir en mi vida y transformarla.

«*La otra orilla*» de la que habla el evangelio hace referencia a la Decápolis, región al este del río Jordán considerada «*tierra de paganos*» por la mentalidad judía del tiempo. También allí quiere hacerse presente Jesús. La tempestad será un signo de la oposición a su presencia. No debe extrañarnos que los valores que Jesús y su Evangelio encarnan tengan dificultades para instalarse entre nosotros. También nosotros podemos vivir como paganos en algún aspecto de nuestra vida.

El centro de la narración la ocupa la tempestad golpeando a la embarcación, Jesús dormido, y el miedo de los apóstoles. Esta narración puede ser una parábola de la experiencia de todo creyente y de la comunidad eclesial. También de la humanidad en su conjunto. Quién no se ha preguntado alguna vez, zarandeado por algún acontecimiento doloroso o injusto: «**Señor, ¿cómo consientes esto, cómo es posible que tal cosa ocurra?**»

El mal en el mundo parece que da la razón a los que dicen que no es posible que Dios exista. El argumento es ya muy antiguo. Ante el mal en el mundo, Dios duerme. Y el mundo se llena de miedos. Tampoco Jesús fue ajeno al miedo, sufrió angustia y tedio, y llegó a sentir el abandono del Padre. Pero puso confiadamente su vida en Aquel que tiene poder para dar vida a los muertos.

¿Está dormido Jesús, o es nuestra fe la que está dormida? Tal vez a los que viajamos en la barca de la Iglesia nos sobra miedo y nos falta fe. Miedo y falta de fe van íntimamente unidos. **¿Acaso el Señor nos ha abandonado?** Jesús espera siempre de sus discípulos una actitud de confianza total en Él, también en los momentos en los que parece estar ausente.

Jesús establece una relación directa entre el miedo y la falta de fe: «*¿Por qué sois tan miedosos? ¿Aún no tenéis fe?*». La fe echa fuera el miedo. La Iglesia debe dar testimonio de su Señor con valentía en medio de las adversidades. Vivir el mensaje del Evangelio, seguir los pasos de su Señor y Maestro es el primer testimonio que se nos pide.

En lugar de estar a la defensiva y con actitudes de condena, deberíamos preguntarnos si somos sensibles a las grandes causas del género humano, a los males que azotan con furia la barca en la que la humanidad entera se desplaza sin saber a veces dónde, si nos esforzamos en calmar esas tempestades con la palabra viva de Jesús y nuestra confianza en su poder, si somos hombres movidos por el hambre y sed de justicia, o si somos nosotros y no Dios los que permanecemos dormidos en la travesía dolorosa de tantos y tantos hermanos nuestros.

El texto de hoy se presta a muchas actualizaciones. A nuestras costas siguen arribando navíos de muy diferente calado y condición. Unos viajan en cruceros de lujo, otros en pateras de miseria. Pero sus ocupantes tienen idéntica dignidad: son hijos de Dios. Y el Padre, ya lo sabemos, muestra especial ternura y cercanía con sus hijos más necesitados.

¿Y nosotros? Una última cuestión, la primera y principal, el principio y fundamento de mi vida: *¿Quién es, para mí, éste al que el viento y las aguas obedecen?* Porque yo, frecuentemente le comulgo, y conviene que sepa lo que hago y a lo que me comprometo.

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 1,13-15; 2,23-24): ***Dios creó al hombre para la inmortalidad.***

Salmo (106,23-24.25-26.28-29.30-31): **«*Dad gracias al Señor, porque es eterna su misericordia*»**

2ª lectura (2ª Corintios 8,7.9.13-15): ***Distingúos también por vuestra generosidad.***

Evangelio (Marcos 5,21-43): ***¿Quién me ha tocado?***

Sociedad indolora, civilización amnésica, vida superficial, anestesia cultural, consumo desenfrenado, egoísmo generalizado... son algunos de los calificativos que usamos con frecuencia para dirigirnos a la cultura actual. Es la norma que atraviesa los criterios y valores de todos. Nadie queda al margen, al estilo de un “Robinson” perdido en una desierta isla. Evidentemente si esto es así estamos en una situación muy grave; **¿es mortal?, ¿estamos muertos?, ¿ha llegado el “fin de la historia”?**

No podemos negar la evidencia, certificada en los comportamientos, en los valores y las costumbres de las sociedades, especialmente de las más avanzadas. Ha tenido que llegar una horrenda “*crisis económica*” para empezar a hablar de esfuerzo colectivo, de preocupación por los demás, de problema social, de falta de valores comunes. Y en medio de esta situación las “*soluciones*” más importantes no vienen de la economía sino de personas concretas que nos muestran que “*no estamos muertos*” aunque pudiéramos “*estar dormidos*”. Son vidas cotidianas que pueden gestar una auténtica revolución social y cultural... si nos apuntamos cada día, unos cuantos más.

La fama de Jesús no tardó en extenderse. Sus palabras sorprendían. Sus prodigios eran comentados. Su perdón no dejaba indiferente. Su novedosa mirada de la realidad y de las personas asombraba. Se dirigía a Dios como «*Abba*». Muy pronto se convirtió en alguien especial que era buscado, esperado y requerido para sanar y cambiar la realidad de sufrimiento que vivían muchas personas. Quien le tocaba quedaba curado. Quien le escuchaba quedaba transformado. Quien le seguía descubría un horizonte nuevo de vida. No tardaron en aparecer seguidores, algunos ocasionales, otros permanentes. También aparecieron sus críticos. Enemigos que se veían desautorizados por su mensaje inclusivo, solidario y profundamente creyente.

En el evangelio encontramos una abundante actividad sanadora de Jesús: Devuelve la vista, cura sorderas, hace caminar a los cojos, expulsa demonios... devuelve la vida. Él mira más allá de lo aparente para descubrir la situación de cada persona. Para Jesús los muertos no están muertos; los cojos pueden andar; los ciegos vuelven a ver; los impuros quedan purificados y los sordos oyen un mensaje de vida salvadora.

Es la vida que Dios regala a raudales. Es volver a vivir. Su objetivo es restituir los mejores valores de cada persona y restaurar lo que había quedado roto por la enfermedad, el pecado o la marginación. Es la voluntad de Dios... que nadie quede postrado, lastrado por la decepción o marginado por los demás.

El Evangelio nos enseña a “*tocar la realidad*” a entrar en contacto con las personas y las situaciones que viven. “*Tocar la realidad*” es sentir que el otro es mi hermano y me pertenece, que su vida forma parte de la mía, que su dolor me duele. Un mensaje que supera la solidaridad para convertirse en auténtica experiencia fraterna. “*Tocar la realidad*” nos transforma y nos salva.

La voluntad de Dios es la vida de las personas. Su alegría es nuestro bien. Dios apuesta ilimitadamente por nosotros, por nuestro bien y por el bien de todo el mundo. Su proyecto de amor lo vemos en la actividad sanadora de Jesús y en su entrega apasionada y absoluta por cada persona. La alegría y la voluntad de Dios es la felicidad de todos y cada uno de sus hijos.

El creyente debe distinguirse por la generosidad. Es la actitud de aquel que ha sentido el amor y la entrega de Jesús. Es la actividad de toda la comunidad cristiana, la Iglesia, que se desvive por los favoritos del Evangelio: los necesitados. La generosidad, la solidaridad y el trabajo por la justicia es participación del plan salvador de Dios que sigue actuando hoy.

La Iglesia es sacramento de Dios, testimonio de vida, y apuesta por todos. Trabajar por la vida de las personas y hacer presente hoy, con todos, la salvación de Dios. Igualar la realidad para que nadie quede postrado. Compartir los recursos y ayudar a levantar a quien la historia, la vida o el entorno ha dejado por los suelos. En definitiva, repetir lo que hizo Jesucristo.

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 2,2-5): *El espíritu entró en mí.*

Salmo (122,1-2a.2bcd.3-4): *«Nuestros ojos están en el Señor, esperando su misericordia»*

2ª lectura (2ª Corintios 12,7b-10): *Te basta mi gracia.*

Evangelio (Marcos 6,1-6): *Se extrañó de su falta de fe.*

En el devenir de la historia el ser humano ha realizado siempre el mandato del creador: «*Trabajad, someted la tierra*» y ha ido aprendiendo a hacerlo, con el paso del tiempo y con el progreso de su misma capacidad, para hacerlo mejor en calidad, y con menos esfuerzo físico, en cantidad.

En el transcurso de los tiempos y los cambios habidos, sobre todo en el terreno económico, han ido ganando terreno conceptos como: comercialización, competitividad, intereses, productividad y beneficio. Esto ha convertido casi en explotadores al estamento empresarial al tratar al trabajador como mera mano de obra lo más barata posible y a los trabajadores, a olvidarse de la necesaria dignidad en el puesto de trabajo, cegados por el consumo creciente.

Los seguidores de Jesús de Nazaret somos unos afortunados, mejor dicho unos agraciados por habernos encontrado con Él, haber escuchado su llamada y haber dispuesto de muchas oportunidades para seguirlo, continuando su misión sanadora en el mundo. Esta misión no es otra que conseguir que todos los hombres seamos cada día un poco más libres y, en consecuencia, más felices. Esto no fue sencillo ni fácil para Jesús y, por eso, tampoco lo es para nosotros.

Estamos acostumbrados a vivir muy deprisa, a pararnos poco para analizar los pasos que vamos dando en la vida; da la impresión de que, llegados a un punto de crecimiento personal, solo hay que dejar que la vida fluya y cada cual realice lo de todos los días: trabajar, comer, descansar, atender a las personas que conviven contigo y, de vez en cuando, hacer algo que se salga de la rutina: las vacaciones, el fin de semana, etc.

Cuando más se percibe dicha situación, en muchas personas de nuestro entorno, es cuando en nuestra vida se presenta algún acontecimiento no habitual: un ingreso en el hospital a causa de una enfermedad, un cambio de residencia, una situación de desempleo, etc. Es entonces cuando nos damos cuenta de lo poco que nos relacionamos los unos con los otros, de lo poco que los tenemos en cuenta cuando viven situaciones de debilidad, no solo las personas conocidas, sino incluso en nuestros seres queridos.

Lo peor de esta cuestión es que no aprendemos, no cambiamos nuestros hábitos y, en consecuencia, ni ponemos remedio ni educamos a los que vienen detrás de nosotros. Sin tener en cuenta lo que nos está sucediendo a nosotros, los metemos en la vorágine que supone sumar, a lo que es su horario de clases y su tiempo de estudio, la obligación de tener que entrenar algún deporte cual si fueran profesionales del mismo y no el hacer un ejercicio físico como disfrute gratuito y juego con los amigos para aprender a relacionarse entre ellos.

Debemos repensar los objetivos de la educación que procuramos a nuestros niños y a nuestros adolescentes, para que sean capaces de dar razones de lo que se plantean y de lo que hacen en sus vidas, aunque no coincida con lo de la mayoría. Esto lo asumirán mejor si ven que los adultos de su alrededor vivimos de esa manera.

Así son los profetas: Hombres y mujeres, personas que, escuchando lo que sucede a su alrededor y como eso está afectando no solo a la vida individual sino también a la colectiva, la de todas las personas, reflexionan, deciden y actúan con otros de cara a lo que puede ser mejor para todos.

Jesús «*se extrañó de la falta de fe*» en su tierra, en aquellos que Él también conocía desde siempre; por eso, denuncia lo que hay, lo que está sucediendo a su alrededor (las personas que más lo están sufriendo) y anuncia –cura– que esto se puede transformar.

Hay que llegar al fondo de la cuestión. Nunca debemos conformarnos con las cosas por el mero hecho de que son como “*las hemos conocido toda la vida*”; siempre se pueden mejorar para ayudar a las personas que las estamos viviendo en este tiempo.

Por ejemplo, el ejercicio de la autoridad a todos los niveles; la forma y el tiempo de trabajo remunerado y la dedicación al trabajo creativo y solidario con las personas y colectivos más desfavorecidos, etc.

Siempre debemos procurar dejar las cosas mejor que nos las hemos encontrado.

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós 7,12-15): *Ve y profetiza a mi pueblo.*

Salmo (84,9ab-10.11-12.13-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

2ª lectura (Efesios 1,3-14): *Él nos eligió en la persona de Cristo.*

Evangelio (Marcos 6,7-13): *Los fue enviando de dos en dos.*

A NACHO GAMBOA, elegido y enviado a trabajar en el mundo para propagar el Reino.

Suelen ser mal aceptados, quienes se atreven a decir la verdad, y más si lo hacen contra el parecer común y establecido de un grupo o una sociedad. Suelen ser “*tipos raros*”, rasgo que no sabemos si es un insulto (generalmente sí), o es un pipopo. Porque en tiempos de masificación encontrar alguien distinto puede ser, igualmente, síntoma de personalidad propia, madura y fuerte, como de enajenación.

Ante la religión suelen darse posturas que tienen mucho que ver con el ambiente y las convicciones extendidas entre la sociedad, o sea, con la moda. Hay momentos de increencia muy generalizada y hay otros de religiosidad muy sentida. Se ve que la relación con Dios tiene mucho que ver con nuestra apertura y relación con los demás. Lo que no deja de ser llamativo perteneciendo a esa dimensión tan personal y propia, tan individual y profunda que, se puede vivir solo entre “*un yo y un Tú*” a quien reconocemos con los atributos de “*el Absoluto*”.

El tipo de relación que se quiere mantener con Él lo establecemos cada uno “*Un Dios al gusto*”; cosa que la historia desmiente. Solo subsisten formas religiosas comunitarias. Las individuales, lógicamente, no se transmiten, porque son intransferibles o porque son solo pretensiones imposibles. Claro que cada uno tiene relación personal con la divinidad, pero eso no significa que sea una relación puramente individual y única sino que, la persona, lo vive con tal implicación interior que parece propia y exclusiva.

Un Dios a la carta o “*Sírvase usted mismo*”, es decir, hecho a medida de nuestras necesidades o proyectos ha sido y será siempre la tentación lógica del creyente y de las sociedades religiosas. Es una religión, ciertamente, pero engañosa, porque está proyectada e inventada por nosotros, para afianzar nuestras posturas, defender nuestros intereses y subrayar nuestra identidad.

Los antiguos tuvieron personas, como Amós, a quienes Dios encargó que hablaran en su nombre. Les solían hacer caso cuando ya se habían muerto, generalmente asesinados. Luego fueron haciendo unos escritos que les sirvieran de criterio, pero también iban matando a quienes se atrevían a escribir lo que no les gustaba. Después borrarón la descendencia de los profetas, para no tener gente molesta. Hoy, como entonces, sigue habiendo quien nos molesta y nos pide que revisemos como es el Dios en quien creemos. Un Dios que es un dios del que nos servimos a nuestro gusto.

La tentación de cualquier creyente no es el ateísmo sino hacerse un dios a la medida de sus comodidades y gustos. Así como la tentación de cualquier religión no es la infidelidad al mensaje sino caer atrapada en las redes del poder, en los criterios de normalidad cultural, del pensamiento imperante, lo políticamente correcto, lo que se lleva.

Dios despierta vocaciones. Eso que, habitualmente, llamamos “*pasión por algo*”. La vocación de profeta, como todas, podía ser una salida profesional retribuida, o podía ser una vida dura que, por la oposición de algunos, exigía vivir con esfuerzo. Si el profeta era fiel a Dios, una parte reaccionaba con ira. Si decía lo que halagaba los oídos, era despreciado, se notaba demasiado su cobardía. **¿Quién querrá asumir una tarea así?**

Amós, en medio de sus ocupaciones ordinarias, es decir, en medio de la sencillez de la vida, siente-escucha la llamada de Dios. Como Jeremías, como otros, no se había planteado esa posibilidad, pero recibe la invitación y responde que sí. Desde entonces su vida es otra. Apasionante y comprometida. Intensa.

Tener vocación es escuchar en el interior profundo, donde la propia personalidad se entiende como distinta, la invitación pronunciada con un: **¡VE!** Una expresión entre seductora y exigente. Algo que se intuye como prometedor y desafiante, atractivo e inquietante, pero sin lo que ya no se entiende la propia vida.

Es sentir que algo merece la pena y no pensar en la recompensa económica ni en la facilidad de su ejecución, sino en lo interesante de una propuesta que ya ejerce la misma presión que un caramelo en un niño o un pastel ante un goloso. Nuestra comunidad recibe y nos transmite esa misma vocación-invitación: **¡ID!**

Pero id en libertad y con libertad. No os atéis a prebendas ni regalos. No os carguéis con cosas que signifiquen peso. Prescindid de todo lo que no sea preciso. Dejad todos los “*por si acaso*”. Como el peregrino mete en su mochila lo imprescindible porque lo demás va a dificultar su caminar o como el montañero conoce la importancia de la sencillez y ligereza de equipaje para facilitar su avance en la pendiente.

Son muchas las cosas que pueden atarnos, muchos los señuelos que nos engañan y sujetan, inmensas las formas con que podemos ser atrapados en cargos, nóminas, riquezas, encumbramientos, prestigios, obediencias... Hasta determinadas prácticas religiosas piadosas y tradicionales pueden ser distracciones de lo realmente importante pero más difícil.

La llamada que nos dirige Jesús tiene las mismas connotaciones que la escuchada por Amós, Pablo, Pedro y tantos otros a lo largo de la historia. Nos quiere “*libres*”, dedicados a la proclamación de la gran noticia que Jesús nos trae y nos cambia. Que **«Dios es Padre»**, es decir, que “*somos hijos*”, libres, perdonados y convocados a ser una familia. No una religión de culto sino de relación. **¡¡¡Necesitamos de alguien que nos lo recuerde!!!**

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 23,1-6): *Reinará como rey prudente.*

Salmo (22,1-3a.3b-4.5.6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (Efesios 2,13-18): *Él ha hecho de todos los pueblos una sola cosa.*

Evangelio (Marcos 6,30-34): *Venid a un sitio tranquilo para descansar.*

Las cosas no marchan como es debido. La crisis de credibilidad y de esperanza, crisis mucho más profunda y bloqueante que la económica, está creando un estado de incertidumbre, que afecta no solo a algunos sectores de nuestra sociedad, sino al mismo sistema, ya que no puede traer la justicia y el desarrollo para todos.

Y esto es un signo de esperanza, ya que una cosa va quedando cada vez más clara: la desconfianza en los tres pilares sobre los que se apoya el actual sistema: el poder, el tener y el éxito-fama. Se necesita dar un salto cualitativo de carácter moral. El cambio de la sociedad no se realizará solo ni fundamentalmente por el derrocamiento de regímenes o gobiernos para poner otros, sino mediante el resurgimiento del pueblo, de modo especial de los oprimidos y excluidos. El resurgimiento se ha de comenzar desde abajo.

Un callejón sin salida será el que confiemos que la solución ha de venir solo de los que ostentan el poder y pueden enderezar la economía, ya que esa es la única manera de solucionar el gravísimo problema del paro. Es cierto, pero insuficiente. La crisis nos anuncia, como denuncia profética, que hay que colocar otras bases de la sociedad, tenemos que colocar como base a la persona, al pueblo concienciado como protagonista solidario.

Por ahí, puede caminar el resurgimiento de la nueva sociedad: rearmar moralmente al pueblo para que, recuperando el protagonismo, pueda partir y compartir, es decir, pasar de ser una masa sumisa que espera que todo se lo solucionen los poderes públicos, a asumir la conciencia de ciudadano responsable. No se niega la imprescindible función de la Administración y de la política, de los guías del pueblo, pero han de caminar en otra dirección.

El evangelio que hemos escuchado nos narra el regreso de los Doce, muy contentos de su misión evangelizadora: Jesús ante el acoso del pueblo, les propone descansar en un lugar solitario, solos. Pero al llegar al lugar que creían solitario, se encuentran con una gran muchedumbre. Jesús se da cuenta de la situación del pueblo y esto le provoca el mismo sentimiento que tuvo al encontrarse con el leproso; es la reacción propia del amor tierno ante la miseria y la degradación de la gente. Sentimiento que en el A.T. se atribuye a Dios. Lo que conmueve a Jesús es que la multitud estaba como ovejas sin pastor, desorientadas por el abandono de los dirigentes. Jesús asume el papel del Buen Pastor.

El evangelio nos presenta a los Doce que comparten con Jesús la misma misión: anunciar y curar. Cumplida su misión, se reagrupan en torno a Él para hacer un balance de lo realizado. Jesús les invita a descansar, estaban muy estresados: *«no tenían tiempo ni para comer»*. Lo importante y prioritario en la tarea pastoral es cuidar al pastor.

Encontrar ratos de descanso, saber descansar, se nos presenta como una necesidad vital. Hay que saber descansar, ya que el cansancio que más nos está afectando es un tipo de cansancio mucho más hondo que el físico; es un cansancio existencial, que consiste en realizar actividades sin saber *“por qué”*, ni *“para qué”*, ni sus consecuencias; es un vivir vacío, sin sentido.

Descansar es saber parar para vivir, reír, ser... Pero no es nada fácil descansar. Los problemas nos absorben y perdemos horizonte y visión. Estamos rodeados de mucho ruido fuera y dentro de nosotros, que nos incapacita para reflexionar y contemplar.

Por eso, es preciso que tomemos distancia para conseguir tener calma, para que miremos con objetividad todo lo que sucede a nuestro alrededor. Descansar es disfrutar de manera sencilla, cordial, entrañable, del regalo de la existencia; es hacer las paces en nuestro interior, reencontrarnos con lo mejor de uno mismo y posibilitar que reaparezca la capacidad de saber mirar y observar, es lo que se llama *“contemplación”*, a fin de descubrir toda esa vida rica que no se ve.

Jesucristo es el único y verdadero pastor. A los demás se les llama pastores del pueblo en cuanto que les representan o mejor transparentan sus rasgos. Un rasgo a representar es la *“compasión”*, ser capaz de compartir los sentimientos de los hermanos. Pues esto significa el término *“compasión”*: abrazar visceralmente los sentimientos o la situación del otro; sintonizar con la pena, el dolor o la miseria ajena.

Es lo que dice san Pablo: *«con los que ríen, estad alegres; con los que lloran, llorad... No tengáis grandes pretensiones, sino poneos al nivel de la gente sencilla»* (Romanos 12.15). Esta cercanía vivencial y acogida cordial y compasiva es tan fundamental y tan prioritaria que pide interrumpir el descanso y acercarse con calma a escuchar y compartir la situación de necesidad del otro. Así es como actuó Jesús, el verdadero pastor.

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Reyes 4,42-44): *Comerán y sobrarán.*

Salmo (144,10-11.15-16.17-18): *«Abres tú la mano, Señor, y nos sacias»*

2ª lectura (Efesios 4,1-6): *Sobrellevaos mutuamente con amor.*

Evangelio (Juan 6,1-15): *Lo repartió a los que estaban sentados.*

En nuestros ambientes cristianos consideramos que las personas estamos hechas por y para Dios, que Dios nos hace falta, que lo necesitamos para vivir; que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios y, por tanto, que no podemos estar completos ni realizados humanamente al margen del Creador.

Por todo ello nos sentimos profundamente cuestionados, y también inseguros, en una sociedad como la nuestra, en la que, por regla general, la religión no ocupa ya el primer plano, ni tampoco el segundo ni el tercero. La religión y particularmente el catolicismo se han hecho opacos para la mayoría de nuestros convecinos.

El proceso de secularización supone, que cuando las personas adquieren el nivel cultural, económico y social, posible en países desarrollados, como el nuestro, dejan de considerar lo religioso como algo significativo, que cuando las necesidades primarias están cubiertas y colmadas “*Dios ya no hace falta*”. Pero a los cristianos se nos hace ininteligible la idea de que alguien pueda prescindir así, radical y absolutamente de Dios, que siendo buenas personas, sin embargo, no tengan necesidad de Dios.

Esta imagen de lo cristiano, de lo religioso, que presenta a Dios y a la Iglesia desde una funcionalidad, para dispensar bienes y subsanar carencias, ha sido y es repetidamente propuesta y con frecuencia malinterpretada, mal utilizada y manipulada, oponiéndose, en realidad, a una defensa a fondo de la dignidad y libertad del ser humano. Si Dios hoy, solo hace falta a los ignorantes culturalmente, a los pobres económicamente y a los excluidos socialmente, no estamos hablando entonces del Padre de Cristo Jesús.

Según esa cultura, ser cristiano, seguir a Jesús y sentirse hijo de Dios implica un tipo de persona ignorante, pobre y marginado que lo busca para satisfacer sus necesidades materiales; muy distinto del que piensa y sabe que Dios nos hace falta hoy, porque sin Él nos encontramos completamente vacíos, que con Él, estamos más llenos y somos más humanos que sin Él.

Seguir a Jesús no es cuestión de interés, ¡muy al contrario! Si así fuese, la religión cristiana sería una superchería y un comercio espiritual. Esas personas que seguían a Jesús, como nos cuenta el relato del evangelio de Juan de la multiplicación de los panes y los pescados, no estaban realmente movidos por el interés sino por el asombro ante los signos que hacía Jesús. Antes que un hecho sobrenatural, el signo es una señal y un significado. Jesús realiza signos para señalar la presencia de Dios en el mundo, es decir, para dar un significado a ese mundo más allá del que en sí mismo pueda contener.

Nuestro mundo está, sin duda, hambriento. Hay muchas carencias y de muchos tipos: materiales, económicas, psicológicas, educativas, afectivas... Las personas, además, se definen por lo que les falta o por lo que todavía no son, y así es como proyectan llegar a ser algo siempre diferente y presumiblemente mejor. Estamos marcados a fuego por la insatisfacción; ella es la que nos anima a cambiar continuamente, a transformarnos y querer alcanzar cada vez metas mayores.

Jesús, debido a que conocía a fondo esta condición humana, sabía detectar las necesidades de los hombres y mujeres de su tiempo. Es el Hijo de Dios que se preocupa por sus criaturas, que las convierte en hijos por los que desvelarse, y hace como todo buen padre: no puede dormir sabiendo que su hijo no se encuentra bien del todo. Jesús conoce también hoy nuestra hambre que, como entonces, no busca meramente ser saciada, porque no se trata solo de hambre de pan de trigo sino del hambre constante de un pan que no se puede comprar en la panadería.

El pan de nuestra hambre no se compra sino que se comparte; no es el resultado de un intercambio comercial, dar algo a cambio de otra cosa para satisfacer a ambas partes del trato, sino de una relación de amor y amistad. Cuando en el relato evangélico Jesús no da de comer sino que “*anima a dar de comer*”, aunque se tenga tan poco como cinco panes y dos peces para compartir, enseña que lo importante no es comer sino cómo haber comido. La mejor forma de hacerlo pasa por valorar lo que cada uno pueda aportar, reconociendo cómo estamos llamados todos, tal y como decía san Pablo a los Efesios, a estar unidos por el amor.

Este pan compartido entre todos y engrandecido por el amor divino deja realmente satisfechos a los que lo comen. Pero la satisfacción no es porque las tripas hayan dejado de rugir, sino porque los corazones han quedado ensanchados. Por eso este pan, que simboliza el amor fraterno, el de los hijos dignificados de Dios, sobra, sobreabunda y puede dar de comer a muchos más, a todos, a nosotros también, dos mil años después.

Ciertamente no nos hace falta hoy un Dios panadero que cubra nuestras necesidades como si de una función se tratara; descubrimos al Padre de Jesucristo que nos da más de lo que necesitamos, cuyo amor no solo nos llena sino que ante todo nos desborda.

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 16,2-4.12-15): *Es el pan que el Señor os da de comer.*

Salmo (77,3 y 4bc.23-24.25 y 54): *«El Señor les dio un trigo celeste»*

2ª lectura (Efesios 4,17.20-24): *Vestiros de la nueva condición humana.*

Evangelio (Juan 6,24-35): *Yo soy el pan de vida.*

La semana pasada veíamos a una muchedumbre que tiene hambre y que Jesús al ver la angustia de aquellas personas, siente compasión por ellas y realiza el signo de la multiplicación de los panes. Pero aquellas gentes que se han visto saciadas, se olvidan del hambre y aclaman a Jesús. Pero esta es una aclamación interesada: *«me buscáis no porque hayáis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros»*. Esta es también la tentación que tenemos nosotros hoy: ver saciadas nuestras necesidades y olvidarnos de los demás.

Estamos en plenas vacaciones, descansando para “cargar pilas” y ponernos en marcha con energías renovadas, pero también en este tiempo vacacional de asueto y descanso, no podemos cerrar los ojos ante las muchedumbres hambrientas que tenemos a nuestro alrededor y que no nos pueden dejar indiferentes, porque, si esto es así, nos ocurrirá como a aquellos galileos, que iremos a buscar a Jesús a la orilla del lago y Jesús habrá desaparecido, porque cuando nos despreocupamos de los demás no podemos ir al encuentro con Jesús.

Contemplamos muchedumbres hambrientas, víctimas del paro, de la crisis que venimos padeciendo hace ya demasiado tiempo, crisis producida por el egoísmo y la injusticia; por eso el paro, el hambre, el desahucio y la miseria de tantas personas es signo y consecuencia de opresiones más profundas, opresiones producidas por nuestra sociedad y, debiéramos recordar lo que Jesús dijo: *«Dadles vosotros de comer»*; que eso, es responsabilidad nuestra.

Las carencias “*materiales*” de los que están privados del mínimo vital y las carencias “*morales*” de los que están mutilados por el egoísmo, son producidas por las estructuras opresoras que provienen del abuso del tener o el abuso del poder, de la explotación de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones comerciales.

Para remontar de la miseria a la posesión de lo necesario y lograr la victoria sobre las calamidades sociales, es necesaria la ampliación de conocimientos, la adquisición de la cultura, el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza, la cooperación en el bien común, la voluntad de paz...

Por eso, calmar el hambre de las muchedumbres no es solo darles pan hasta saciarse, sino crear las condiciones de justicia y equidad para que este pan no le falte a nadie. Pues no basta con alimentar a los que tienen hambre, es necesario, además, asegurar a todo hombre una vida conforme a su dignidad.

«Maestro, ¿cuándo has venido aquí?». Eso mismo podríamos preguntar nosotros muchas veces, sobre todo cuando al encontrarnos desorientados no sabemos adónde ir, no sabemos qué hacer, y entonces la presencia de Jesús nos interpela y, de alguna manera, nos desconcierta. Esto nos pasa porque, cuando consciente o inconscientemente lo buscamos, no lo hacemos con sinceridad sino siguiendo nuestros propios intereses.

Por eso también nos dice a nosotros lo mismo que a aquella multitud: *«Os lo aseguro: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros»*. Cuando, en lugar de buscar el pan egoísta, en lugar de despreocuparnos de los demás, buscamos partir y compartir el pan con los más necesitados, entonces comenzamos a trabajar por el *«alimento que perdura y da vida eterna»*, es entonces cuando encontraremos a Jesús.

No podemos aferrarnos a nuestras comodidades, instalarnos en la indiferencia; tenemos que vivir el riesgo de la fe, atravesar el desierto, sin añorar, como los israelitas, *«las ollas de carne de Egipto»*, unas ollas que recuerdan la instalación y la ausencia de riesgo, pero también la ausencia de libertad. Seguir a Cristo hoy es seguir al nuevo Moisés, al auténtico liberador que nos alimenta con el verdadero pan del cielo, el único pan que puede dar sentido a nuestra existencia.

Alimentarnos con el “*pan del cielo*” es vivir con Cristo la travesía del desierto hacia la Tierra Prometida; y caminar hacia esta tierra es caminar con Cristo, Pan de Vida, compartiendo el pan material con aquellos que carecen de lo más necesario y, sobre todo, saciando el hambre de aquellos que tienen hambre y sed de justicia.

Aquellos oyentes de Jesús, ante la exhortación a trabajar por el “*alimento que perdura*”, responden con una evasiva: **¿Cómo podremos ocuparnos en los trabajos que Dios quiere?** Es la tentación de querer atrapar a Dios en nuestros esquemas, establecer una especie de comercio con Dios. Y la respuesta es la misma: La llamada a vivir la fe con autenticidad, una fe que implica testimonio y compromiso, una fe viva que actúa por amor.

Vivir la fe exigirá de nosotros una auténtica conversión que nos saque de nuestras instalaciones y nos lleve a trabajar por el alimento que perdura en medio de nuestro mundo, a vivir en la sociedad actual un compromiso auténtico de fe mediante nuestro testimonio de vida y eso supondrá escuchar atentamente las palabras del apóstol en la segunda lectura: *«Dejad que el Espíritu renueve nuestra mentalidad, y vestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas»*.

No nos durmamos ni aún en vacaciones, sino que frente al hambre, que es signo de opresión y de muerte, tiene que surgir el hambre de justicia para repartir el auténtico pan, que es signo de liberación y de vida.

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19,4-8): *¡Levántate, come!*

Salmo (33,2-3.4-5.6-7.8-9): *«Gustad y ved que bueno es el Señor»*

2ª lectura (Efesios 4,30-5,2): *Desterrad de vosotros la amargura.*

Evangelio (Juan 6,41-51): *El que coma de este pan vivirá para siempre.*

La Biblia es toda ella un mensaje de gozo y esperanza definitivos. Al final de la Historia, personal y colectiva, Dios será todo en todos, y más allá de nuestros fallos en la fe, la esperanza y el amor que nos unen a Dios y a los hermanos, nos asegura a todos la felicidad eterna que Dios nos ha entregado en su hijo Jesucristo. Lo cual no quiere decir que esa felicidad sea algo pasiva y resignadamente esperada. Una religiosidad así entendida daría la razón a quienes dicen que la religión es el “*opio para el pueblo*”. El mensaje bíblico, las palabras de Jesús, su muerte injusta y su resurrección gloriosa son una promesa de bienaventuranza eterna para nuestro quehacer diario. “*Dios nos quiere felices aquí y ahora, a todos*”.

Bienaventurados los que “*ya aquí y ahora*” trabajan por la justicia y la honradez en las relaciones humanas. Dichosos “*ya aquí y ahora*” quienes se esfuerzan por construir la paz. Quienes así obran han resucitado “*ya aquí y ahora*” con Cristo, y su vida está con Cristo escondida en Dios. Lo cual no impide que comprendamos bien la angustia del profeta Elías: «*Ya basta, Señor*», decimos también tú y yo aunque no hayamos llegado a su agotamiento en el servicio al Señor.

Hay en el mundo demasiado sufrimiento de inocentes, de pobres y oprimidos. Mucho discurso vacío e hipócrita, pronunciado desde un confort insultante, hay mucho mecanismo perverso. No hay “*mercados libres*”. Hay mercaderes sin entrañas, nepotismo en la adjudicación de cargos y prebendas, sueldos y retiros vergonzosos, fraude fiscal, evasión de capitales... Demasiado dinero robado a los pobres.

Y entre nosotros, los creyentes, hay mucho silencio cómplice, mucho vivir burgués, mucha apatía e indiferencia. Demasiada mesa compartida con los ricos y poderosos, y muy poca con los “*Lázaros*”. Falta entre nosotros aliento profético, audacia para anunciar el Evangelio a los pobres, con la libertad y valentía a las que nos invita Jesús: «*¡No les tengáis miedo!*».

En el texto del Libro de los Reyes que hemos escuchado, el profeta Elías se siente al borde de la muerte. Ya no puede más. La persecución y el desierto han agotado sus fuerzas. Parece que Dios ha olvidado a su profeta. Se tumba bajo una retama y se queda dormido. Por dos veces, el Señor le despierta: «*¡Levántate, come!, que el camino es superior a tus fuerzas*». Elías se levantó, y, con la fuerza de aquel alimento, caminó hasta el monte de Dios. En el Horeb, Elías encontrará a Dios en una suave brisa. Después seguirá su camino, a la misión a la que Dios le envía.

El pan cocido y el jarro de agua han dado fuerza al profeta. También el pueblo de Israel fue alimentado por Dios con el maná en su caminar por el desierto hacia la tierra prometida. Pero «*vuestros padres murieron*», dice Jesús, que llevará a plenitud estos signos de pan, de fuerzas, de camino: «*Yo soy el pan de la vida. El que coma de este pan vivirá para siempre*». Los judíos critican las palabras de Jesús. A medida que va progresando el discurso de Jesús, aumenta también el rechazo por parte de muchos. **¿De dónde le vienen estas pretensiones? ¿Qué es eso de que “ha bajado del cielo”?** Conocemos bien quienes son su padre y su madre.

Debiéramos hacer un ratito para leer de un tirón las escasas páginas que ocupan en la biblia este capítulo sexto del evangelio de Juan y descubrir toda la grandeza del texto, los sentimientos y el desahogo de Jesús, y la respuesta de los discípulos. Leer este rico relato repartido en cinco domingos de verano hace muy difícil contemplar a Jesús en un momento clave de su vida y escuchar unas palabras que también ellas llevan vida eterna.

La importancia del texto no se agota en la figura de Jesús. Pasa al discípulo, que si quiere caminar hacia Dios, habrá de sufrir “*la dureza del camino*”, la persecución, el rechazo y la incompreensión de los de fuera y de los de dentro, los deseos de abandonar una tarea que desborda sus fuerzas. Le quedará siempre, y a pesar de todo, la fidelidad y el apoyo de unos pocos, que hacen causa común con él. Y por encima de toda circunstancia, la cercanía, la suave brisa y el Espíritu de un Señor, su único Señor, que nunca le abandona. Apoyado en Él, encontrará siempre fuerzas para reiniciar el camino hacia la cumbre del monte santo de Dios.

Hemos venerado mucho, y hacemos bien, el Cuerpo y la Sangre de Cristo; pero hemos relegado con frecuencia a un muy segundo plano los adjetivos que los acompañan: Cuerpo “*entregado*”, Sangre “*derramada*”. Quienes comulgamos a Cristo estamos llamados a reproducir la entrega de quien se nos da en alimento. Comulgar con el Cuerpo y la Sangre de Cristo es hacer nuestro el proyecto de Jesús, todo su amor y su pasión por el Reino del Padre, por hacerlo presente en las realidades humanas.

LA ASUNCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11,19a; 12,1.3-6a.10ab): *Una mujer coronada de estrellas.*

Salmo (44,10bc.11-12ab.16): *«De pie a tu derecha está la reina, enojada con oro de Ofir»*

2ª lectura (1ª Corintios 15,20-27a): *Todo lo ha sometido bajo sus pies.*

Evangelio (Lucas 1,39-56): *¡Bendita tú entre las mujeres!*

El lenguaje, tanto el verbal como el imaginario, no es indiferente ni neutral; como tampoco lo es la intención del que habla y la forma en la que se dicen las cosas. Mucho más complicado es aún, cuando se trata del lenguaje religioso. Cuando nos acercamos a la Asunción de María y buceamos en su lenguaje, encontramos verbos como: “subir”, “entrar” y “ascender”; sustantivos como: “cielo”, “santuario” y “gloria”; adjetivos como “alto” y “arriba” y nuestra imaginación se desliza, sin que queramos a unos cielos que están “por encima nuestra” y a la Virgen que “entra en un mundo superior”.

La Iglesia, en la liturgia de este día, despliega toda la hermosura del lenguaje. Una mujer de nuestra raza, “uno de los nuestros”, en lenguaje coloquial, “ha entrado en la gloria que Dios nos tiene destinada”. **¿Cómo no pararse a pensar, a meditar y a bendecir la obra de Dios en María? ¿Cómo no admirarse por el futuro que nos espera y que ya se ha hecho realidad en María?**

La fe cristiana, nos asegura un futuro con Dios. Esta certeza tiene su origen en la Resurrección de Cristo; Él es el que vence al terrible enemigo acechante, que es la muerte, y el que nos abre las puertas de la Vida de par en par. Y, esa verdad, es lo que celebramos en la Asunción, que la primera persona “humana” que ha entrado en la plenitud de Dios, la primera “resucitada”, tiene nombre: **MARÍA**.

El lenguaje, tanto verbal como imaginario, recobra vigor, luz y sentido. La “subida” no es a un “lugar cósmico” que los científicos no encuentran; los “cielos” no hay que ponerlos “encima de nuestras cabezas”; las imágenes con que lo representamos no deja de ser una forma, a veces ingenua, a veces naif, a veces embelesada, de una realidad que supera nuestra imaginación o la destreza de un artista. La liturgia nos lo describe de forma bellísima: **«era imposible que conociera la corrupción del sepulcro la mujer que llevó en su seno al autor de la vida»**.

Imaginemos una persona que no piensa nunca en el futuro. Probablemente no es posible. Aunque solo sea para poder levantarse por la mañana, para tener la ilusión de formar una familia, comprar una casa, soñar con un viaje, hay que traspasar la puerta de lo cotidiano, del presente. Las personas necesitamos saber que existe el “día de mañana”: para trabajar, para proyectar, para soñar, para ilusionarnos. Morir es sinónimo de “renunciar al futuro”, y un veredicto muy serio es decir de alguien “ese no tiene futuro”. Es como si lo sentenciáramos, ya en vida, a la muerte.

Es distinto si pensamos en un “futuro” después de esta vida. Hay personas que no creen que la vida traspase el último suspiro del ser humano. Estas personas, legítimamente, tiene que plantearse una vida con sentido, pero tienen que limitarse a los años terrenos; tienen que renunciar a un futuro con Dios.

La fe que se profesa a un Dios-creador, al Señor de la Historia, de la Vida y de la muerte, confiesa que hubo un pasado, que hay un presente, y que hay un futuro. Ese futuro no es el fruto maduro de nuestra ilusión (¡pobres de nosotros, mortales, débiles y caducos!), sino que es el don mismo de Dios para la humanidad.

La fe que se profesa a un Dios que es Amor, no puede luego explicar que su amor tiene fecha de caducidad o que es limitado a un tiempo y a una geografía. Menos aún podríamos entregar nuestra fe confiada a un Dios que se revela como amor solo de forma fragmentada, sectorial, reducida, parcial. La fe en Dios abre el presente al futuro; hace que la vida cotidiana se explye en una realidad de vida que no se acaba en los límites de nuestra corporalidad, de nuestros días, de nuestras ilusiones, por nobles que sean.

Celebramos en esta solemnidad de la Asunción la gloria de María, la mujer que llevo en sus entrañas al mismo Dios, y, a la vez, es la confirmación de que la humanidad tiene futuro. María, en esta fiesta, es imagen de toda la Iglesia y de toda la humanidad.

La Iglesia acoge en la fe y en la obediencia el designio salvífico de Dios; la humanidad grita que no quiere morir para siempre, que quiere un futuro con Dios. María ha culminado el camino y, como fruto precioso y real para nosotros, es presentado y celebrado. La Solemnidad de hoy no es solo “contemplación” de una realidad hecha cierta en María, sino “celebración” anticipada de nuestro futuro con Dios y en Dios.

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Proverbios 9,1-6): *Venid a comer de mi pan.*

Salmo (33,2-3.10-11.12-13.14-15): *«Gustad y ved que bueno es el Señor»*

2ª lectura (Efesios 5,15-20): *No seáis insensatos, sino sensatos.*

Evangelio (Juan 6,21-58): *Este es el pan que ha bajado del cielo.*

Los hombres y mujeres de hoy, inmersos en una cultura técnica y utilitarista, y tantas veces superficial, tenemos dificultad para abrir los ojos y percibir el significado profundo de las cosas. Parece que estuviéramos ciegos para ver más allá del interés inmediato, de la utilidad técnica, de la ganancia económica, del pálido brillo de las estrellas mediáticas, etc. Y, sin embargo, desde siempre, la persona y las sociedades son buscadoras y generadoras de símbolos que les respondan a las grandes preguntas, que les introduzcan en dimensiones existenciales de profundidad, que les lleven más allá de los límites de la realidad.

Toda persona, con sensibilidad, es capaz de leer e interpretar el mensaje inscrito en las cosas, en el mundo, en las personas. El ser humano es capaz de intuir en un instante la eternidad, en el mundo y en la naturaleza, del Dios creador. Es en ese momento de lucidez cuando lo cotidiano, lo sencillo de las cosas y de la vida se convierten en señales de lo permanente, de la plenitud,... y, el mundo en sacramento de la presencia de Dios. *«Cuando las cosas comienzan a hablar y el hombre a escuchar sus voces, entonces emerge el edificio sacramental. Todo lo real no es sino una señal de otra realidad, realidad fundante de todas las cosas, de Dios»* (Los sacramentos de la vida, de L. Boff).

Vivimos un profundísimo cambio cultural, y los ritos sacramentales que no hace tanto tiempo eran comprendidos y vividos con naturalidad, hoy, debido a este cambio, se perciben antiguos. Pensemos en las dificultades por las que atraviesa la Iglesia para hacer viable la evangelización. Escuchemos lo que dicen las generaciones jóvenes sobre los ritos cristianos. Para la gran mayoría son ritos anacrónicos que apenas le dicen nada.

Y, sin embargo, hay en todo ser humano un deseo siempre insatisfecho que no se cansa de buscar, hay una vocación para el encuentro y la plenitud. **¿Cómo recrear los ritos sacramentales para que sea visible, para el hombre y la mujer de hoy, el agua de la vida que transcurre por ellos? ¿Cómo acompañar a tanta gente que busca encontrarse con lo mejor para que puedan descubrir en sus vidas y en la vida que les rodea las señales de Otra presencia?** Habrá que “mirar aguas arriba”, a Jesucristo, a la gran tradición cristiana; y “mirar aguas abajo”, al hombre de hoy, a la sociedad actual, a sus problemas, a sus búsquedas, para hacer experiencia sacramental de Dios que siempre está como lo más real de la realidad.

Es sorprendente el realismo sacramental de este pasaje del evangelio de Juan. Frente a una concepción inadecuada de la cena, el Señor, que la veía solamente como un símbolo, el evangelista afirma que se trata de una verdadera comida, en la que participamos de la carne y de la sangre de Cristo (“Carne y sangre” es una expresión de la cultura semita que indica “toda la persona”). Es toda la persona de Jesús, el Cristo, la que se hace presente y actúa.

Él, parte para nosotros el pan de su cuerpo *«tomad y comed... porque esto es mi cuerpo»* y nos da a beber el vino de su sangre *«tomad y bebed... porque esta es mi sangre»*. Juan había comenzado el evangelio diciendo: *«la palabra se hizo carne»* (Juan 1,14), y ahora nos dice que hemos de comer su carne si queremos tener vida. Para el evangelista y para la Iglesia, la eucaristía es la prolongación en la historia de la encarnación de Dios. Es Dios con nosotros, en Jesucristo.

«El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo vivo en él» (Juan 6,56). Comer la carne y beber la sangre de Jesús significa encontrarnos personalmente con Él, entrar en su vida y dejar que Él entre en la nuestra. Y, por eso, participar de la eucaristía lo llamamos **«comunión»**; común unión, unión con Jesucristo.

Es un encuentro, una “comunión”, con toda su persona, con toda su vida, con el modo en que vivió, con el sentido que dio a su vida y a su muerte. El evangelio que leemos en la eucaristía nos recuerda, para que no caigamos en la magia o en el consumismo sacramental, con quién comulgamos, quién y cómo es ese Hijo del hombre que quiere unirse a nosotros y se nos da como comida y bebida.

Sabemos que ser cristiano implica conocer y seguir a Jesucristo. Pero, realmente, los cristianos, la Iglesia **¿queremos conocer a Jesús? ¿Deseamos identificarnos con Él y con el modo en que vivió?** Cuando la eucaristía la vivimos solo como un rito, nos perdemos el encuentro con Él. Hemos acudido a tantas misas, estamos tan acostumbrados al rito, que difícilmente sospechamos la profundidad de lo que celebramos: **un encuentro real con Cristo.**

En el lugar que los otros evangelistas colocan el relato de la última cena Juan nos regala el relato del lavatorio de los pies. No es una casualidad. Juan quiere decirnos bien claro que quien es Eucaristía, Jesús, ha pasado por la vida sirviendo, y que quien participa de esa cena ha de hacer lo mismo que Él: *«Os he dado un ejemplo para que vosotros hagáis, los unos con los otros, lo mismo que yo os he hecho»*. Los cristianos somos llamados y enviados para ser sacramento de Jesús en medio del mundo, para ser buen pan y vino excelente. En esto conocerán que somos discípulos suyos, en que nos parecemos a Él, en que vivimos desde Él y como Él.

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Josué 24,1-2a.15-17.18b): *¡Es nuestro Dios!*

Salmo (33,2-3.16-17.18-19.20-21.22-23): *«Gustad y ved que bueno es el Señor»*

2ª lectura (Efesios 5,21-32): *Sed sumisos unos a otros con respeto cristiano.*

Evangelio (Juan 6,60-69): *¿También vosotros queréis marcharos?*

Se está dando en la actualidad un tipo de esclavitud nada fácil de tomar conciencia de ella; es muy sutil, ya que es una esclavitud profunda; es la esclavitud del espíritu en sus expresiones más específicas: la esclavitud del pensamiento y de la conciencia. Además, es una esclavitud a gusto, más aún, nos sentimos orgullosos de aquello que nos esclaviza, pues ni siquiera se puede concebir otro tipo de existencia del que nos ofrece la sociedad actual.

Liberarse de esta nueva esclavitud no es nada fácil, ya que nos hemos convencido de que se vive mejor secuestrado, encarcelado. Tenemos miedo a romper las ataduras, a destruir los muros, que nos tienen encerrados y no queremos ser liberados, pensamos y creemos que así se vive más seguro.

Situación trágica y difícil, ya que para disimular la propia esclavitud, la profunda inseguridad y desnudez, la rodeamos de cosas externas a nuestro propio ser, llegando a confundir lo que se tiene con lo que uno es, incluso llegamos a creer que se es más, porque se tiene más y hacemos ostentación estúpida de nuestras “posesiones”, como si ellas fueran mi propio yo con el fin de ser apreciado por lo que tengo y no por lo que soy.

La persona ha quedado excluida, marginada, ya que el ser humano es estimado y triunfa por lo que tiene y consume; si no tiene, ni consume, no cuenta, es un ser sobrante, es invisible.

La multiplicación de los panes provocó tal entusiasmo entre la gente que decidieron “democráticamente” hacerle rey, pero Jesús, al darse cuenta de lo que pretendían, se retiró de nuevo al monte, se negó a que le proclamasen rey, lo que decepcionó profundamente a la gente, originándose una gran crisis.

El mensaje de Jesús, es incomprendido, no es aceptado. No se acepta (no aceptamos) el Dios que Jesús revela en sus palabras, en su conducta y en sus gestos y signos: Un Dios amor, misericordioso y compasivo, que no nos desborda por su grandeza, sino que revela su gloria en la debilidad e impotencia de sus criaturas; no en el triunfo, sino en el fracaso de la cruz.

Jesús se esforzó por testimoniar este amor de Dios. Amor difícil de creer por la gente que vive (vivimos) inmersa en un mundo material, donde lo único que parece interesar es lo inmediato de la vida y sacarle el mayor jugo posible. En este mundo Jesús siguió otro camino e intentó revelarnos que existe otra realidad, otra dimensión: el amor de un Dios que llega a solidarizarse y compartir su vida y su gloria con los seres humanos; pero Jesús era consciente de la inutilidad del amor en un mundo marcado por unos valores materiales y oprimido por el fuerte ídolo-dinero.

Jesús amaba a los seres infelices, a los pobres, a los pecadores, pero también sabía que en cuanto percibieran la inutilidad de dicho amor, se marcharían. Pues, a fin de cuentas, la dura realidad nos enseña que lo que buscan los seres humanos son resultados prácticos, tangibles; todos buscan su beneficio, su propio interés; el egocentrismo les incapacitaban para abrirse a la realidad de las obras de Jesús. Aquí comenzó la pasión de Jesús, a quien se le buscaba, no por el don del amor de Dios, sino por los prodigios que era capaz de realizar.

A las expectativas judías de un Mesías-rey poderoso, Jesús responde revelando su gloria en la debilidad e impotencia humana. Esta forma de amar desconcertó, decepcionó, por eso, se marcharon dejándolo solo, ya que lo que buscaba la gente no era el amor, sino una utilidad terrena.

“Esta doctrina es inadmisibles”. A Jesús se le tilda de inútil; pero Jesús descubrió que en el centro de la infidelidad estaba el dolor mezclado de soledad, de falta de amor y era precisamente el amor lo que necesitaban. El hombre necesita sentido: que el vacío existencial producido por la ausencia de amor es la enfermedad más profunda y la raíz de toda marginación.

Jesús conocía esta zona reprimida de los seres humanos; conocía el anhelo y necesidad del hombre del calor, de la ternura maternal, de la presencia de un hogar. Jesús nos revela una imagen de Dios más parecida a una madre, que participa de los sufrimientos de sus hijos y los acompaña en su llanto.

La ceguera está en no verlo, en rechazarlo, en matarlo. Pero la muerte no fue capaz de matar al AMOR. La incapacidad de los discípulos para entender a Jesús, su forma de amar y de actuar simboliza nuestra incapacidad para comprender la naturaleza del amor de Dios.

Este Jesús, tildado como loco, escandaloso, peligroso precisamente por ser inútil, se ha convertido en sentido y esperanza para el hombre y para el mundo: «Señor, ¿a quién vamos a acudir?, solo Tú tienes palabras de vida eterna».

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 4,1-2.6-8): *Ponedlos por obra.*

Salmo (14,2-3a.3bc-4ab.5): *«Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?»*

2ª lectura (Santiago 1,17-18.21b-22.27): *Llevala a la práctica.*

Evangelio (Marcos 7,1-8.14-15.21-23): *Dejáis los mandamientos para aferraros a la tradición.*

Cómo chirria, (sobre todo a la gente joven) lo institucional: partidos políticos, sindicatos, ejército, monarquía... y particularmente la Iglesia. Ella representa socialmente la peor de las instituciones: las normas, la jerarquía, el simbolismo uniformista, las tradiciones, la rigidez e inmovilidad...; nos dice tan poco, por lo general, el comunicado de un obispo o la homilía de un cura, que la ignorancia hacia la Iglesia resulta ser, entre los jóvenes, la tónica general.

La indignación por la situación política, económica y social en España: los casos de corrupción, las prebendas de banqueros y políticos, etc., se han convertido en guerra entre “partidos de derechas” y “partidos de izquierdas”, y, para muchos sectores de la sociedad, en indignación contra la Iglesia-institución: Los acuerdos Iglesia-Estado, los beneficios fiscales, la exención del I.B.I., el patrimonio o las clases de religión...

Aunque se lancen mensajes coherentes y significativos desde la Iglesia o desde sus instituciones: Orfanatos, asilos de ancianos, Cáritas, voluntariado..., sus contra-mensajes y contraejemplos son mucho más fuertes y eclipsan del todo esa posible buena noticia.

Jesús nunca evitó el conflicto necesario ni calló ante la injusticia patente, de la lectura del Evangelio que proclamamos en este domingo, podríamos extraer una imagen de Jesús como héroe, pero más que heroicas, sus palabras son comprometidas y comprometedoras y dirigidas también a nuestra Iglesia.

La Ley judía había sido proclamada inicialmente a raíz de una serie de experiencias de lucha contra la injusticia, en las que YHWH se descubría como protector de los débiles y necesitados de Israel, y se habían plasmado muy expresivamente en aquel precepto que obligaba al pueblo a ocuparse de inmigrantes, huérfanos y viudas.

Sin embargo, poco a poco las leyes y preceptos habían engrosado y aumentado en número excesivamente. La Ley ocultaba a las personas por cuya protección se había dictado. La Ley se había convertido en una esclavitud, en lugar de ser un instrumento de liberación.

Ello había ocurrido porque el pueblo judío había confundido la justicia con la tradición y convertido las tradiciones en normas rígidas y prescriptivas. La tradición se hizo pesada hasta el extremo: una carga insostenible. La moral eclesíástica se olvida también de que las costumbres no son otra cosa que formas de comportamiento repetidas, y que no por ello se convierten en ley. Y, sobre todo, nunca estas tradiciones han de colocarse por encima de la libertad, la dignidad y la singularidad de las personas.

Lo que denuncia Jesús es que este proceso no es ni inocente, ni accidental, ni inconsciente, ya que conlleva una obstinada hipocresía. Desde el momento en que uno es consciente de los beneficios que conlleva para él mantener una situación injusta y los perjuicios que supone para los otros, a él sometidos, ese individuo es responsable y culpable de injusticia.

La Ley se convierte en una excusa y justificación colectiva, que Jesús ataca directamente. Una Iglesia que sabe el sufrimiento que causan las normas al pueblo pero no pone remedio a ello, condenando así la felicidad de las personas, es hipócrita y culpable.

La hipocresía de la Ley no tiene poder suficiente como para ofuscar el corazón y sus razones. De él proviene, como dice Jesús, lo mejor y lo peor en lo que puede convertirse el ser humano. Pero solamente bajando a sus profundidades, y reclamando para él esa autenticidad que la Ley suprime, las personas pueden reconocerse en su individualidad, valorarse en su dignidad y, sobre todo, amar y ser amadas de verdad.

Así es como ama Dios, así Jesús aprendió a amar frente a la esclavitud de la moralina eclesial y así nos dijo que teníamos que amar nosotros: *«Igual que el Padre me demostró su amor, os he demostrado yo el mío. Manteneos en ese amor mío.../... Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros igual que yo os he amado».*

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 35,4-7a): *Sed fuertes, no temáis.*

Salmo (145,7.8-9a.9bc-10): *«Alaba, alma mía, al Señor.»*

2ª lectura (Santiago 2,1-5): *No juntéis la fe con el favoritismo.*

Evangelio (Marcos 7,31-37): *Effetá, esto es: Ábrete.*

Comenzamos a construir nuestra propia personalidad, colocando como cimientos, lo que nos han aportado nuestros padres, nuestros educadores, nuestros amigos y lo que hemos ido aprendiendo por nosotros mismos. Además de lo que percibimos y cogemos de cuantas personas que, a lo largo de nuestra vida, establecen alguna relación con nosotros, y así seguir creciendo con las nuevas aportaciones.

También interviene, y mucho, la influencia que ejerce sobre cualquier persona: el ambiente en que se mueve, el tipo de ocio que consumimos, los medios de comunicación que nos ¿informan?, las gente con que se relaciona y el proceso educativo que haya tenido.

Entre unos y otros hemos conseguido que cada uno vayamos a nuestra bola, tengamos el tiempo muy ocupado y la agenda muy llena. No tenemos tiempo para nadie y nada nos cabe en nuestro espacio; todo es muy privado e individualista y casi nada hay de colectivo y de público. Andamos todos como con seudónimo; no conocemos a nadie y nadie nos conoce a nosotros.

Lo que decimos de las personas, se puede trasladar a los grupos cerrados en sus intereses políticos, sociales, nacionalistas, religiosos...; también a los países súper desarrollados y a los acuerdos entre los poderosos para aumentar su seguridad, su capital, su armamento y sus ejércitos.

Nos hemos acostumbrado a mirar para otro lado o a que las dificultades de los demás formen parte de lo cotidiano. Nos decimos: *“Vive y deja vivir”*. Miramos hacia adentro y se nos olvida lo que sucede en el exterior, o lo dejamos para cuando nos sobre algo de tiempo.

Suele pasar que no siempre sabemos colocarnos en nuestro sitio en la sociedad, en la iglesia, en los grupos humanos; y, entonces, como en el teatro, viene alguien y nos dice que nos movamos porque ese lugar corresponde a otra persona y ese no es nuestro sitio. **¿Qué hacemos entonces?** Pensemos que no siempre sucede esto para colocarnos en un lugar peor; en ocasiones, como en el evangelio es para *“ascender”*.

Jesús se da cuenta de que el sordomudo no está en su lugar, no puede comunicarse con las personas de su entorno y, en consecuencia, le resultará difícil colaborar en la elaboración de nuevos proyectos. Como en otros pasajes, algunas personas se dan cuenta de la situación de esa persona y la acercan a quien puede liberarla, soltarle las ataduras para que pueda moverse por su cuenta en los ambientes de los hombres libres. Debemos pues *“escuchar y hablar”*.

No siempre resulta sencillo iniciar una tarea y dejar a otros que la continúen; porque sucede que casi nunca los demás hacen las cosas como nosotros las habíamos planificado. Hay ocasiones, incluso, que cuando otras personas las concluyen no se parecen en nada a como las habíamos pensado y planeado.

Esto ocurre, en ocasiones, cuando se trata de educar personas porque se nos olvida algo muy importante, y es que la participación de cada uno en el proceso hace que a base de contrastar y de poner cada cual la forma de ver el proyecto, aparecen formas nuevas que nadie habíamos previsto. Tenemos pues que *“hacer y dejar hacer”*.

Cada uno de nosotros somos los que forjamos nuestra propia identidad, introduciendo no solo el cómo nos ven y nos piensan los demás, lo cual son cosas de nuestro pasado, sino también cómo percibimos nosotros las cosas en el presente y cómo queremos construir nuestra persona para un futuro que es de todos.

En ese trabajo de construir futuro es donde debemos insistir en la educación de las personas que están realizando procesos formativos. Es ahí donde debemos mostrar que sólo siendo solidarios entre nosotros se puede construir un futuro más justo para todos.

Todo esto, por más que nos empeñemos, es imposible realizarlo uno solo; necesitamos a los demás para reflexionar, discernir, elaborar, proponer y decidir. Juntos, educadores y discípulos, buscando y poniendo los mejores medios para poder llevar adelante los objetivos de los proyectos.

Y es bueno poder, a lo largo de la realización de los distintos proyectos, celebrar sus avances y sus dificultades, completando así la incorporación de nuestra vida al misterio de la muerte y resurrección de Jesús.

No hay nada que genere mayor esperanza que, en tiempos de crisis, pongamos al servicio de los demás los talentos que hemos podido desarrollar, por haber nacido en un lugar y ambiente privilegiados, para procurar el bien de los hermanos que han sido más desfavorecidos por la mala distribución de la riqueza y por el abuso de los poderosos que se dedican a enriquecerse a su costa.

Debemos procurar cargarnos de razones justas y posibles para que, junto a otras personas que sienten y piensan como nosotros, llevar adelante el proyecto liberador de Jesús de Nazaret.

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 50,5-9a): *¿Quién me condenará?*

Salmo (114,1-2.3-4.5-6.8-9): *«Caminaré en presencia del Señor»*

2ª lectura (Santiago 2,14-18): *Por las obras, te probaré mi fe.*

Evangelio (Marcos 8,27-35): *¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!*

Difícil emancipación, emigración encubierta, imposible desarrollo de proyectos de vida... son algunas de las consecuencias que padecen las generaciones más jóvenes. Condenados a vivir en una dependencia económica y afectiva que no les permite crecer. Instalados en una suerte de adolescencia que paraliza, deprime y niega cualquier proyecto profesional o vital. La epidemia de desencanto tiñe esas generaciones y salpica nuestra sociedad con manchas de desesperanza.

No es difícil pensar en las heridas que está dejando esta situación: dificultad a la hora de tomar decisiones, baja autoestima, desconfianza socio-política, desesperanza, individualismo, competitividad, agresividad, falta de comunicación emocional, apatía...

Pero también están naciendo una serie de actitudes y comportamientos que, pueden parecernos pequeños, pero tienen un valor muy importante: búsqueda y superación, vitalidad, valoración de la familia y de la amistad, necesidad de estar juntos, nuevos proyectos laborales alternativos, inconformismo, conciencia ecológica, deseos de solidaridad, rechazo de la corrupción, apoyo en la debilidad, valoración de lo débil... vivir esta situación como ocasión de cambio con propuestas alternativas.

Esto lo vemos de modo privilegiado en la indignación juvenil que se compromete por los demás, buscando propuestas novedosas y caminos nuevos para recrear el futuro. Son auténticos signos de esperanza en un tiempo difícil. Son signos de resurrección y de vida, signos de Dios que sigue haciéndose presente en medio de la historia de sus hijos... a pesar de los golpes y los palos. Las palabras de Isaías son muy actuales... *«Cuando el Señor me ayuda, ¿quién me condenará?»*.

El evangelio de este domingo nos presenta un diálogo que todo creyente tiene en algún momento de su vida. Es el diálogo del discípulo, de aquel que ha descubierto que Jesús es, auténticamente, el Hijo de Dios y quiere responderle.

La pregunta de Jesús es para cada uno de nosotros. Nos inquieta y nos cautiva. Nos exige y, al mismo tiempo, nos consuela: **¿Quién soy yo para ti?, ¿qué pinto en tu vida?, ¿qué piensas de mí?**, es la pregunta que Jesús hace a sus discípulos y la cuestión que nos dirige hoy a quienes escuchamos este evangelio. Una pregunta que va más allá de un parecer o una opinión.

La pregunta de Jesús va al centro mismo de nuestro proyecto de vida. Es una pregunta que se responde con palabras, pero, ante todo, se responde con actitudes y sentimientos, con obras, con todo el ser. Nuestra respuesta se da en la vida. **¿Quién eres?, ¿cómo vives?**

Nosotros miramos la vida de Jesús y quedamos cautivados. Él no elude la dificultad, no esquiva los problemas, no huye de las situaciones complejas. Lo vemos con los enfermos, con los extranjeros, con los pecadores, con los niños y con las mujeres, con todos... a cada cual le da lo que necesita: salud, inserción, perdón. Quien se acerca queda transformado.

Él lo da todo por los demás, aun a riesgo de su vida. A lo largo del evangelio vemos los conflictos que tiene Jesús con las autoridades políticas y religiosas, con aquellos que no entienden su quehacer e, incluso, con sus propios discípulos. No entienden cómo puede vivir tan entregado a los demás. El secreto es que Jesús confía, absolutamente, en Dios y, por tanto, se desvive totalmente por el prójimo. **¿Cuál es tu misión?**

La misión de Jesús es anunciar el plan de salvación del Padre para todos. Proclamar la vida que procede de Dios. Inaugurar su Reinado. Que todos conozcan a Dios y acepten su señorío. Que todos vivan desde el amor y la entrega. Que el perdón sea una realidad. Que la compasión sea habitual y todos tiendan la mano al prójimo... Evidentemente esto solo es posible desde la experiencia de sentirse amado, elegido y enviado por el mismo Dios.

Los discípulos continúan su misión con la certeza de la cruz y la entrega. Los cristianos seguimos los pasos de Jesucristo y sabemos que encontraremos dificultades, como las encontró Él. Pero también sabemos que, tras sus pasos, encontraremos el sentido más pleno, el amor más sincero y la vida más entregada. Es la garantía que Él nos da: **¿Qué quieres de mí?**

Esa es la pregunta definitiva. La que le hacemos a Dios, con la certeza de que responde. La que puede orientar definitivamente nuestra vida y lanzarnos hacia el prójimo. La que nos invita a cargar con la cruz y seguir sus pasos. La que determina nuestro hoy y nuestro mañana. La que garantiza un sentido pleno a nuestra vida. La que nos hace miembros adultos de la familia de los cristianos, la Iglesia. La que nos hace ser testimonio suyo allí donde estemos. **¿Qué quieres de mí?** Hoy le podemos hacer esa pregunta... Estad atentos porque siempre responde.

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 2,12.17-20): *Veamos si sus palabras son verdaderas.*

Salmo (53,3-4.5.6 y 8): *«El Señor sostiene mi vida»*

2ª lectura (Santiago 3,16-4,3): *La sabiduría viene de arriba.*

Evangelio (Marcos 9,30-37): *El que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado.*

La vida en sociedad es posible y gratificante gracias al esfuerzo de todos y cada uno. Por eso la convivencia se configura como “*intercambio de servicios*”, en el que todos ponemos nuestro granito de arena, para levantar ese montón de posibilidades que garantiza la satisfacción de todas las necesidades humanas, y despeja el camino hacia la felicidad. **¡Sí!, ya lo sé!** Todo eso suena a utopía.

Pero no significa que no sea posible, sino solo que, de momento, aún no lo hemos alcanzado. Y es que de momento prevalecen las razones de los que prefieren convertir el intercambio de servicios en un mercado de intereses, y dan por supuesto que lo importante no es que cada uno haga bien lo que tiene que hacer, sino la competición, es decir, que triunfen los fuertes sobre los débiles en un salvaje “*sálvese el que pueda*”.

La reducción del valor del trabajo humano (el servicio social de todos y cada uno), a su estimación en dinero, ha facilitado la desviación hacia un mercado financiero, donde ya no cuenta el servicio del trabajador, sino que prevalece la ganancia (aunque sea sin aportar nada más que la ambición), de los especuladores, la apropiación indebida del sudor ajeno, que en otras palabras es lo que llamamos “*robo*”.

Se ha desvirtuado el verdadero sentido del esfuerzo y en vez de crear riqueza para todos, solo pretende enriquecer a unos cuantos. Igual que se desvirtúa muchas veces el sentido del deporte, la deportividad, con el dopaje, las trampas y el soborno, cuando ya lo único que importa es ganar “*como sea*”. Y es que cuando se pierde la perspectiva de servicio, que da sentido y enaltece todo trabajo humano, solo queda la miseria de las miserias humanas, la ambición, la falta de escrúpulos, la desvergüenza y, como consecuencia, las víctimas de todas las pasiones humanas: los más débiles, los pobres, los niños, los ancianos... los de siempre.

Jesús, por segunda vez, explica a sus discípulos cómo, de acuerdo con lo anunciado por los profetas (conforme leemos en el libro de la Sabiduría), tiene que ser entregado en manos de los hombres y morir y resucitar al tercer día. Quiere así salir al paso de las falsas expectativas mesiánicas que se habían ido creando, interesadamente, entre el pueblo y sus dirigentes, incluso entre sus mismos discípulos. Quiere así prevenirlos para que no se vengan abajo y desanimen cuando llegue el momento.

Los discípulos no prestan atención, no escuchan; ellos van a lo suyo, a lo que les preocupa más que nada. Desde el principio han ido forjándose una idea, demasiado interesada, del futuro de Jesús y, viendo sus milagros y escuchando sus palabras y disfrutando de la buena aceptación del pueblo, ya se veían compartiendo el éxito popular de Jesús. Lo que les importaba era su papel en el triunfo, sacar el mejor partido posible, ocupar los primeros puestos.

Algunos parecían ya estar adjudicados como el de Pedro, pero quedaban muchos más. Y de eso discutían, distraídos, cuando Jesús los vuelve a la realidad con una pregunta: *«¿de qué hablabais por el camino?»*. Y se quedaron callados, avergonzados, sin saber qué decir. Pero Jesús sí que quiere aclarar las cosas: *«el que quiera ser el primero de todos, que sea el último de todos, el servidor de todos»*.

Lo malo es que, dos mil años después, los nuevos discípulos de Jesús seguimos como los primeros: sin enterarnos, sin tomar en serio el Evangelio, enfrascados en nuestras cosas, en nuestros intereses, en nuestras pequeñas guerras y diferencias, en un discutible forcejeo por copar los primeros puestos, títulos, dignidades, prebendas...

De nada sirve que Jesús recomiende acoger a los niños, o sea a los débiles; nosotros nos dedicamos a acoger y agasajar a los grandes, a los que mandan, a las altas jerarquías eclesíásticas, civiles, políticas y militares. Ellos “*representan a Dios*”. Pero Jesús ha dicho que Él está en los niños, en los débiles, en los que tienen hambre, en los pobres, en los enfermos, en los marginados...

Porque esa es la cuestión: aceptar de una vez que mandar, reinar, gobernar, presidir, dirigir, trabajar... todo es servir. Vivir es servir, o sea, convivir, compartir, comunicar, consensuar, hacer todo y siempre con todos, entre todos, al servicio de todos, buscando el bien de todos, sin partidismos, sin nepotismos, sin discriminaciones, sin chantajes contra nadie, ni ventajas sobre los demás. Todos iguales, todos hermanos en Cristo que dio su vida para que tengamos Vida y la tengamos sobrada y feliz.

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Números 11,25-29): *¿Estás celoso de mí?*

Salmo (18,8.10.12.13.14): *«Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón»*

2ª lectura (Santiago 5,1-6): *Os habéis cebado para el día de la matanza.*

Evangelio (Marcos 9,38-43.45.47-48): *Si tu mano te hace caer, córtatela.*

Desde la Segunda Guerra Mundial –tras la cual se había acordado perseguir a toda costa la paz y evitar un horror semejante al vivido- no ha dejado de aumentar año tras año el número de guerras. Ellas son la máxima expresión de la forma habitual de funcionar nuestras relaciones políticas: *“hay paz cuando uno es amigo; hay guerra cuando este se convierte o es convertido en enemigo”*.

Cuando el enemigo no está, se le busca, porque el ejercicio del poder requiere de esta figura de carne y hueso para realizarse. El enemigo es aquel diferente que está en contra de uno por el mero hecho de ser distinto. En el juego del poder no hace falta ciertamente ningún otro motivo para generar un enfrentamiento; así que, encontrar un enemigo y declararle la guerra, es tan fácil como señalar que él es diferente a aquel que ejerce el poder en ese momento, porque piensa que se le impone.

A este respecto no hay que pensar solo en grandes conflictos. Nosotros habitualmente vemos amigos y enemigos por todos lados y en todo tipo de relaciones, ya que los engranajes de funcionamiento del poder penetran y se extienden por donde pueden, y tienen capacidad para hacerlo ampliamente.

Nosotros buscamos enemigos cuando nos conviene, con la pretensión de conseguir mayor influencia o cotas de dominio. La religión, el cristianismo no está al margen de estos mecanismos. Por el contrario, parece que en la religión –dado que esta se basa en la intensidad de las relaciones personales (con Dios y con los demás)- es más sencillo manipular al amigo, con el que sabemos relacionarnos, y convertirlo en enemigo para ejercer poder sobre él.

Los cristianos nos hemos buscado enemigos a lo largo de la historia entre los distintos a nosotros en religión (musulmanes, protestantes, agnósticos...), y también a los diferentes en comportamientos e ideas (librepensadores, comunistas, divorciados, homosexuales...). Incluso se ha personificado en ellos al *“Enemigo”* de la fe y de la Iglesia.

Jesús, sin embargo, confiaba en la existencia de amigos en lugar de buscar enemigos; Él sabía de las redes del poder y de cómo no dejarse atrapar por ellas. Hay algo de lo que Jesús de Nazaret huyó continuamente: el ejercicio del poder, entendido este como dominio y primacía personal. Como dice la carta de Santiago que hoy leemos, *“la riqueza, que procura poder, merece ser desechada a favor de la justicia y la sencillez”*.

Son especialmente significativos en este sentido los pasajes evangélicos en los que el pueblo quiere coronar a Jesús y otorgarle un poder político. Él evitará a tiempo y prudentemente las multitudes que, aunque formadas por los humildes y sencillos a los que guarda, son movidas también por el ansia de poder cuando están en masa. Precisamente porque evita imponerse sobre otros, Jesús no busca enemigos, como hacen los discípulos.

Según relata Marcos, Juan hace una distinción entre los que son *“de los nuestros”* y los que no lo son; esto es, que el discípulo separa a los amigos de los que pueden ser considerados enemigos porque piensan o actúan de forma diferente. La frase del Maestro *«el que no está contra nosotros está a favor nuestro»* revela un cambio de sentido en la relación con los que son extraños o distintos a nosotros.

Para Jesús no hay necesidad de buscar enemigos, porque en Él y en su proyecto –el Reino de Dios- no reside ningún deseo de dominio y exclusividad. Antes bien, su persona y su proyecto son inclusivos, de forma que no solo *“los nuestros”*, sino también *“los distintos”* pueden estar a favor y formar parte de él; ellos también pueden ser amigos.

El criterio o principio de vida para Jesús no es imponer ideas sino creer en personas. Mientras que unos se creen en poder de la verdad, Jesús confía en que su Padre es el que detenta la Verdad, el poder de creer en ella: una Verdad más amplia que las certezas de los seres humanos, las cuales ellos se otorgan para sí. Mientras que la fe nos hace sencillos y nos unen en el seno de nuestras diferencias, las ideas nos pueden fácilmente separar, remarcando nuestras desemejanzas y convirtiéndonos así en instrumentos vanidosos del poder. Contra ello nos advierte Jesús.

En efecto: las palabras más duras del evangelio que proclamamos hoy se dirigen contra el enemigo que llevamos dentro de nosotros mismos, y no contra el enemigo que buscamos para salvaguardar nuestros intereses y dominio. Jesús nos invita a desprendernos de todo aquello que está contra nosotros entre nuestras propias ideas y actitudes, una vez que hemos asumido que vale más confiar en Dios y en su proyecto universal que en las certezas e intereses propios.

El Reino de Dios, precedido por sus signos frente al sufrimiento y al mal del mundo (echar demonios), insta una nueva forma de relacionarse, que ya no pasa por el ejercicio soberbio del poder sino por la sencillez de la fe en las personas y en uno mismo: la amistad, en definitiva. Los extraños y distintos pueden ser entonces amigos; y uno mismo, muchas veces también desconocido para sí, ha de ser espacio de reconciliación y fidelidad personal.

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 2,18-24): *No está bien que el hombre esté solo.*

Salmo (127,1-2.3.4-5.6): *«Que el Señor nos bendiga todos los días de nuestra vida»*

2ª lectura (Hebreos 2,9-11): *Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos.*

Evangelio (Marcos 10,2-16): *Y los bendecía imponiéndoles las manos.*

Una mujer, huyendo de los malos tratos de su pareja, deja su trabajo y sale de su casa trasladándose a otra ciudad, en busca de una vida un poco más feliz. Aquí, con el paso del tiempo, conoció a un hombre que también huía y que un día sí y otro también, encontraba refugio en el alcohol. Iniciaron una relación. Él dejó de beber. Quienes le conocían decían que era otra persona, tal era el cambio que se había producido en él. Pero ante la ley no estaban casados y ante sus conciudadanos y ante la religión vivían en pecado.

¿Qué pecado? Me pregunto. ¿Huir de una situación que se había hecho insostenible?, ¿abandonar un trabajo estable y lanzarse a una aventura laboral incierta?, ¿querer a un hombre que no era su marido y ayudarle a salir del infierno del alcohol? Me repugna la imagen de un Dios que pudiera condenar a esa mujer. Me entristece un cristianismo que se atreva a condenar en nombre de Dios. Jesús nunca lo hizo. La sociedad está cambiando muy deprisa: migraciones, emancipación de la mujer, pluralidad y mezcla cultural y..., casi siempre el olvido, cuando también la condena, de los pobres.

Todo cambio genera novedad, pero también confusión y crisis. Las respuestas que nos sabíamos para responder a las preguntas del pasado ya no sirven para los nuevos interrogantes del presente. El “orden establecido” es cuestionado por la realidad cambiante; visiones que parecían explicarnos la realidad quedan superadas; valores que defendíamos como inamovibles son fuertemente cuestionados. También la fe, también la idea que nos hemos hecho del cristianismo, también el modo de ser Iglesia.

Son muchos los cristianos que se sienten incómodos en la Iglesia. No es una afirmación gratuita. Tristemente es así. Pienso en todos los divorciados que se han vuelto a casar, en los homosexuales, en todas aquellas personas que viven una situación “irregular”. Al mismo tiempo que nuestro país olvida progresivamente sus raíces cristianas, muchos cristianos se sienten incómodos en la Iglesia y se preguntan si están dentro, si son cristianos de “segunda” o si ya están fuera.

¿Qué hemos de hacer? ¿Quedarnos en la letra de la ley? ¿Responder con respuestas del pasado? Dios sigue vivo en el corazón de los hombres de hoy, aunque ellos no lo sepan. Y nos habla de ellos, y nos mira a través de ellos. Hemos de aprender a leer en sus vidas.

No es ni será la primera vez que a Jesús le pongan a prueba. Tenían a su favor y como coartada la ley. Si a Jesús se le ocurría contradecirla estaba perdido. Así estaban las cosas. La actitud y estratagema de los fariseos es un espejo donde mirar nuestras actitudes y modos de relacionarnos. Y es que, a nada que nos descuidamos, nos comportamos igual que ellos.

Convertimos la ley y la norma en un absoluto inamovible, por encima de las personas y de sus circunstancias. Y, seguros de nosotros mismos, dictamos sentencias y condenamos sin misericordia alguna. No hay más que estar atentos a algunas de nuestras conversaciones en las que no solemos dejar “títtere con cabeza”. Desde nuestros modos de pensar, desde nuestras normas, condenamos a los demás con suma facilidad.

Nuestra sociedad está regida por un sinnúmero de leyes, normas y reglamentos. La vida social es compleja, y regularla no es tarea fácil. Además, el bien común, desgraciadamente, no existe para algunos ciudadanos. Pero una sociedad organizada así, genera una cultura legalista que nos impide educarnos y avanzar en la vivencia de valores que nos harían más humanos y más libres. La vida es más que la ley.

En la Iglesia nos sucede otro tanto. Para muchos católicos la vida cristiana es cumplir determinadas normas, vivir determinadas obligaciones y aceptar determinadas prohibiciones. **¿Eso es todo?** ¿Y el Dios amor anunciado y vivido por Jesús, donde queda? *«Ama y haz lo que quieras»*, decía san Agustín. Cuando se vive desde el amor sobran normas, pues siempre se buscará el bien. *«Si está dentro de ti la raíz del amor, ninguna otra cosa sino el bien podrá salir de tal raíz»*, decía mi santo patrón, san Agustín.

Jesús es inteligente y ha visto la intención de los fariseos de enredarle en la ley y en su casuística. No entra en su juego. Les denuncia. En el caso que le proponen, la ley ha sido escrita y es utilizada al servicio de los intereses del más fuerte: *«Por vuestra terquedad dejó escrito Moisés este precepto»*.

Jesús les propone otro escenario, el de la voluntad de Dios. Jesús nos abre los ojos para descubrir la voluntad de Dios más allá de la ley. Sale al paso de la parte más débil de la pareja, la mujer, a la cual no se le permitía el divorcio. Más aún, cualquier motivo podía ser utilizado por el varón para repudiarla. El Dios que crea al hombre y a la mujer nada tiene que ver con esta práctica machista: *«Al principio de la creación Dios los creó hombre y mujer»*. Es decir, **iguales, con la misma dignidad.**

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 7,7-11): *Supliqué, y se me concedió la prudencia.*

Salmo (89,12-13.14-15.16-17): *«Sácianos de tu misericordia, Señor»*

2ª lectura (Hebreos 4,12-13): *No hay criatura que escape a su mirada.*

Evangelio (Marcos 10,17-30): *Dios lo puede todo.*

Todo acontece en el camino. La vida es el lugar natural de nuestro encuentro con Dios en Cristo. Un camino que llega a su término en la cruz. El discípulo es invitado a seguir al Maestro, y en ese caminar juntos se va desvelando el misterio de aquel que desde el principio del evangelio es presentado como la *«buena noticia»* Jesucristo, el Hijo de Dios.

Ese discípulo eres tú. A lo largo del camino y del seguimiento se suceden encuentros, palabras, gestos. El discípulo de todos los tiempos está invitado a reconocerse en ellos a sí mismo, así como las circunstancias de su tiempo histórico. Hoy el relato evangélico nos presenta a “uno” que se le *«acercó corriendo, se arrodilló y le preguntó»*. Ese “uno” somos todos, jóvenes y viejos, tú y yo.

Entre Jesús y el que sale a su encuentro se entabla un diálogo cordial, cargado de buenos deseos, y que culmina con una oferta de plenitud: *«Vente conmigo»*. Lo cual exigirá previamente *«vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres»*. El que se atreva a hacer lo que Jesús dice, no pierde lo entregado a los pobres: lo transforma en *«un tesoro en el cielo»*. La inversión no parece mala, pero exige una radical opción de fe.

El seguimiento de Jesús es exigente. Pero tampoco conviene confundirla con una opción por la “vida religiosa” **¿cura o monja? ¡No!**; es una oferta hecha a todos y en todos los estados de la vida. Antes de la invitación al seguimiento, hay en el texto bíblico un detalle que nos muestra a un Jesús muy humano y cercano: *«Jesús se le quedó mirando con cariño»*. El texto griego original dice: *«le miró y le amó»*. Es casi lo mismo, pero separa y marca dos momentos de Jesús: **mira y ama**.

Ante la marcha pesarosa del personaje, porque era rico, Jesús advierte a los suyos del peligro de las riquezas y de la confianza puesta en ellas. De lo cual todos o muchos de nosotros, personal y comunitariamente, tenemos sobrada y dura experiencia: a pesar de nuestros buenos deseos, no nos resulta fácil desprendernos de nuestros bienes. También nuestra Iglesia aparece para muchos, y quizá con razón, como una Iglesia rica. No es evidente que la Iglesia sea pobre y al servicio de los pobres, como su Señor.

Nuestra Eucaristía nos alimenta con el mayor de los tesoros, y lo hace en una mesa llamada a ser banquete universal, especialmente abierta a los más necesitados. Que nuestra comunión nos ayude a crecer en la radicalidad del seguimiento de Jesús, que a cada uno de nosotros se nos queda mirando y nos ama.

Una reflexión no puede detenerse en cada uno de los detalles del texto, pero la oración personal y reposada, sí. Y así, me pregunto: **¿Salgo yo corriendo al encuentro de Jesús? ¿Me arrodillo ante su persona? ¿Le formulo mis preguntas? ¿Sobre qué asuntos?**

Solo Dios es Bueno. Pero todos nosotros, todos los hombres, podemos poner mucha bondad en el mundo. Y, para los creyentes, el mandamiento del amor está ahí, como testamento de uno que va a rubricar con su vida el valor y la autenticidad de sus palabras.

Las dos palabras que dan título a esta reflexión, aparecen en el texto evangélico de este domingo. La primera es **bondad**, esa cualidad que Dios ha derramado generosamente sobre sus hijos, y que el personaje aplica a Jesús. Y el que así le llama parece que él es también buena persona: *“desde niño ha guardado la ley”*. La segunda es **renuncia**, es la condición para que aquel hombre se decida a hacer opción por los pobres. Y sea libre para seguir a Jesús.

Nuestro mundo está necesitando en estos momentos, entre otras, de estas dos palabras: Bondad y renuncia. En la encíclica de Pablo VI *“Populorum Progressio”* en su número 47 dice: *«se trata de construir un mundo donde el pobre Lázaro pueda sentarse a la misma mesa que el rico»*. Ello exige a este último mucha generosidad, innumerables sacrificios, y un esfuerzo sin descanso.

Ante la masiva migración de refugiados de Libia, Iraq y Siria a causa de la guerra, que son muchos y viven una situación terrible. Miramos las terribles escenas que la televisión nos está mostrando. Ante los miles y miles de afectados huyendo del horror, Europa empieza a discutir sobre los cupos que debería y podría asumir cada país, pero mientras tanto cierra sus fronteras.

Al mundo le falta la razón compasiva. Ante los gritos de rabia de los afectados por tanta injusticia y la situación, cada vez más acuciante **¿Qué podemos hacer?** A cada uno toca examinar su conciencia, que tiene una nueva voz para esta época excepcional, unamos nuestras voces a las suyas, y acojamos el deseo de Jesús: *«Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo»* (Lucas 6,36).

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 53,10-11): *El justo se saciará de conocimiento.*

Salmo (32,4-5.18-19.20 y 22): *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros»*

2ª lectura (Hebreos 4,14-16): *Mantengamos la confesión de la fe.*

Evangelio (Marcos 10,35-45): *El que quiera ser primero, sea esclavo de todos.*

Tarde o temprano a todas las personas nos llega un momento en el que debemos ejercer nuestra capacidad de mandar, de organizar, de tomar decisiones en las que a otras personas les tocará obedecer aunque, en ocasiones, no estén de acuerdo o no les parezca bien o que ellas lo harían de otra manera.

Cuando los que reciben las órdenes son personas de corta edad debemos pensar que estamos realizando tareas de suplencia. Ellos carecen de capacidad para saber lo que les conviene, lo que necesitan en esa etapa de su vida y lo que les puede venir bien en su desarrollo personal; en muchos casos hemos de pensar y decidir por ellos y no plantearles cosas que sólo nosotros conocemos, entendemos y comprendemos.

El tema de la autoridad se complica cuando los destinatarios son jóvenes o adolescentes; estos, de entrada, lo que hacen es confrontar todo con los adultos, pues, en esta etapa de su vida, nos ven sobre todo como los confrontadores con su manera de actuar, su forma de vestir y, totalmente diferentes, obsoletos con sus ideas y pensamientos que creen novedosos y renovadores. La postura mejor, y casi única, es estar cerca de ellos; convertirse en compañeros “*silenciosos*” de camino a los que ellos pueden recurrir si nos necesitan o se meten en cualquier atolladero. Podemos indicar caminos posibles sin dirigirnos directamente a ellos.

Con los adultos que se prestan al dialogo y la ayuda mutua. Podemos afirmar que llegamos, en ocasiones, a confundir la obediencia y la autoridad; unas veces mandamos y otras obedecemos pues de lo que se trata es de avanzar juntos en una misma dirección que ha sido consensuada con la aportación de una vida experimentada.

Tanto en la sociedad como en la Iglesia cada uno de nosotros tenemos nuestro sitio, y debemos asumir nuestra responsabilidad según sea la tarea que estamos realizando en ellas. No siempre van unidas. Hay ocasiones que aspiramos a un puesto sin tener claro cuántas y cuáles son las responsabilidades y cualidades que ese cargo conlleva.

Estamos hartos de los “*Santiagos y Juanes*” que solo aspiran a estar cerca del poder para ejercer dominio sobre los demás, y, como «*el resto de los discípulos*», nos indignamos porque en el fondo aspiramos a lo mismo y para nada hemos asumido la organización del Reino de Dios que se nos propone en los versículos siguientes.

Esto no es solo aprenderse de memoria lo que Jesús dijo y saber contar muy bien lo que Jesús hizo; ser cercano a Jesús es algo más que llevar en el teléfono-móvil los evangelios y leérselos al que pilles por la calle, venga a cuento o no.

Lo primero que debemos hacer es tener en cuenta a quien se acerca Jesús, qué hace y qué les dice en las distintas ocasiones que se están viviendo; observar en qué mesas se sienta; es decir, con quiénes comparte la comida y a qué casas se invita. También es importante darnos cuenta de los “*regalos*” que deja y de las “*respuestas*” que dan las personas que sienten cercano a Jesús.

Por eso no debe resultarnos extraño lo que les plantea Jesús a los “*Santiagos y Juanes*” ante su petición; no se trata de ser primero o segundo sino de responder a la pregunta: «*¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?*»

Los discípulos no entienden que el proyecto de Jesús no es para alcanzar el poder de este mundo, de esta manera nuestra de organizar la sociedad, sino que es elegir un camino en el que sea posible encontrarse con todas las personas porque todas lo pueden entender y seguir, ya que cada cual puede poner al servicio de los demás todo lo que es, todo lo que tiene y todo lo que hace.

Cuando llegamos a comprender esta extraordinaria propuesta que Jesús hace a todos los que queremos escucharle y seguirle, nos damos cuenta que no es cualquier cosa, que no es solo para una temporada y que no es fruto de la buena voluntad de cada persona. Se trata, como afirma tantas veces, de ponerse a caminar tras Él, de estar dispuesto a afrontar la vida sin miedo al riesgo de perderla porque esa es la manera de encontrar el verdadero sentido de la misma.

Los que no son de los nuestros, los que todavía no han escuchado la llamada de Jesús, también cuentan en los planes de Dios. Todos ellos, con las posibilidades que la vida les ha brindado, son capaces de abrirse a la construcción de un mundo que debemos impulsar con la participación de todas las personas para el desarrollo de una humanidad donde cada uno podamos ser hermano de los demás.

La propuesta de Jesús está cargada de humanidad y de realización de personas que cada día son más felices y más libres porque no ponen su deseo en el poder ni en el tener, sino en el servir, en el ser y en el compartir con todos sus semejantes.

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 31,7-9): *El Señor ha salvado a su pueblo.*

Salmo (125,1,2ab,2cd,3,4,5,6): *«El Señor ha estado grande con nosotros»*

2ª lectura (Hebreos 5,1-6): *Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy.*

Evangelio (Marcos 10,46-52): *¿Qué quieres que haga por ti?*

Según algunos expertos, existe un grupo de personas que se erigen en amos del mundo, definen las reglas del juego, dan órdenes y deciden sobre la vida del resto. Este grupo para legitimar su poder dominador necesita un sistema de control social que le permita la estabilidad del poder global.

Con este objetivo se ha creado un complicado sistema de condicionamiento social autolegitimador. Así, nos encontramos con unas leyes que lo hacen legal, una ideología y un sistema educativo que socializa al individuo dentro de una determinada identidad y un sofisticado sistema de propaganda, censura y obstáculos a la libre expresión, con objeto de controlar las opiniones y modos de pensar de la población y, por fin, se dan unas formas religiosas o seudoreligiosas que apelan a la conciencia y al miedo: “cegando a la gente o vendándoles los ojos para guiarla y controlarla”. El asedio al individuo es total.

En la actualidad, los grandes medios de comunicación: prensa, radio y televisión son del poder y el tener. Y solo permite a la gente oír lo que el sistema quiere que oiga. Estos medios controlan sus pensamientos y sentimientos y su acceso a la información. Y esto lo hace de un modo eficaz, guardando silencio ante muchas cosas que ocurren, silenciando cuidadosamente las noticias y ordenándolas de un determinado modo, deformando lo que han dicho los que se oponen al sistema y destruyendo cualquier iniciativa que no responda a su lógica de mercado.

Y, lo que es peor todavía, es la manipulación de las emociones de la gente, los utilizan para seducir o para infundirles miedo. Así, muchos tienen miedo a los movimientos que se manifiestan desenmascarando al sistema, al identificarlos como grupos violentos, rebeldes, etc. Pues nada ciega más a la gente que el miedo.

El pasaje del ciego Bartimeo es la culminación de una serie de instrucciones de Jesús que hemos ido escuchando los últimos domingos. Jesús ha hablado sobre la seriedad del compromiso matrimonial; sobre el seguimiento radical propuesto al joven rico y a los discípulos; sobre el significado de las riquezas y los peligros inherentes a ellas; sobre el servicio como distintivo de sus seguidores... Todo ello en clima y en un contexto que hacen referencia a la pasión una y otra vez.

El relato de hoy está lleno de simbolismos. Es muy triste la situación del que ha perdido el sentido de la vista y no puede contemplar tantas bellezas como existen en el mundo. Bartimeo representa a los discípulos que no comprenden el mesianismo, revelado por Jesús; representa a tantos hombres que se encuentran al borde del camino de la vida, llena de obstáculos, que buscan luz y piden ayuda a Jesús: *«ten compasión de mí»*.

Esta petición necesitaban los discípulos para liberarse de la ceguera que les incapacitaba para comprender el mensaje de Jesús. La mayoría quieren impedirselo, muchos le intimidan a que guarde silencio, es decir, quieren que se mantenga en la ideología que ha provocado la ceguera y no cambie.

Para recuperar la visión hay que saber reconocer nuestra ceguera, nuestra falta de luz, que no podemos vivir únicamente en la superficie de nosotros mismos, enredados en muchas preocupaciones cotidianas, y nos hace falta hacernos algunas preguntas básicas, que no podemos rehuir, si queremos ser verdaderamente humanos; que no hay mayor ceguera que la del ciego que ha perdido el deseo y la añoranza por la luz.

Hoy la necesidad de saber y comprender no parece suscitar gran interés, y la liberación de la ceguera, provocada por los mandamases de nuestro mundo, solo es buena noticia para aquellos que sienten necesidad. Tenemos necesidad de orar, como el ciego Bartimeo, al Señor al borde del camino, entremezclados con personas que nos animan en la búsqueda de la luz y otras que nos ponen obstáculos para que nos resignemos a permanecer en nuestra ceguera; “Señor, que veamos”.

Que se nos abran bien los ojos, para que podamos ver que nuestro mundo no es el conjunto de tristes y dramáticas noticias que nos ofrecen los medios de comunicación; que también hay muchos testimonios de vida, innumerables personas que hacen de su vida un proyecto de amor, de servicio, obrando el bien que pueden y pasando desapercibidos...; que siguen habiendo muchas acciones que son señales de que algo nuevo está naciendo entre nosotros.

Que sepamos ver y valorar a las personas que están cerca y lejos de nosotros, para no solo contemplar sus defectos y limitaciones, sino para percibir valores y cualidades que muchas veces nos pasan desapercibidas; que tengamos limpios los ojos del corazón para saber comprender y disculpar los fallos de los otros, de la misma forma que sabemos, a veces, hacerlo con nosotros.

TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7,2-4,9-14): *¿Quiénes son y de dónde han venido?*

Salmo (23,1-2,3-4ab,5-6): *«Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor»*

2ª lectura (1ª Juan 3,1-3): *Ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 5,1-12a): *Estad alegres y contentos.*

Esta frase, de san Francisco de Sales, ha quedado como una expresión popular y es usada como si fuese un trabalenguas. La gente sencilla, el “*pueblo de Dios*”, tiene una sabiduría amasada con experiencias y fe a partes iguales. Muchas de las personas que ahora nos leen, la habrán usado en más de una ocasión. Hace referencia a esos santos que están tan tristes que no dan ganas de ser como ellos; son santos “*cariacontecidos*”, “*malhumorados*”, “*gruñones*”, “*huraños*”, “*rancios*”, “*condenadores*”, “*ceñudos*”... nadie quiere ser como ellos.

¡Ser santo es tener que ver con Dios!; porque Dios es totalmente santo. Claro que, si pensamos en un Dios con cara de pocos amigos y más preocupado en llevar la caja registradora de los “*haberes*” y “*deberes*” de los hombres, con el celo de un contable escrupuloso, en lugar de verlo bendiciendo a las criaturas para que vivan y respiren, entonces no queremos ser santos. Si, por el contrario, cuando decimos **DIOS** esbozamos una sonrisa amplia, grande, espontánea y... respiramos a la vez que los sentimientos de ternura y humanidad nos embargan, entonces la santidad nos sabe dulce en la boca, dulce sin empalagar. La santidad huele a colonia fresca, sabe a beso y tiene la complicidad del guiño.

Después de esto me pregunto: **¿Es posible que haya “santos tristes”?**; la respuesta es: “*evidentemente no*”. Palabras como “*alegría*”, “*simpatía*”, “*frescura*”, “*sentido del humor*”, “*bromas de buen gusto*”, “*chispa*” o “*gracejo*”, casan muy bien con la palabra “*santidad*”. Por el contrario, palabras como “*mal genio*”, “*bronca*”, “*amenaza*”, “*tristeza*”, “*aburrimiento*” o, aún peor, “*miedo*”, no acompañan a la santidad.

La santidad no se puede adquirir en el gran Mercado de Abasto, en las plazas o supermercados, como si de un producto envasado se tratara; ni a mucho ni a poco precio. La santidad nace de la amistad con Dios, que se hace día a día, poco a poco; a fuego lento, perseverante, sin prisas...

Los verdaderos santos no tienen prisa cuando alguien les necesita, ni hacen dos cosas a la vez cuando reclamas su atención; no te contestan a lo que no preguntas, ni te advierten con amenazas cuando muestras la debilidad; no te hablan de naderías cuando te adentras en el hondón del alma humana. Los santos transparentan a Dios, y si Dios solo sabe amar, los santos solo saben decir bien el amor de Dios.

Todos decimos siempre que “*queremos ser felices*”, pero nunca decimos que “*queremos ser santos*”. Quizá la dificultad estriba en que pensamos espontáneamente, sin matizar mucho, que es más feliz el que “*hace lo que quiere*”. Parecería que la santidad está reñida con la libertad; si uno es autónomo (como se dice ahora), libre de hacer lo que quiera, **¡no puede ser santo!**, porque rechazamos términos como “*obediencia*”, “*disciplina*”, “*austeridad*” o “*control*”.

Podríamos dar un paso más, intuyendo incluso que, para algunos, la felicidad exige dejar a un lado a Dios; bien negándolo abiertamente, bien colocándolo en la alacena de los objetos antiguos que solo sirven para “*decorar*” la memoria del pasado. No podemos ser tan superficiales, sabemos que antes o después debemos preguntarnos: **¿la felicidad se alcanza cuando hago lo que yo quiero?, ¿tengo que renunciar a Dios para ser feliz?**

No faltan quienes ven la vida desde un ámbito moral que va cosido a la piel de las personas: “*Solo puede ser feliz el que en todo momento hace lo que debe*”; una persona que obra mal, que es irresponsable, que miente o hace daño a sabiendas, no podrá ser feliz. Para ellos la santidad tiene que ver con la rectitud de vida; por eso mismo desconfían del que se considera a sí mismo como un pecador. **¿Qué hacemos con las personas débiles, que fallan, que cometen torpezas? ¿Acaso no podrán nunca alcanzar la felicidad de los que obran exquisitamente sin errar?** La felicidad o es para todos, perfectos e imperfectos, o no es una meta humana.

El mensaje de la palabra de Dios va más allá de los dos anteriores, del liberal y del moralista. Al liberal le dirá que no hay que renunciar a creer en Dios para ser feliz, porque Dios no es el controlador de nuestra libertad, sino quien la garantiza. Al moralista le dirá que también los pecadores tienen derecho a ser felices. La santidad no se reduce a la felicidad, si bien la presupone. Decíamos que un “*santo triste es un triste santo*”; no podemos proponer una santidad de lutos, de llantos, de anuncio de penas... primero porque Dios no es así, luego porque nadie en su sano juicio se siente atraído por esa santidad.

El mensaje de la Iglesia en la solemnidad de Todos los Santos es que todos estamos llamados a la santidad, porque Dios no es el enemigo del hombre ni su aguafiestas, sino el que le va a dar la plenitud que todo ser humano desea y que por él solo no podrá alcanzar. Dios es santo, Dios es feliz: Dios nos quiere felices, Dios nos quiere santos. Esa es la dicha de los que nos sabemos y nos vivimos como **«Hijos de Dios»**.

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 17,10-16): *Para ti y para tu hijo lo harás después.*

Salmo (145,7.8-9a.9bc-10): *«Alaba, alma mía, al Señor»*

2ª lectura (Hebreos 9,24-28): *Cristo se ha ofrecido una sola vez.*

Evangelio (Marcos 12,38-44): *Han echado de lo que les sobra.*

En estos tiempos de crisis que nos ha tocado vivir, resulta complicado pronunciar palabras de esperanza. Todas suenan a consuelo bienintencionado, a solidaridad compasiva, a intento de transmitir comprensión y a prolongar la agonía de quien está económica, familiar y anímicamente tocado.

Quienes viven en su propia carne la crisis, sienten el peso de la pérdida del empleo como una losa culpabilizadora, como un dedo acusador que señala, como un tatuaje grabado en la frente que les identifica. Por eso hay que tener cuidado con las palabras que dirigimos a quien pretendemos animar; pueden sonar a palabrería hueca, a sonidos sin contenido y a expresiones manidas que ni dicen, ni animan, ni consuelan.

Solo quien tiene los pies en la tierra, muy apegados al suelo y cubiertos del polvo del camino; solo quien está cerca de los necesitados puede hablar, realmente, de esperanza, porque solo desde la solidaridad brota la comprensión y solo desde el sacrificio surge la fuerza que da significado humano a lo que decimos. Usar las palabras en beneficio propio cae dentro de la figura de esos letrados, vacíos de contenido, que Jesús ridiculiza y acusa. La palabra que no se acompaña de gestos vitales forma parte de la religiosidad hueca que tanto le irritaba por no compadecerse de quienes sufren.

“La esperanza se transmite desde la identificación”. La falsa religiosidad invita a la aceptación resignada del sacrificio de forma que sacrifica a las víctimas y oprimidos del mundo. La religiosidad real invita a sacrificarse, es decir, a asumir la suerte de otros como propia e involucrarse en su superación sintiendo en la intimidad las convulsiones de la escasez y la desesperación. El que sufre ve futuro cuando siente al lado a alguien que *“arrima el hombro”*, que comparte esfuerzos, que abre sus ahorros, que no se encierra en su propia seguridad sino que pone a disposición de los demás lo que es y lo que tiene.

La obsesión por el ahorro no genera más seguridad. La preocupación por el otro genera riqueza social, humana, madurez personal y sensibilidad de compañero. **La vida tiene esas cosas**. Lo que está hecho para algo, a veces, destruye o impide la consecución de su objetivo. El negocio que se monta pensando en hacerse rico es, la mayor parte de las veces, la causa de la ruina. Y una experiencia de pobreza, a veces, es motivo de nuevas iniciativas que generan bienestar. Es lo que se esconde en las lecturas de hoy.

Elías vive en un momento cultural muy interesante dentro de lo que es el mundo de Oriente Medio antiguo. La política lleva, con frecuencia, a la guerra por el reparto de poderes entre potencias muy belicosas que pugnan por controlar las rutas prósperas del comercio internacional que se asoma al Mediterráneo para transportar productos. En medio de tanta riqueza, mucha guerra. En medio de tanta guerra, mucha miseria, hambre, inseguridad. La gente sencilla busca protección en otras instancias que sus gobernantes.

Surge una religiosidad que da respuesta a esta necesidad y crea la ilusión de la seguridad económica. Es la religión natural que identifica las fuerzas de la naturaleza con divinidades. Estos dioses son los que controlan la lluvia, el viento, el calor, el frío, las estaciones,... De ellos depende la prosperidad porque conceden la lluvia, evitan la helada, dan calor a su tiempo; hacen productivos los campos y fecundos los ganados; dan hijos a la familia y, con ellos, fuerza para trabajar y producir.

Pero no siempre es así. Cuando más se extendió esta religiosidad, en tiempos de Elías, una sequía asoló la economía de aquellos países cuyos habitantes quedaron reducidos a una pobreza más extrema que la anterior, porque quedaron desprovistos de la solidaridad que, anteriormente, les movía a ayudarse. La viuda es un personaje simbólico de aquella situación humana y social, consecuencia de una política absurda y una religiosidad ilusoria.

Personas como la viuda, los lisiados, huérfanos, extranjeros..., son pasto de abusos como expresión de una legalidad que no les ampara y de una mentalidad que los margina; sin ingresos, sin medios, sin posesiones, tienen que arreglárselas en pugna con alimañas y perros.

También en nuestro tiempo acogemos los dioses de la fecundidad identificados en una confianza extrema en la razón humana y en su capacidad de dirigir las nuevas tecnologías hacia un progreso ilimitado. Sin embargo, un progreso sin compasión está condenado al fracaso, como estamos viviendo en estos tiempos de crisis interminable.

Porque la compasión no es una cualidad intrínseca a la razón ni a la tecnología ni a la riqueza. La compasión es la sensibilidad de quien se siente humano y pone lo humano por encima de cualquier otra cosa. Y nada hay tan humano y compasivo como la preocupación, cercanía y proximidad a la pobreza y la desnudez.

Por eso el mundo necesita a los pobres que son los que despiertan la capacidad de sentirnos cercanos al otro. Las viudas de las lecturas no dan cantidad de algo sino la sinceridad de su humanidad. Los pobres aportan al mundo nada menos que esa humanidad que notamos ausente de nuestros objetivos sociales, empresariales y políticos.

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Daniel 12,1-3): *Entonces se salvará tu pueblo.*

Salmo (15,5 y 8,9-10,11): *«Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti»*

2ª lectura (Hebreos 10,11-14,18): *Donde hay perdón, no hay ofrenda por los pecados.*

Evangelio (Marcos 13,24-32): *El día y la hora nadie lo sabe.*

Ahora muchos dicen que nos encaminamos al final de una era, que esto de la crisis no es algo pasajero sino signo de que ha de nacer una nueva forma de relaciones humanas. Difícil predecir el futuro y más difícil aún controlar la acción del Espíritu, que sopla donde quiere, y nadie sabe de dónde viene ni adónde va.

Un cura amigo mío, me contó que una vez fue a visitar a un anciano feligrés que llorando le dijo: “Padre, me voy a morir”. Y a él solo se le ocurrió contestarle: “Toma claro, y yo y este y aquel”. Y eso es una gran verdad. Todo camina hacia su final. Pero antes han de ocurrir muchas cosas. La cuestión está en cómo recorremos ese camino.

Hoy es el penúltimo domingo del Año Litúrgico. La liturgia nos habla de los últimos días. El mismo Jesús habla de las señales que anuncian el fin. Y creyentes y no creyentes sabemos que todos nos encaminamos hacia el final de nuestras vidas. Ojalá lo hagamos con el talante de Pablo: *«He combatido bien mi combate, he corrido hacia la meta, he mantenido la fe».*

Ya hacia el final del evangelio de Marcos, Jesús utiliza un lenguaje apocalíptico para hablar del final y sentido de la historia. Ese final y sentido de la historia es Dios mismo, y todos con Él, y Él todo en todos. Jesús se presenta como el que ha de venir, con gran poder y majestad, para reunir a sus elegidos. Estas palabras anticipan la Solemnidad de Cristo Rey, que celebraremos el próximo domingo.

Siguen a continuación unas palabras de Jesús de no fácil interpretación. La profecía apocalíptica de Jesús, los signos anunciados, no se cumplieron en *«esa generación»*, como dice Jesús. Llama también la atención la afirmación de que *«el día ni la hora nadie lo sabe, ni el Hijo, solo el Padre»*. Esta afirmación suele poner en crisis a algunos, y se buscan mil interpretaciones para justificar esa ignorancia del Hijo, que parece que tiene que saber y conocer todo.

Desde la afirmación de Jesús, tal vez haya que aceptar que su ir *«creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres»* (Lucas 2,52), afectaba a su saber humano, como verdadero hombre que era por su Encarnación. Mirando hacia el final de la historia, Jesús afirma que sus palabras no pasarán. Así han llegado hasta hoy, y así queremos acogerlas nosotros. Se nos pide a los creyentes que nos dejemos conducir por ese Espíritu, con pequeños, sencillos y débiles pasos, pero andando.

Y de los hombres de buena voluntad, creyente o no creyentes, cabe esperar que den cauce a los mejores anhelos de la humanidad, y que escuchen los gritos que a los oprimidos les arrancan sus opresores. Muchos imperios, han caído a lo largo de la historia. Somos invitados a construir una tierra nueva, en la que se vayan abriendo paso la paz y la justicia.

Como somos hombres de nuestro tiempo, deseamos ver y vamos a trabajar por ello: el final del paro, el final de los desahucios, el final de los recortes a los débiles, el final del poder ejercido en beneficio propio, el final de una precaria asistencia social y sanitaria, el final de no poder llegar a fin de mes, el final de los corazones duros y fríos, incapaces de sentir con el sufrimiento ajeno.

Hoy también celebramos el Día de la Iglesia Diocesana.

Nuestra Diócesis de Cartagena es una porción del Pueblo de Dios del que Cristo es la cabeza, cuya condición es la libertad y la dignidad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo. Tiene por ley el mandamiento nuevo del amor, y como fin el dilatar más y más el Reino de Dios. De este pueblo se sirve Cristo como instrumento de la redención universal, y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra.

En este pueblo, el Espíritu Santo derrama, con abundancia y gratuidad, todos sus dones y carismas, que se posan y reparten, como Él quiere, sobre la comunidad de los que han sido configurados con Cristo en el Bautismo, unción y dignidad ontológica mayor que la cual no hay otra, y en la que cada uno, con el don que ha recibido, se hace siervo por amor de los demás, a imitación del único Maestro y Señor, que no vino a ser servido, sino a servir, y a dar su vida por todos, con una preferencia entrañable hacia los pobres y pecadores.

Un solo cuerpo y un solo Espíritu, una misma esperanza, un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios Padre de todo y de todos. Esa es la Iglesia de todos los tiempos. Se nos invita a sentirnos Iglesia corresponsable en la extensión del Reino de Dios en nuestro mundo, sensibles a las grandes causas de la humanidad, de las que nos sentimos solidarios. Se nos pide también que ayudemos a realizar esta vocación con nuestra aportación económica y generosa. Todas estas inquietudes llenan nuestra oración y la patena de nuestras ofrendas.

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

1ª lectura (Daniel 7,13-14): *Su dominio es eterno y no pasa.*

Salmo (92,1ab.1c.2.5): *«El Señor reina, vestido de majestad»*

2ª lectura (Apocalipsis 1,5-8): *Todos los pueblos se levantarán por su causa.*

Evangelio (Juan 18,33b-37): *Conque, ¿tú eres rey?*

En los relatos evangélicos la figura de Pilato queda, dentro de lo que cabe, bien parada; pero las fuentes históricas contemporáneas nos muestran otra cara bien distinta del personaje; la de un hombre duro, ambicioso y cruel. Tan es así que, diez años después de ser nombrado gobernador, fue depuesto de su cargo, precisamente por su desmesurada crueldad.

Todo indica que Pilato cedió encantado a las presiones del Sanedrín para acabar con la vida de Jesús. Pasaron unos pocos años, y a los cristianos de aquella primera generación no les convenía, en absoluto, acusar a Roma afirmando su responsabilidad en el proceso de Jesús. De ello dependía su supervivencia.

Han pasado los siglos, y la imagen que ahora nos queda de Pilato es la del hombre que, queriendo liberar a Jesús, pero presionado y con miedo, se lavó las manos en una jofaina con agua para decir así, simbólicamente, que no tenía nada que ver en todo aquello.

“*Ser como Pilato*” y “*lavarse las manos*” forman parte del conjunto de expresiones hechas con las que aludir a actitudes poco dignas, que tienen que ver con desentenderse de la propia responsabilidad en una situación determinada, bien por conveniencia, bien por cobardía, comodidad, indiferencia...., **¿Con cuál de las dos caras del personaje nos quedamos? ¿Con la cara del hombre cruel o con la del que se desentiende?** Ninguna de ellas es atrayente.

Hoy, asomados a la ventana de la televisión, nos impresionamos al conocer la crueldad desatada por las dictaduras, presentes o pasadas, contra sus pueblos. Nos indignamos, por momentos, al conocer las consecuencias de la crisis económica y algunas de las medidas que han puesto en marcha para salir de ella. Nos entra un poco el pánico al ver los horrores de la guerra y la indiferencia de los países desarrollados ante el problema de los refugiados... Pero nada, o casi nada, cambia. Dicen o decimos: **¡El problema es demasiado grande! ¿Qué puedo hacer yo? ¡Eso los políticos!** En una palabra “*nos lavamos la manos*”.

La palabra “*rey*” nos puede llevar irremediamente a pensar y a imaginar esta fiesta desde las referencias que conocemos: *reyes, monarquías, familia real, príncipes*; y desde todo lo que va asociado a su condición: *poder, autoridad, dominio, riqueza*... La historia de los pueblos es contada, casi únicamente, desde lo que fue la historia de sus reyes. Este imaginario para nada nos ayuda cuando proclamamos que Cristo es Rey del Universo. **¿Tiene algo que ver la realeza de Jesús con las realezas históricas de los pueblos?** Evidentemente que no.

La realeza de Jesús, el Cristo, representa una subversión, Él dio la vuelta a la historia, la puso del revés o, mejor dicho, la puso derecha. Cuando en la Iglesia celebramos esta fiesta lo hacemos desde las palabras de Jesús («*soy rey*» le contesta Jesús a Pilato) y desde el sentido que Él quiso darlas. Huyamos de la tentación de querer hacer de Jesús un rey al estilo de los reyes que la historia ha conocido.

El reino de Jesús es el Reino de Dios. «*Mi reino no es de este mundo*», le dirá a Pilato. Mi reino nada tiene que ver con los reinos de este mundo. Mi reino es el de las bienaventuranzas, el de la luz para ver a Dios en los caminos de la historia y el de la sal que da sabor a la vida, el del descanso para los cansados y agobiados, el de la acogida incondicional a los excluidos de todas las sociedades, el de la infinita misericordia para todos los pecadores.

Muy pocas horas antes de que Pilato le preguntara a Jesús. «*¿Tú eres rey?*» Jesús había celebrado la cena de Pascua junto a sus discípulos. Se había quitado el manto y, uno a uno, les había lavado los pies. Era el gesto que resumía toda su vida. El Rey del Universo había pasado por la vida despojándose de todo lo suyo y había vivido sirviendo a todos sus hermanos. Él era el rey que se desvivió por todos. El rey que regalo su vida.

Jesús nos revela el verdadero rostro de Dios. «*Nací y vine al mundo para decir lo que es la verdad*». En Él, en su vida y en sus palabras, hemos conocido la verdad. Hemos conocido a Dios y que Dios es amor. Nada, ni nadie, nos podrá separar de esta verdad, de este amor.

En nuestro mundo la verdad y la mentira parecen caminar de la mano, mezcladas. La verdad en toda su grandeza nunca aparece. Jesús, testigo de la verdad, nos invita a descubrir la verdad de un Dios amor que nos regala el ser y el sentido. Nos invita a leer y a descifrar la realidad. Jesucristo, Rey del Universo, nos envía para ser testigos de la verdad en medio del mundo. Nos envía para dar «*valor a Dios y a su voluntad frente a los intereses del mundo y sus poderes*» (Joseph Ratzinger **Benedicto XVI**, “*Jesús de Nazaret*”).